

ENRIQUE ALCALA ORTIZ



HISTORIA DE LA HUERTA PALACIO
POR LOS AÑOS CINCUENTA

Enrique Alcalá Ortiz



*(Historia del barrio de la Huerta
Palacio de Priego de Córdoba por
los años 50 y notas
autobiográficas)*

□ Enrique Alcalá Ortiz

EDICIÓN PATROCINADA POR:

FOTOS: Archivo Enrique Alcalá Ortiz, Medina,

ISBN:

DEPÓSITO LEGAL:

IMPRIME:

Printed in Spain

A mis vecinos de la Huerta Palacio,
protagonistas de estos
recuerdos.

El barrio de la Huerta Palacio

Por María Jesús Sánchez.

... En la Cuesta, la herrería, el horno, el matadero,
la Junta de regantes, y la fuente sonora,
San Roque el zapatero, "la empresa transportadora"
del "Basto", el albañil, el ciego, el carpintero.

La taberna de Higueras, la vieja carbonería,
i y la Carrocería de "vedrines", la fragua...
el "Huerto Rondel", flores, ranas y agua,
"el Centurión romano" y la Pajarería!...

La industria de tejidos, la industria de sombreros,
la sastrería, el taller, la fábrica de harinas,
ila Ermita de Belén, la torre cantarína,
mí pregonera esquina y los cuatro muleros...!

La "Huerta Palacio", "El Recreo de Castilla",
"el Molino de Arroyo" y "La Puente Llovía"
iel rubí y el topacio de mí alma chíquilla!...
Molinos, San Luís, Belén... ¡Melancolía!...

INTRODUCCIÓN

La historia de Priego cuenta hasta ahora con destacados representantes de memorias. Las primeras escritas se deben a la pluma de don Carlos Valverde López. Sus *"Memorias íntimas y populares"* son un referente obligado para cualquier interesado en conocer nuestra historia del siglo XIX, desde la perspectiva de un hombre culto, poeta, dramaturgo, político y acomodado. A la amenidad, une la anécdota, por lo que su lectura siempre es un gozo. Pocos libros sobre Priego me han hecho disfrutar tanto como éste. A don Niceto Alcalá-Zamora y Torres, le debemos las segundas, escritas en Pau (Francia), para rehacer sus primeras destruidas en Madrid por el Frente Popular. En esta ocasión, las *"Memorias"* son las de un político que llega a Jefe de Estado, si bien trata temas de su infancia y toca sucesos de Priego, sobre todo su historia política, lo hace testimonialmente. Las terceras escritas, aunque fueron las primeras publicadas, pertenecen a la pluma de don José Tomás Valverde Castilla. En sus *"Memorias de un Alcalde"* recoge minuciosamente su gestión como gestor local durante la Dictadura de Primo de Rivera, critica duramente a sus adversarios políticos, minimizando, después, los logros de éstos cuando se hacen republicanos y toman el poder.

A estas obras, de una forma modesta, se ha unido la biografía de mis años infantiles a la que he subtítuloado *"Historia de la Huerta Palacio de Priego de Córdoba por los años 50"*. Después de terminar un libro de historia, en el verano de 1991, necesitaba vitalmente un poco de libertad y aire fresco, tanto temático como expresivo. Deseaba contar y contar, sin tener que resumir una ficha o un documento, simplemente acudir a mi propia fuente, la de mis recuerdos más lejanos. Así surgió la idea de estos artículos, después agrupados en un libro dispuesto para publicar. Estas mini memorias me salieron para mi asombro de un tirón, en tres meses escasos. Los fantasmas de mi niñez fueron manando atropelladamente, ocurriéndoseme, a continuación, la idea de enmarcarlos dentro del barrio. De esta forma, además, conseguía algo hasta ahora original y nunca hecho en la historia de nuestra ciudad. Describir cómo era un barrio popular. Calle por calle, además de mis pillerías, tendremos ocasión de ver edificios, casas populares, personajes, industrias, oficios y profesiones, acontecimientos sociales, alegrías, penas, en suma, vivencias, tanto individuales como colectivas. He intentado retratar cómo vivía la gente del barrio, un capítulo muy importante que pocas veces se tiene en cuenta en los libros de historia. Todavía hay mucho más en el tintero y todo lo escrito no ha salido a la luz. Empezada está una segunda parte que algún día terminaré, si me llega la inspiración y las ganas, incluso tengo programada una tercera.

Como toda obra basada en los recuerdos, está salpicada de fallos y de muchas omisiones que el lector comprensivo me tendrá que perdonar. Ya al publicarse en la revista local *"Adarve"*, se me indicaron algunos graves fallos que han sido corregidos, por lo que agradezco sus buenas intenciones.

Por otra parte, en alguna de mis anécdotas puede que hiera, sin querer, la

sensibilidad de un grupo reducido de lectores a quienes algunos de mis temas pueden llegar a molestar, tanto política como moralmente, e incluso me consta alguna crisis de los órganos directivos de la revista cuando este trabajo se iba publicando. Nada más lejos de mi intención. Conste que me he censurado mucho, pero lo que nunca deseaba era descafeinar las luces y sombras de cualquier hecho. Sabemos que las rosas son lindas, pero al cabo de los días pierden olor y acaban pudriéndose. Desde aquí aprovecho la ocasión para pedirles perdón a todos.

Para mí la sinceridad es uno de los bienes más estimados y esto es lo que han sabido captar un alto porcentaje de mis lectores. Además hay que tener valor para descarnarse a la luz pública. Dejo constancia que después de publicar casi treinta libros de variados temas y estilos, ninguno de ellos ha alcanzado la fama que ha tenido esta historia enmarcada en el barrio del pueblo. Durante todo el tiempo que se fueron publicando, las cartas, llamadas por teléfono y las innumerables felicitaciones me han aturrido de una forma gozosa. ¿Quién me iba a decir a mí que ya en mi madurez el barrio de mi infancia me daría tantas satisfacciones? A todos, gracias, extensivas y aumentadas al Equipo Directivo de *Adarve* que amablemente los incluyó en su sección de "Historia local".

Capítulo I

Un barrio al norte de Priego

- 1.1. La Huerta Palacio.
- 1.2. El tribunal de las aguas.
- 1.3. Bajando la Cuesta.
- 1.4. Donde acaba la acera.
- 1.5. La boda de Quinita Flores.
- 1.6. El "Quico" de Povedano.
- 1.7. Zapateros remendones y ruedas de carro.
- 1.8. El bastón de feria.
- 1.9. La fábrica de sombreros por los aires.
- 1.10. La casa del Obispo Caballero.
- 1.11. La gran humanidad de un murguista.
- 1.12. Terminando la calle.

1.1. LA HUERTA PALACIO

La **Huerta Palacio** es un barrio bastante delimitado de Priego, probablemente sea esto así por "*La Cuesta*", (la calle **San Luis** que lo separa o lo une a la ciudad.) Subir o bajar "*La Cuesta*" era síntoma de haber cruzado un límite, si no periférico, si definido por la costumbre. Por esto, el norteño arrabal, sin estar demasiado poblado, tenía unas características especiales que lo diferenciaban de otros barrios como la **Villa**, **Caracolas** o **Haza de Luna**. Sus fronteras naturales estaban definidas por la citada calle **San Luis**, enlazando con la de **Ramón y Cajal**, para volver por la calle **Los Caños**, continuando por **Ribera de Molinos** y llegar de nuevo a **San Luis**. Si idealizamos el paisaje y nos retrotraemos varios siglos por el túnel de tiempo, contemplaríamos las murallas del **Castillo**, y a su falda, como si estuviera de rodillas y en funciones de vasallaje, se extendería toda la rica huerta aún sin edificar, como una avanzadilla de **La Vega**, campos muy poco contaminados por el momento. **La Puente Llovía** sería una de las principales puertas de acceso al vergel de hortalizas de ese hipotético palacio.

Con ser un barrio popular de gente pobre y trabajadora, tenía una fama diferente a la que por entonces poseían arrabales situados al sur de la ciudad, por ejemplo. Y con esto no quiero ofender a nadie. Supongo, que los residían en calles principales, como la calle **Río**, se sentirían más importantes que el resto de los vecinos de la ciudad ya que muchos vivían de sus rentas, propiedades o negocios y no estaban empleados a sueldo o dependían de un jornal eventual. Esto siempre ha sido así y creo que seguirá siendo.

Nada más pasar el edificio de las **Carnicerías**, que en aquella época por paradoja del destino estaba destinado a pescadería, nos encontrábamos un lavadero público. Era uno de los tantos que se hicieron en la República en Priego y aldeas, porque a pesar de haberse canalizado las aguas unos años antes, mucha gente aún no la tenía en su casa. Por los sesenta, dejó ya de cumplir su misión y fue derribado para construir las oficinas de *Extensión Agraria*, hoy de *Servicios Sociales*. El lavadero público era de simple factura, muy parecido al que todavía existe en la calle **Loja**. Tenía forma de rectángulo y dentro había dos filas de unos seis lavaderos que se daban frente, separados por una fuente común. Las piedras de lavar eran unos gruesos bloques de piedra *geña* blanca, gris o roja que presentaban unas canaladuras hechas por el picapedrero. En ellas ponían la prenda sucia las mujeres y después de refregado el jabón empezaban a restregarla contra el canto hasta que dejaba la suciedad. La persistente se cogía entre los puños y se le daba cientos de veces hasta que se veía la prenda limpia. De esta forma, el día de lavado para la mujer era un martirio casero más entre los muchos existentes. Nunca vi lavando a un hombre, puesto que esta faena doméstica tenía sexo femenino. Allí se las contemplaba, a pesar de la tarea tan ingrata, hablando sin cesar y cantando, hasta que retorcidos todos los trapos los echaban en sus lebrillos o barreños y con ellos en las caderas emprendían el camino de casa.

Enfrente mismo del lavadero, existe una pequeña cuesta que daba acceso a una casa adosada a la muralla de la iglesia de **San Pedro**. Era la casa que el Ayuntamiento había permitido construir a un tal **Glorieto**. Aunque yo nunca llegué a conocerle, sí me llegó su fama a través de los escritos de **Carlos Valverde López**, y sobre todo en las coplas de las murgas del Carnaval que se cantaban antes de los años treinta. Con el número 1514 tenemos publicada en el tomo II del *Cancionero Popular de Priego* una que hace referencia a este tipo popular del barrio que no llegué a conocer:

*De las mejores industrias
hasta el día conocidas
figura la del señor Glorieto
por su buena mercancía.
Si tiene loro
y jaula quiere comprar,
vaya casa Glorieto
que allí se la venderán.
Tiene ratoneras viejas,
cogedores de basura
y estribos para montar.
También tiene allí colgando,
dándole siempre el relente,
los cuernos que le sirvieron
hace tiempo pa el aceite.*

1.2. EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS

U nos pasos más abajo y en un pequeño rellano había y hay una fuente. Hoy vemos el pequeño recinto convertido en un incipiente jardín vallado y por lo tanto prohibido el acceso de esta forma. Se ha convertido en una fuente decorativa para ver cuando se va andando, porque en coche, al ser la calle dirección única para abajo, con sentido a **Ramón y Cajal**, hay que tener cuidado con la curva y es muy difícil contemplarla y observar el agua cantarina que fluye de su caño. Su función, en una de las entradas del pueblo, era la misma que las fuentes de la **Puerta Granada**, el pilón de la calle **San Marcos** o el que existe en la calle **Ramón y Cajal**: aparte de agua para los vecinos, servía de abrevadero a los numerosos animales que antes había, semovientes, ganado ovino, porcino y los que andaban vagabundos por el barrio. Se veían manadas de cabras que se acercaban presurosas a beber su agua que discurría sin cesar, de las que sobresalían retahílas de cabezas negras, sacando la lengua y volviéndosela a meter llena de fresco líquido, al mismo tiempo que se le dilataban los ojos y se le enderezaban la largas orejas, mientras otras muchas, de una forma impaciente, esperaban turno para hacer lo mismo, y mientras tanto, los chivos pequeños aprovechaban la ocasión para engancharse a un pezón y empezar a succionar. A la misma hora

cada día, el cabrero daba unas voces de llamada y acudían las mujeres con sus cacharros para llenarlos de leche. Éste se ponía en cuclillas, colocaba la olla en el suelo, cogía los dos pedúnculos de las hinchadas tetas y empezaba a ordeñar al animal con una maestría inaudita. De sus manos salían rítmicamente dos *chiates* de leche blanca que hacían una vaporosa espuma que se desbordaba de la lechera. Algún que otro chorro caía sobre el suelo. Cobraba, y empezaba de nuevo la faena, hasta que exprimía por completo las ubres y las dejaba como si fueran higos secos. Cuando la mancha negra del ható desaparecía cuesta abajo en busca de los pobres pastos de los ribazos de los caminos y de las fincas no labradas, se veía el piso cubierto con una nieve no blanca, sino negra. Cientos de cagarrutas ponían viruelas en el suelo empedrado. Se ofrecían, bien aisladas, parecidas a pequeñas aceitunas o formando piñas, haciendo dibujos muchas veces caprichosos. Había personas que se dedicaban a recoger este estiércol para después venderlo, pues de cualquier forma había que buscarse la vida.

De la misma manera, mulos y sobre todo burros, se acercaban a tomar sus aguas, algunos incluso graciosamente lo hacían del caño. Después, el dueño se subía al filo de la fuente, daba un salto y se montaba encima del serón. Cabalgando a la bestia y con las bridas en las manos, se perdía calle abajo con sus pantalones de pana o "patén" remendado, sombrero de paja sobre la cabeza y su cabra de reata. Las duras faenas del campo no tenían prisa esperándole y por esta razón, él avanzaba en cómodos vaivenes asnales. A veces, se encabritaba el burro al paso de una bella dama de su especie y los rebuznos que daba eran tan fuertes que ponían al barrio en revolución, y los chavales avisados corríamos a ver los instintos escandalosos de amor de la bestia, dando saltos de deseo, echando espuma por la boca y con la verga empinada semejante a un trabuco de carabinero.

No obstante lo anterior, lo más sobresaliente de la fuente no eran estas funciones que hemos descrito, sino la utilidad social del tribunal de las aguas que se celebraba en el poyo de piedra que protegía el desnivel existente entre las calles **San Luis** y **Ribera de Molinos**. No han tenido pues la exclusiva los valencianos. Esos tribunales son más famosos porque han sabido perpetuarse en el tiempo y su legislación autonómica los ha recogido en su articulado. De una forma periódica, al anochecer, cuando ya daban de mano en sus faenas agrícolas, los labradores se iban reuniendo alrededor de la fuente. Allí sentados, bajo la autoridad de un alcalde de las aguas, acordaban, sobre todo en el verano, los turnos de agua de riego y el tiempo que le correspondía a cada cual, según la extensión de sus fincas. Y como el agua fluye sin cesar a todas horas, bendición en este pueblo, muchos días había que levantarse a medianoche para regar la sedienta huerta. En esas noches, los golpes de la escardilla ponían pegotes de barro en las acequias para canalizar el agua que llegaba orgullosa a los agrietados surcos que la absorbían escamoteando un suspiro de agradecimiento, a la vez que los tomates, los pepinos, las berenjenas, los pimientos, el maíz, las habichuelas, patatas, batatas, pendejos y los demás productos hortícolas brillaban de humedad a la pálida luz de las tinieblas estrelladas. Terminada la faena, se desviaban de nuevo las aguas hacia la acequia comunitaria, y con la escardilla al hombro se volvía con sabor a tierra mojada entre las manos y en las suelas de las botas. O bien se dejaba guardada en la choza de palos y cañas que se tenía toscamente construida para colocar los aperos de labranza. Para ir con el tópico tendremos que decir: bendita agua, fuente de vida y de riqueza.

 Mi abuelo paterno, José Tomás Alcalá-Bejarano, agricultor, tenía

arrendada una pequeña parcela en la Haza la Villa a la familia Guardia que después pasaría al Hospital de San Juan de Dios. Después de la muerte de mi abuelo, mi padre tuvo durante unos pocos años esta labor, y más tarde mi primo Pepe, el hijo de José, hermano de mi padre, quien la cultiva en sus ratos libres.

1.3. BAJANDO LA CUESTA

Después de pasar la bocacalle de **Ribera de Molinos**, se encontraba la herrería de **Sandalio**, forjador de hierro a la antigua usanza. Esta artesanía es un orgullo en muchas calles y plazas de nuestra ciudad, y ésta, en un acto de agradecimiento popular, supo regalarle su nombre a una calle: los **Herreros**, ahora **Antonio de la Barrera**. El rítmico tintineo de martillo dando sobre el hierro al rojo cereza era la música, no el ruido, que se mezclaba normalmente con el sonido del agua de la fuente en esta parte alta del barrio. Igual que ahora pasa en la **Plaza Palenque**, nueva calle de los **Herreros** por el número de las herrerías existentes, en la que vemos desparramados en la puerta de los talleres buena variedad de armatostes mecánicos esperando la cirugía de la fragua, pasaba antes con **Sandalio**, que ocupaba su fachada con hierros, ventanas, arados de reja y una gama de policromos y ferrosos artefactos. Varias veces entré y le di al fuelle de la fragua, que suministraba aire oxigenado al carbón de piedra que ardía con intensa llama en un chisporroteo de rojas lágrimas ascendentes.

En su puerta, acababa o empezaba la acera de la parte derecha de la calle **San Luis**, y como se ensanchaba y no tenía losas como ahora, sino que estaba lisa con una capa de cemento, era un lugar apropiado y gratuito para hacer de tobogán y parque infantil. En efecto, puesto un chaval en cucullas, era cogido de las manos por otro, y corriendo marcha atrás tiraba de él, hasta llegar abajo de la cuesta, para subir de nuevo y volver a empezar, pero con los papeles cambiados, para que hubiese justicia compensatoria. Cuando uno estaba solo, cogía velocidad desde la puerta de *el Basto*, y te escurrías como si fueras patinando, haciendo filigranas con las manos. Tanto se usaba para jugar este trozo, que el cemento del suelo se tornaba brillante verdoso y resbaladizo de hielo, habiendo sido causa de accidente a los transeúntes que no estaban para juegos, sino para faenas de mayores. Las quejas de peligro prosperaron, y por esta razón, de la noche a la mañana una mano de empleado municipal, con martillo y cincel, picoteó la acera (que parecía *picadita de viruelas*) con lo que nosotros nos quedamos sin pista de deslizamiento y juguete gratuito. Cada agujero de la acera semejava al verlo una lanzada seca en nuestra ilusión de chiquillos.

Lindando con la herrería, se encontraba la tienda y también la cuadra pública del señor **Ávila**. Desde la llamada **Plaza de Escribanos**, hasta aquí, había tres *posás*. Una casi al iniciarse la calle, otra lindando con las **Carnicerías**, tirando para el **Castillo**, y esta otra en mitad de **La Cuesta**. Todas ellas tenían un gran pasillo central de acceso, que se abría a un patio con cuerdas donde se *aparcaban* las caballerías mientras los amos hacían sus gestiones en el pueblo. En Priego, al haber tanta población diseminada que necesariamente tenía que

acudir al pueblo a pagar sus impuestos, a hacer sus compras, ver al médico, venir de fiesta, guardar sus ahorros o visitar a la familia, propiciaba la creación de estos "parking" vivientes. Y como pasa ahora en los días grandes, era difícil encontrar plaza de resguardo y sombra para evitar a los posibles *abrecoches*. La tienda del **señor Ávila** era de ultramarinos, y el alto mostrador lo tenía, entrando a la izquierda, en el que había toda clase de cachivaches y una balanza de platillo. Muchas veces, iba de *mandaos* o a comprar caramelos de malvavisco que hacían las delicias de la familia. De todos los *recaos* en mi recuerdo, sobresalen la compra de garbanzos, habichuelas y sobre todo pastillas de sacarina con las que endulzábamos el café de cebada que se tomaba por entonces. El negocio estaba regentado por el matrimonio que trabajaba al unísono, llevando la tienda y la *posá*. Tenían sólo un hijo, *Joaquín Ávila*, amigo mío de correrías y juegos que poseía la desgracia congénita de haber nacido con el labio superior leporino. Muchos amigos cuando nos disgustábamos con él por cualquier nimio motivo, le atacábamos de una forma cruel y le insultábamos diciéndole "labio de conejo". Seguro que de mayor este complejo le amargó la existencia. A pesar de que se lo cosieron, le quedó una cicatriz que le salía de uno de los orificios de las fosas nasales. Murió joven. No sé el motivo de su fallecimiento, las últimas noticias que me llegaron de él me informaban que estaba muy enfermo.

Debajo de esta casa, se estableció más tarde un industrial artesano silletero. Era una familia procedente de Cabra, según tengo entendido. Hasta entonces, una mujer vestida con un deslustrado traje negro, con delantal tan negro como el vestido y con un pañuelo a la cabeza tan negro como el delantal, hacía la ronda por el barrio, recogiendo las sillas que tenían el *culo* roto, y días más tarde ella misma las traía con el parche echado, o con el asiento nuevo, según fuera la gravedad. La mayoría de las casas tenían esta clase de sillas de madera, fabricadas de una forma artesanal con el asiento tejido con hojas de anea. Éstas, con el uso, se deterioraban y había que reponerlas. Cobijo de suciedad, y porque duraban toda la vida, aquellas sillas solían ser criadero y cobijo de colonias de chinches, y no era extraño ver a la persona que estaba sentada, pegar bruscamente un salto, contraer la cara y llevarse la mano a una posadera para restregar "la caricia" de diminuto animalejo. Desde luego no había proporción entre causa y efecto. ¿Cómo este pequeño insecto podía producir un movimiento tan violento? Por eso, cuando llegabas a una casa, no era raro que la dueña te dijera orgullosa: "*Siéntate en esa silla, que no tiene chinches*".

El silletero tenía su taller en la entrada de su casa, y no sólo "*echaba culos*", sino que arreglaba la parte de madera, el esqueleto de la silla, aunque sus ganancias mayores las obtenía con la fabricación de ellas. Pero no en serie como se hace hoy día. Palo a palo lo veías tallando con la hachuela hasta que éste tomaba la curva, medida y forma deseada. Después, sentado, iba tejiendo las hojas de anea como si se tratara de un malabarista. El asiento, mientras se iba construyendo, parecía un sol cuadrado del que salían rayos puntiagudos. Después de terminado, se veía dividido en cuatro partes de tirabuzones cilíndricos y paralelos que convergían a un pequeño segmento situado en el centro. Tenía un empleado joven. A los dos se les veía trabajar afanosamente, pues dejaban la puerta abierta, y ahora caigo que de esta forma, aparte de trabajar, hacían propaganda gratuita. Uno de sus hijos hizo magisterio, y el otro está empleado como administrativo en el Instituto **Álvarez Cubero**. Estas sillas tan generalizadas antes, son hoy muy difíciles de ver. Si alguien las tiene o están en un bar es para poner una nota de tipismo en la decoración. El plástico, los acrílicos, todos los

tejidos modernos y la fabricación en serie de sillas de estilo y modernas, las han hecho pasar a mejor vida. Aunque sospecho que otra vez se pondrán de moda. Si no al tiempo. Incluso puede ser que veamos escuelas taller que recuperen el oficio y más tarde los mismos japoneses, que no usan sillas en sus casas, las vuelvan a poner de moda hasta en las "jaimas" del desierto y construyan un gigantesco complejo por la **Almorzara**. Si no al tiempo.

1.4. DONDE ACABA LA ACERA

Si el sillettero usaba herramientas muy simples en sus trabajos, -creo que ni siquiera tenía un banco-, en la casa de abajo, en la carpintería de los **Aguilera**, se oía chirriar frecuentemente la, para mí, gigantesca aserradora mecánica con su hoja metálica de afilados dientes que dividía en su momento, en movimientos parabólicos sin fin echando serrín a un lado y otro, los largos tablones de madera. Esta industria artesanal se trasladaría más tarde a la calle **Belén**, a un inmueble más espacioso, mas por poco tiempo. Aquí se produjo un grave accidente, aunque no de tan aciagas consecuencias como el que tuvo lugar en la casa de enfrente, la fábrica de sombreros, como después veremos. Uno de los empleados llamado *el Rubio*, en un descuido, puso la mano delante de la sierra mientras trabajaba, y ésta se llevó un dedo. El accidentado era un chaval que se quedó mutilado para toda la vida, aunque hoy vive feliz en la **Plazuela de San Antonio**, uno de los lugares más encantadores de la **Villa**. Él se unió de esta forma al de algún caso aislado en el pueblo, de personas a las que le faltaba el dedo índice de la mano derecha. No obstante, en esta última ocasión el accidente no había sido fortuito, sino provocado, porque con esta mutilación se libraban de ir a la *mili* y, por consiguiente, de las posibles contiendas bélicas tan frecuentes hasta el año 36, aunque después hemos tenido la de **Sidi Ifni** y el **Sahara**. De esta forma tan bruta, amputándose el dedo de un tiro, se declaraban insumisos u objetores de conciencia. La metodología moderna es más sutil, y sobre todo, menos sangrienta. En la casa de la carpintería, vive mi tío **José Alcalá-Bejarano**, que se casó ya viudo, con una mujer de la familia propietaria.

Más abajo, ya en la aguda esquina que hace en ese lugar la calle **San Luis**, vivía el cosario de **Málaga**. Con un pequeño camión, el **Sr. Jiménez** se ganaba la vida llevando paquetes y recados a la capital de la hoy llamada **Costa del Sol**. Uno de sus hijos se hizo sacerdote. Uno más de los cuatro que se ordenaron en el barrio junto a **Joaquín Higuera**, **Blanco** y mi hermano. El otro hijo, **José Tomás Jiménez**, es amigo y maestro de mi misma promoción, ejerciendo la enseñanza en **Córdoba** donde se ha hecho una casa magnífica. Cuando el cosario murió, le vendieron la casa a una mujer casada, pero que había estado antes ejerciendo oficios de reputación dudosa, por lo que su leyenda se corrió por toda la vecindad, mucho más rápido que el rayo. Aquí siempre fue una vecina irreprochable.

Después del ángulo de la esquina, como la acera ensancha otra vez, era usada de nuevo por la chiquillería, aunque esta vez, no como pista de

deslizamiento, sino como sala de recitación. Al salir por la tarde de la escuela, después de comer el *joyo*, algunos días, nos juntábamos la pandilla y nos sentábamos en la acera. Los mayores empezaban entonces a contar historias y más historias de una forma interminable. Había uno, llamado **José**, un poco mayor que yo, que brillaba por su imaginación desbordante. Me tenía asombrado cada vez que empezada con sus atolondrados relatos. Siempre me estaba preguntando cómo poseía un carrete de hilo tan fantasioso para variar de tema todos los días e inventarlos continuamente. Así de esta forma, entre quimeras y espejismos, pasábamos embelesados varias horas, escuchando aquellas narraciones que tanto disfruté y que ahora no recuerdo. Esas mismas horas de hoy que los chicos consumen delante de la pantalla del televisor. Aunque por otra parte, si se pusieran hoy allí, estarían a cada segundo en grave peligro de atropellamiento por los cientos de vehículos que se dejan caer cuesta abajo. Hubiera sido interesante hacer una recopilación de aquellos tesoros de la tradición oral.

En aquellas infantiles sesiones de las mil y una noches, no todo eran clases de literatura improvisadas. También se aprendían cosas de la vida, que ni en la casa ni en la escuela te enseñaban y de las que era tabú hablar, pues ni siquiera se podían nombrar, sin embargo, todo el mundo frecuentemente está pensando en ellas. Aprendí de aquellos chicos grandotes qué era "hacerse una paja" y "qué era follar". Mis primeras clases de sexualidad me las dieron gratis estos maestros sin título y sin programación de ninguna clase, apenas unos años mayores que yo, pero que al tener su pubertad recién estrenada alardeaban, con un pavoneo orgulloso ante los más pequeños, sus nuevos descubrimientos para muchos todavía desconocidos, porque estábamos en el limbo de los justos. Y para que todo no fueran palabras y teoría, como buenos maestros, un día, ante los atónitos ojos de los menores, nos dieron una clase práctica. Y qué clase, madre mía.

Según me contaron, ya antes se habían llegado a una pobre chica y la habían desgraciado. Una tarde la atrajeron hacia el grupo y mientras se iban contando una de aquellas historias, ya anochecido, llegamos pronto cerca de un caz que había al terminar la calle **Molinos**, detrás de los patios de las "*Casas baratas*". La tumbaron en el suelo, le levantaron el vestido y uno de mi calle se echó encima de la chica y el contingente de su sexo pelambroso la penetró durante el rato necesario para ahuyentar la honestidad de aquellos parajes de desgracia. Después del primer catador, el golpe de cabestro se lo dio otro compañero en cuyo semblante brillaba la aceleración de un cohete de feria. Habían desprendido, con la incauta debajo, las finas cortinas de la inocencia de los otros miembros del grupo que desde entonces habíamos aprendido a "follar" de una forma canallesca, porque "hacer el amor" indudablemente, como después experimenté, era muy diferente a aquella refriega combativa.

1.5. LA BODA DE QUINTA FLORES

En el mismo sitio de la acera donde nos sentábamos, estaba la puerta de la casa de **Carmencita**, una costurera de las muchas que existían entonces, dedicada a hacer trajes de hombre. Alguna vez me confeccionaron a mí uno, creo que fue antes de ingresar en el instituto. Avisaba cuando estaba la prenda para prueba y la mujer empezaba con un jaboncillo azul a pintar rayas aquí y acullá, a manosearte por todas partes (buscando los defectos del traje, eh) y a pegar tirones de un lado para otro hasta que encontraba el ajuste requerido. Los pantalones me los cambiaba en su dormitorio. "*Estás muy seco*", me decía mientras tiraba de la chaqueta para que no hiciera arrugas. No contestaba nada y seguía mirando a la ventana que daba a la calle como un gato acosado por un perro rabioso. Yo estaba deseando estrenar algo nuevo, pero más deseaba que me dejaran tranquilo.

Mi hermana **Amelia** aprendió en este taller de barrio a coser, oficio entonces casi obligado en las clases populares. Más tarde, en mi casa, después de comprar la tela en una de las numerosas tiendas de tejidos de la localidad, la llevaban a un sastre que cortaba los pantalones, y ella los hacía en la máquina de coser de manubrio, marca **Singer**, de la abuela o en la **Wertheim** amarilla que después se compró mi madre. Quién iba a imaginar entonces, que en Priego se hicieran miles de prendas de confección al año varias décadas más tarde y que los sastres desaparecieran por completo como oficio artesanal.

Como excepción a este pedazo de acera, la casa siguiente no se dedicaba a un negocio público. Así que en la jofaina del descanso metemos las manos calientes de tanto trabajo y le damos un jubileo estacional para pasar a la posterior, donde estaba la barbería del barrio. Trabajaba el barbero junto a su chavea de educando, quien aprendería el oficio y heredaría el negocio para finalmente marcharse a la emigración cuando a la bullanga adolescente le dio por no pelarse con la frecuencia deseada por los barberos y requerida por los exhaustos bolsillos de sus esposas. Llegado el turno, te levantabas de la silla de espera, y de pie, te extendía un paño blanco sacudido de pelos, antes de pasarte por al cuello inclinado en actitud orante, la maquinilla del número cero que te dejaba el cogote liso como la bombilla de 25 bujías que alumbraba el interior de la barbería. De esta forma, decía mi madre, que el pelado duraba más, se ahorraban reales y era más limpio, pues las pelambreras solían ser nido de piojos y liendres, riqueza filibustera que buscaba merienda y piscoabis en las sucias pistas convexas de aterrizaje craneal de los chiquillos del barrio (de los tipos "*pediculus humanus córporis*" y "*pediculus humanus humanus*") y en otras partes más púdicas del cuerpo que no nombro (del tipo "*pediculus pubis*") en este acto de autocensura voluntaria. Era frecuente que las abuelas espolvorearan con sus huesudos dedos las hirsutas caballerías en busca del cerril insecto chupador y encontrado éste, era colocado sobre la uña del dedo pulgar para, a continuación, machacarlo con la otra uña homónima. Un sobrecogedor chasquido de sangre ponía un toque de limpieza a este exterminador método piojoso que insuflaba un regodeo complaciente en el nieto por el éxito obtenido.

Cuando estabas crecido, el barbero te sentaba en su gigantesco sillón, y así mientras él iba a la suya, uno en miradas subversivas podía contemplarse de cuerpo entero y observar la faena de recluta que te estaban haciendo. A este

panorama de despojos se unía la bulla de los amigos que al verte de esta guisa empezaban a darte *la papela*, un guantazo cariñoso en el cuello, seguramente para que recobrara el calor perdido por el abrigo que tenía con los pelos. Nos teníamos que aguantar porque yo hacía lo mismo cuando aparecía otro *pelao*.

Exhibía el habitáculo, en los húmedos muros de las blancas paredes, pobremente enmarcadas, unas fotografías, en blanco y negro, dedicadas al propietario por los actores **Luchy Soto**, **Rafael Durán** y **Luis Peña**, que unos años antes habían venido a Priego a rodar varias escenas de la película titulada *La boda de Quinita Flores*. Un remolino de inquietud llamó a las puertas de la casa de mi abuela **Francisca Ortiz** y penetró como liviano viento en la tranquila almunia de los familiares airados. A ver si me explico. Al inicio de los años cuarenta, mis padres vivían con la abuela, en la casa de la calle **Belén**. Después de su trabajo en la fábrica de tejidos de los **Canos**, mi padre trabajaba como acomodador en el cine **Salón Victoria** donde acudieron los realizadores del film para la firma **Cifesa**, pidiendo extras a fin de rodar unas escenas. En la que se filmó en el **Calvario**, necesitaban una gran cantidad para asistir a la boda de la heroína, en esta comedia de los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero**. Mi mismo padre fue vestido con ropas *ad hoc*, y mi abuela contratada como principalísima murmuradora a las puertas de la ermita, junto con otras amigas de su edad, para cuchichear el hecho de haber sido testigos involuntarios de la boda escandalosa que **Quinita y Eugenio**, quienes al finalizar la misa y volverse el fraile para dar la bendición *"se cogieron de las manos y dijeron en voz alta que se aceptaban como esposos. Aquel desacato alteró sobremanera a las pacíficas viejucas del pueblo, que se hacían cruces ante lo que habían visto"* (...), esto es lo que dice la propaganda de la película de **Gonzalo Degrás**.

Pero esto fue en la ficción. La realidad poco ingeniosa en esta ocasión, copió este artificio de teatro para hacerlo realidad, ya que a las hermanas de mi madre y otros familiares, le sentó como un jarro de aceite de ricino el hecho de tener una madre peliculera. La interpretación sobresaliente de la abuela con el misal en la mano y con su moño al cuello era una ofensa a la artritis de su reputación. La película, en cuestión, la tenemos grabada en VHS casi toda la familia y acá atesoramos la mesnada de los orgullosos nietos un asilo de recuerdos en esta anécdota familiar cuando aquietados los ánimos con el transcurso del tiempo gotea la razón sobre las sonrisas comprensivas.

1.6. EL "QUICO" DE POVEDANO

A este séptimo arte se unía en mi arregosto un extraordinario dibujo del pintor **Antonio Povedano**. Cuando yo era un chaval, mi madre frecuentemente me mandaba hacer pequeños recados a una tienda-taberna que había en la calle **San Luis**, haciendo esquina con la de **Belén**. Esta casa tenía una puerta de entrada al patio por la calle **Belén** y dos por la de **San Luis**. Una de ellas, te ponía en una pequeña tienda de ultramarinos, la otra en la taberna. Y aunque estaban separadas las dos dependencias por una pared, el mostrador de ambos negocios era uno solo, ya que en el muro había una

abertura de comunicación. El local más grande era la taberna con varios barriles de los que se escanciaba el vino para ser bebido directamente en grandes vasos, parecidos a los que se usan para tomar agua. El mobiliario consistía en unas pocas mesas con sus sillas correspondientes para que los clientes pudieran echar una partida de cartas, generalmente de tute o de *subastao*. En dicha taberna y cara al público, colgado en una pared encalada, sobresalía un dibujo atrayente. Llamaba la atención por lo insólito y extraño. El retrato en cuestión era del pintor **Antonio Povedano** y representaba al dueño del establecimiento, **Sr. Muñoz**, a quien popularmente se le llamaba "*Quico*". Éste se mostraba con toda la majestad de su gigantesca humanidad y aunque era nada más que la cabeza mirando de frente, como conocíamos a su poseedor, podíamos hacer una valoración y comprobar que aquello, sin ser una fotografía, estaba mejor hecho a mano que lo que podría hacer la cámara oscura de la máquina del **Sr. Medina**. Así que siempre que entrabas, te observaba la perfección de su mirada, que parecía decirme "*te estoy vigilando, muchacho*". Por mi parte, yo le diría, "**no me voy a llevar nada, tranquilo**".

Era muy raro, en una sociedad poco desarrollada, ver un cuadro hecho a mano, nada más y nada menos que en un barrio tan popular como aquel, cuyas casas estaban decoradas con amarillentos retratos familiares, hojas de almanaque y santas cenas de láminas de colores. Los cuadros de pintura los había visto en las iglesias. Más tarde me enteré que en muchas casas de Priego también había cuadros de colores hechos al óleo. La perfección del trazado, la calidad del dibujo y el asombroso parecido con el representado hizo que aquel "*cuadro*" se me clavara en el recuerdo para siempre, y como dice el poeta, habría de partirme el corazón de mi alborozo. Todavía soy un rehén, sin rescate, de la admiración que me producía su contemplación gratuita. Porque era un placer añadido a la *perragorda* de negro extracto (regaliz) o paloduz que solía agenciarme para mi deleite.

Antonio Povedano, en la segunda mitad de la década de los cincuenta, solía venir frecuentemente a Priego, porque estaba realizando unos cuadros de los conquistadores prieguenses para colocarlos en el salón de plenos del Ayuntamiento. Entonces, realizó este retrato, el de **Manuel Mendoza**, el de **Avelino Siller** y algún otro, que yo vería ya crecido, cuando llegué a conocer a estas personas.

1.7. ZAPATEROS REMENDONES Y RUEDAS DE CARRO

Pasando la bocacalle de **Belén**, nos encontrábamos un pequeño taller de zapateros remendones. En esta parte del barrio había dos y, como contraste, el otro estaba en la acera de enfrente, a unos pasos de distancia. No existían para ellos las severas reglamentaciones que rigen para los boticarios en cuestión de separaciones. Este oficio, ya desaparecido, era vital en aquellos días donde se miraba por la *perragorda* y la *perrachica*, escasas en demasía. El excesivo número de las existentes era un baremo indicador del bajo nivel de vida y de miseria de un pueblo refugiado aún en una dinámica de

supervivencia. El predicamento de cada uno de estos talleres era suficiente para ir tirando con modestia. El calzado de cualquier clase se arreglaba hasta extremos que muchas veces resultaba difícil apreciar cual era el material primitivo. Parches en las suelas, medias suelas, tacones, medios tacones, remiendos, cosidos y zurcidos se "echaban" una y mil veces, casi hasta la consumación de los siglos. Las alpargatas de lona y suelas de cáñamo se metían bastantes horas en agua sal para endurecerlas y así alargar su conservación. Incluso los zapatos nuevos, se llevaban al taller como primera providencia. ¿Para qué? Se les colocaban unas tachuelas de metal. Semejantes éstas a cascos de naranja alunados con cuatro agujeros para clavarlas en las punteras del calzado, (que era lo normal), en un lateral de la suela o muchas veces en los tacones. El postín de la prenda nueva era insultado con el ruido que hacía uno al andar sobre las piedras de la calle. Parecía que iba diciendo "apartarse que voy a pasar".

Un recuerdo analógico que zozobra en el pabellón de mi oreja podría ser el rítmico traqueteo de los cuadrúpedos herrados, pues ellos, sin problemas de postín, agradecían al herrador zapatos de hierro en las gruesas uñas de sus patas. Los herradores más prósperos estaban en la **Cava** y en la entrada de la **Puerta Graná**, trabajaban en un amplio patio en cuyas paredes exhibían innumerables herraduras de cuatro, cinco o seis agujeros. Afilaban primero los cascos de la bestia y después de tomada la medida, le colocaban, con unos largos y gruesos clavos de cabeza prismática, una herradura reluciente. El bruto, con la patita alzada, simulaba una bailarina en pleno ejercicio de entrenamiento. En mi casa y en otras muchas, había necesariamente colgada en la pared una herradura de seis agujeros porque, según contaban, eran las que más suerte daban. Con ellas, decían, nunca se acabarían los dineros. Paradójicamente, desapareció, no sé cuando, al mejorar la situación económica. No quiero pensar que fuera la nuestra una herradura *safa*.

A continuación, vivía el entonces delegado de los ciegos. Se había establecido en Priego y casado con un familiar de mi madre. Este hombre se veía cada día subir **La Cuesta** con su tira de cupones, guiado por un lazarillo a quien daba unas pesetas por su acompañamiento. Por las tardes, jugaba a las cartas en la taberna del **Quico**. Siendo ciego, le tenían señalada la baraja, y a través del tacto, conocía todas las posibles jugadas de su baza. No era invidente de nacimiento, sino que tuvo un accidente cazando con una escopeta. Murió bastante joven, dejando viuda y tres hijos, cuando todavía yo vivía en el barrio.

En todas las demás casas siguientes, se dedicaban los vecinos a las faenas agrícolas, aunque la última acababa con una nueva herrería: la del señor **Conejo**. De esta forma, esta acera de la calle, para no desdecirse, finalizaba como empezaba: con un taller de herrería. El propietario rivalizaba con denodado esfuerzo en el arte del duro metal con **Sandalio**. Tenía fabricadas de hierro pintado en negro, (para montar, colocar y volver a quitar), las barandas que se ponían en las rifas para acotar un espacio donde se colocaban los subastadores y donde después se irían comiendo los platos comprados sobre los mismos bancos de la iglesia. El redil de la abundancia hacía estómagos inflados en el postín bullicioso de unos acomodados que alevosamente, en la calle, mascullaban sustancias prohibidas o no vistas en el horizonte inmediato de otros vecinos. Estos hierros ocasionaron a mi infancia una marca para toda la vida. No con hierro candente, que deja chamuscado el anagrama del dueño, sino con hierro frío, pues como he dado a entender, se solía hacer ostentación delante de los que no podían adquirirlos. Estos momentos, en los que siendo un chaval iba viendo

como se comían plato tras plato, para mí todos pura fantasía culinaria, fueron muy tristes y me ocasionaron, aparte de segregaciones viscerales, un trauma donde todavía aletean melancólicas amarguras. Quizás, quizás, por esta razón no voy nunca como subastador, a pesar de haber asistido, por compromiso social en alguna ocasión a estas rifas, ya sin barrotes.

Con su negocio acababan las casas. A continuación, seguía el **huerto Rondel** con su empalizada de protección, para llegar casi al mismo borde de la calle **Ramón y Cajal**, donde más tarde se colocaría un taller para reparar, sobre todo, las ruedas de los carros de tracción animal cuando más tarde se construyeron las **Casas Baratas**. Los carros, según sus dimensiones, iban tirados por uno, dos, tres o cuatro imponentes mulos y transportaban toda clase de mercancías. Se veía a los carreros sentados en la parte de atrás, si iban de vacío, o chasqueando sus largos látigos, entre los adornados lomos de sus bestias, para hacerse obedecer mientras proferían, en su enfado de arrieros, insultos y maldiciones. Sus enormes ruedas, hechas de madera, tenían las llantas de hierro, y con ellas, en sus continuos viajes por las carreteras y calles de la ciudad, producían graves daños en el piso de piedra, de tierra o de asfalto, creando numerosas canaladuras verticales a lo largo de su recorrido. Por esta razón, fueron prohibidas las cubiertas de hierro que deberían ser sustituidas por las de goma, con lo que se acabó con otro oficio, produciendo la quiebra de varios talleres. Hoy se ve un carro pequeño, de fea factura metálica, pintado de verde, tirado por un burro, como heredero devaluado de la pujanza de sus predecesores. Se dedica a transportar el escombros de los derribos donde no pueden entrar los camiones más pequeños. Sus días están contados en el calendario del desarrollo exterminador.

1.8. EL BASTÓN DE FERIA

Ya situados en la calle **Ramón y Cajal**, podemos subir hasta la **Cava** y por el entonces callejón de **San Pedro Alcántara**, ponernos de nuevo en lo alto de la calle **San Luis** para empezar el recorrido de la acera izquierda, conforme bajamos. La acera, estrecha salvacoches actual, era la indicadora de la importancia de esta calle, ya que en el barrio ninguna la tenía. En sus primeras casas vivía el conserje del casino, un hombre de los pocos que llevaban elegante corbata en el barrio porque era prenda obligada en su uniforme de trabajo. Aunque el árbitro de la elegancia era el señor **Francisco Talero Córdoba**, vecino de las **Casas Baratas**, que se esforzaba con su cuidada indumentaria en poner una nota de color en los descoloridos y opacos tejidos de la gente. Llevaba siempre un elegante bastón, no para apoyar la curvatura de sus años, porque no era viejo ni estaba cojo, sino como prenda indispensable de su estilizada figura a la que cuidaba en todos los detalles. Marchaba acompasado con su bastón, cuya punta levantaba rítmica y pendularmente hasta el mismo flequillo de su cabeza, haciendo además, hábiles filigranas de malabarista con sus dedos para hacer girar el elegante garrote de una forma vertiginosa. Igual que el

cayado del pastor que se hace herramienta de oficio, el palo de estas sugerencias fálicas se hacía cachiporra y arma cuando la ocasión lo requiera, y así entre los chavales se corrió la voz de que escondidos en sus puños tenía pistolas y puñales. No sé lo que de cierto habría en esta leyenda de escolares asombrados que insuflaban gas explosivo al sueño de su imaginación.

La esencia del bastón estaba unida indisolublemente hasta su muerte como prenda de adorno con la feria de septiembre, única que por entonces se celebraba. Llegada ésta, en los primeros paseos, mi padre me llevaba al vendedor ambulante aterrizado para la ocasión y me hacía uno de los regalos más importantes y necesarios. El bastonero, colocado en una especie de antena horizontal, exhibía su mercancía en la que había de todas clases, tamaños y calidades y, por consiguiente, precios. El destinado a los chicos eran simplemente una vareta con el puño encorvado pintada con una decoración muy simple de color verde, rojo, amarillo o azul, que le daba un aspecto chillón. Con esta elegante macana en las manos, estabas ya preparado para ir a la feria del ganado, darle porrazos a las piedras, estacazos a los animales como si fueras una afamada figura del toreo, o te servía de sable para emprenderla con el supuesto rival poseedor de otro bastón de tu misma especie. En este simulado combate, te ponías la mano izquierda en la cintura (yo a la derecha pues soy zurdo) y cruzabas tus palos imitando a los espadachines cinematográficos hasta que uno era tocado con la punta roma. Cualquiera le decía a uno feo con semejante arma en las manos.

1.9. LA FÁBRICA DE SOMBREROS POR LOS AIRES

La fábrica los sombreros, como así la llamábamos, se encontraba un poco más abajo, justo antes de llegar a la curva de **La Cuesta**, y precisamente en ella tenía la puerta principal, siendo uno de los edificios más grandes del barrio junto con la fábrica textil de los **Molinas** y la de harina de los **Ruices**. Aunque el aspecto exterior no denotaba mucha exuberancia arquitectónica, tenía una puerta mayor que las normales del barrio, con lo que indicaba su función fabril. Nunca tuve ocasión de visitarla, a pesar de estar siempre jugando alrededor de su puerta. Ésta ha sido la única fábrica que no he visto de las que existían en la **Huerta Palacio**. Trabajaban allí buena cantidad de empleados y tuvo un gran auge económico en las primeras décadas del siglo. Muchísimo más tarde, desaparecida ya su actividad, tuve ocasión de verla en las pantallas de mi televisor y hacer varias copias de la cinta de vídeo para dársela a amigos e interesados. Unos prieguenses que trabajaban en **T.V.E.** (Televisión Española) descubrieron en la **Filmoteca Nacional** un reportaje donde en unos diez minutos de cinta de 16 m/m, se hacía referencia a la vida industrial del Priego de los años 1927, época de la **Dictadura de Primo de Rivera** a nivel nacional y de **José Tomás Valverde Castilla**, a nivel local. Después de presentar muchas fábricas de telares, tan abundantes en la localidad por esos años, se veía la de sombreros y fieltro de **San Luis** de **Manuel Serrano** donde en una imagen encantadora, un grupo de mujeres, sentadas en sillas con

largas faldas que les cubren todas las piernas y con moños veinteañeros, limpia y prepara las pieles, en una toma de excesiva velocidad que ya la quisieran verla en la realidad el dueño que aparece en la siguiente fase llamada *batiscosa*, a la que sigue la denominada *julón* donde se hacía la parte del sombrero que entra en la cabeza, continuando con la fase *toscadora* para terminar en la mesa de sacos planchadores. Se observa en el pequeño reportaje, además de mujeres, hombres que van de aquí para allá con estrechas chaquetas y tocados con gorras de visera en sus cabezas. Además de muchos niños trabajando, siendo este un detalle que resalta en todas las escenas sobre Priego. Era norma corriente el empleo de la infancia en las fábricas. Como último detalle a resaltar, la imagen bucólica de los sombreros cordobeses amontonados en las estanterías dispuestos ya para la venta. Éstos tienen una copa bastante más alta que los actuales y son los mismos que tan repetidamente pinta **Lozano Sidro** en sus cuadros costumbristas o aparecen por cientos en las fotografías de las procesiones de la época.

En mi casa, había buen número de sombreros que se fueron juntando a lo largo de la vida de mi padre, y aunque estuvieran pasados de moda no se tiraban. Pues nada se desechaba, ya que podían servir para otra cosa o ser usados en cualquier ocasión. De pequeño, encontré en estos sombreros los juguetes que no tenía y ellos fueron, esparcimiento y diversión, solaz y recreo, además de adorno en mi cabeza, motivo éste de complacencia en mis padres y hermanos mayores que reían mi novicia afición sombreril como una gracia y veían chistosa la desproporción entre persona y tocado. Con mis juegos acabé con todos ellos, por lo que el cuchitril donde estaban metidos dejó de tener unos pocos cachivaches menos.

En esta fábrica, se produjeron movimientos huelguísticos en el siglo pasado como reseña **Carlos Valverde** en sus *Memorias íntimas y populares* y se siguieron produciendo antes de la Guerra Civil, siendo estas luchas sociales tema de coplas en las murgas carnavalescas, según consta en la página 158 del tomo II del *Cancionero Popular de Priego*:

*Los sombrereros de Priego
son unos hombres capaces,
en una ocasión quisieron
cobrarle al dueño las bases.*

*Fueron al Jurado Mixto
y así que se enteró el amo
a todos los llamó,
los conformó con un pavo.
Los pobrecitos hicieron bien
llevaban tiempo de no comer.*

*Qué ricos muslos y qué pechuga,
se comieron hasta las plumas.
Y estando de buena unión
al ver lo que discutían
entre ellos había uno
que al amo se lo decía.
En vistas de estas acciones
varios se desesperaron,*

*entonces dijo uno de ellos:
"La culpa la tiene el pavo".*

Si mal no recuerdo, fue al mediodía cuando explotó la caldera de vapor de la fábrica. Estaba en el pequeño patio esperando la hora de la comida, cuando de pronto se oyó una gran explosión que hizo vibrar la tierra y las paredes de la casa. Miramos asombrados y aturcidos, y vimos una gruesa columna de humo que se levantaba vivaz hacia los cielos y que cada vez se hacía más grande. Nunca hasta entonces había visto nada igual. Quise salir, pero mi madre asustada me retuvo con lógica dentro de la casa, temiendo las posibles consecuencias secundarias de una explosión de tal magnitud. La suerte fue que era la hora de la comida y todos los trabajadores, mujeres en su mayoría, estaban fuera de la fábrica, porque si no la desgracia hubiera sido de unas dimensiones considerables. Hubo tres muertos que fueron velados todos juntos en la iglesia. El día del entierro fue la manifestación de dolor más grande que recuerdo. Todo el pueblo cubría la calle **San Luis**, mientras veía pasar féretro tras féretro camino del cementerio, acompañados por todos los curas de la ciudad como si de ricos se tratara y manifestaba su dolor por el accidente laboral más grande de los ocurridos hasta la fecha.

Esta desgracia sucedió el lunes santo del año 1947 y aunque yo tenía cinco años, el accidente lo recuerdo como si hubiese sucedido hoy. Después se volvería a abrir durante unos pocos años, pero enseguida tuvieron que cerrarla definitivamente debido a su anticuada estructura y a que la moda de usar sombrero había pasado. Pusieron una fábrica de tejidos, clausurada por los años sesenta y más tarde un negocio de muebles y una fábrica de confecciones, según creo.

1.10. LA CASA DEL OBISPO CABALLERO

Tenía una de las fachadas de más empaque del barrio. Sin exhibir una presencia ostentosa, presentaba un alzado mucho más rico que las de su alrededor. Nunca, mientras viví allí, fui consciente de que aquella fuera la casa donde había nacido **Antonio Caballero y Góngora**, el *Obispo Caballero*, este prieguense tan importante en política y religión, y al que Priego en 1923 le dedicó el mayor homenaje que se pueda tributar a un hijo predilecto, dándole una calle **-Acequia-**, erigiéndole una estatua, haciéndole unas sonadas y costosas fiestas y acordando la colocación de "*(...) una lápida en la fachada donde nació que a la sazón es la que está establecida la fábrica de tejidos de Dolores Aranda Alcoba (...)*". No sé si llegaron a colocarle la lápida. La verdad es que hoy la placa conmemorativa en su casa natal no existe, se la llevó el viento, igual que la que le colocaron a la de **Álvarez Cubero** o la del presidente, tirada a martillazos. Un destino zarrapastroso y zote pone en el zurrón del cingaro maraña de olvidos y escarnios envidiosos con estos zutanos que son nuestro orgullo más pregonado. De esta matanza de placas, se recuperó en el primer centenario de su nacimiento la de **don Niceto Alcalá-Zamora**, única de las

existentes que aluden a un hijo natal.

Así que en el *Obispo Caballero*, "un huertapalaciego ilustre", tengo un compañero de barrio que se me adelantó unos siglos a corretear por la calle **San Luis**.

Después de un corralón con una vegetación imprevista y descuidada que daba acceso a una vivienda escondida, hay varios edificios hasta llegar a la que llamábamos "*la casa del cuadro*". Presidía y preside la pequeña fachada de la casa donde está colocada y es una obra al óleo de buenas dimensiones que representa la Santísima Trinidad coronando a la Virgen. Ésta llena el centro del cuadro y recoge las manos en actitud orante, mientras el Padre a un lado con pelos blancos y el Hijo al otro con un "look" más joven, la acogen, mientras el Espíritu Santo en su tradicional forma de paloma blanca ilumina la escena con su luz. El cuadro en cuestión es una copia de **Velázquez**, realizada y colocada no sé cuando, aunque sospecho que fuera en la segunda década de este siglo cuando se llevó a cabo la renovación de la **Hermandad de Belén** y estaba de moda el pintor local **Santaella**. Para protegerla del sol, le tienen colocada una persiana verde que sube y baja el propietario de la casa, según las circunstancias y el que la adorna en las celebraciones importantes. Es una de las hornacinas más grandes y hermosas en este Priego donde tantas existen y la única que hay en el barrio. El sitio de su colocación creo que está escogido adrede, pues desde lo más lejos de la calle **Belén** se contempla el colorido de la escena que se va aclarando a cada paso que das.

1. 11. LA GRAN HUMANIDAD DE UN MURGUISTA

Debajo de la casa del cuadro, vive **Miguel Ruiz Gavilán**, conocido popularmente por el *Cojo Gavilán*, debido a un defecto de su pierna que le hace cimbrarse de un lado a otro en cada paso que da, lo que no es óbice para que tenga un espíritu elevado y sea una de las personas más encantadoras y queridas del barrio. Por entonces, se dedicaba a su oficio de zapatero, muy apropiado para su defecto físico. Y allí se la veía con su mandil lleno de cerote y de años, sentado sobre su pequeña silla y con la boca llena de puntillas, remendando, cosiendo o echando unas suelas en una minúscula mesa con su horma de hierro macizo en un borde de la misma.

En sus horas libres era aficionado a la música, aprendió a tocar el clarinete y logró formar parte, casi siendo un chaval, de la **Banda Municipal de Música**, cuando estaba dirigida por **Luis Prados** y más tarde por **Manuel Jurado**. En los innumerables pasacalles que le vi, **Miguel Ruiz**, siempre iba el último de la fila, colorado de salud y con su pierna diferente cerrando la marcha. Después de él, se agolpaba la multitud que no se perdía ninguna pieza y seguía a la banda, nunca mejor dicho, en procesión. Con la desaparición de la agrupación musical y su jubilación, se perdería esta imagen móvil del paisaje de fiesta de nuestro pueblo.

Pero no se perdió su amable persona que aún llena con su humanidad la casa de mis recuerdos. Con ocasión de la recopilación folclórica que llevé a cabo en la década de los ochenta, tuve ocasión de visitarlo un par de veces. En su casa

reformada, nos pusimos a recordar las murgas del carnaval de las que él fue un protagonista destacado, ya que era componente de las muchas que se formaron en la preguerra. Tuve ocasión de conocer la génesis y desarrollo de innumerables letrillas cantadas por uno de sus componentes. Para mí, aquellas horas de trato y amistad fueron placer de doncella cuando se encuentra sola en la casa. Su sana sonrisa irradiaba bálsamo histórico de aquellas comparsas de mozos que metieron en la valija de su juventud alegre los trapos de sus disfraces carnavalescos. Estrujé su memoria para hacer libro sus algazaras chufleteras, y en verdad que el resultado fue excelente. De su sonrisa amable no podían salir nada más que cosas buenas.

Una de aquellas dice así, recopilada en el tomo V del *Cancionero*:

*Somos unos cuantos amigos
los que esta murga formamos
y pensamos divertirnos
con el dinero que hagamos.*

*Llevamos a "Caja"
y también llevamos
al "Alpargatero".
Llevamos a "Chirines"
y al "Culi" además,
y por mala suerte
al cojo Gavilán.*

1. 12. TERMINANDO LA CALLE

Después de unas casas sin ningún negocio, cuyos propietarios eran obreros de la construcción, de las fábricas o campesinos, se encontraba la fábrica de tejidos de **Teodoro Arjona**. No era una industria muy grande, pero sí lo suficiente para que trabajaran en ella unas decenas de empleados. Como casi todas las fábricas de la localidad, tejían "patenes" y driles. Más tarde, la trasladaron al final de lo que hoy se llama **Avenida de América**, mucho antes de la fuente **Carcabuey**. Lo sobresaliente de esta familia es que por ser pequeños empresarios, pudieron dar una carrera universitaria a su hijo de una edad semejante a la de mi hermano mayor. Sus hermanas, siguiendo la tradición, no creo que hicieran estudios superiores. Hoy los habrían hecho, si hubiesen tenido facultades. Éste fue el único universitario de toda la manzana. Un lujo de la cultura laica en esta calle del **Obispo Caballero**. Haciendo un balance final de los estudiantes de la época en el arrabal, nos da que del total de habitantes, tenemos el universitario antes citado, los cuatro curas que terminaron la carrera y **José Gutiérrez López**, que no llegó a terminarla, (después sí se licenciaría), y cinco maestros de escuela: **Manuel Moreno**, **Rafael Muñoz**, **José Tomás Jiménez**, una hija de **Pablo Ariza** y yo. Aunque el bachiller lo hizo algún que otro joven más, creo que no llegaron a los estudios medios o

superiores, como le pasó a mi buen amigo, muy inteligente y compañero de instituto **Manuel López Lort**. Por lo tanto, puede ser que haya alguno que no se me queda en el tintero, sino en la pantalla de ordenador, o bien que sea de una generación posterior.

Y por último, estaba la casa de "*el Serio*". Un personaje famoso a mis ojos de chaval que cogía protagonismo, como señalo en el apartado *La Semana Santa de mis años infantiles*, esos días sagrados porque era nada más y nada menos que capitán. Capitán del escuadrón de soldados romanos de la **Cofradía de la Soledad**. No capitán del ejército español. Este ejército de soldados de **Flandes**, haciendo honor al origen de sus trajes, estaba dividido en tercios. Una escuadra era de la **Columna**, otra del **Nazareno** y la tercera de la **Soledad**. Estas hermandades eran las encargadas de movilizar tan escogida hueste entre los obreros del pueblo. Al principio todos mayores, pero después la tropa fue degenerando, o mejor dicho resurgiendo, pues los veteranos pasaban sus raídos y latosos uniformes a sus hijos menores, casi siempre imberbes, a quienes la prestancia de las picas y los cascos le caían demasiados anchos. Cada uno de estos tercios romanos, tenían preferencia de marcha cuando procesionaban las imágenes de su Cofradía. Mi "*Serio*", al ser de la **Soledad**, tenía esta prerrogativa el Viernes Santo por la tarde y noche. Ése era su día. El pavoneo de su desfile le hacía creer que no era capitán de papel, sino generalísimo invicto. Los espectadores, sin embargo, le agradecían la autoridad fingida que exhibía en sus desfiles por lo que le tenían en la primera fila de sus corazones, mientras disfrutaban del espectáculo. Como él lo sabía, estos días, aparte de la pechuga que formaba su coraza, se le veían aletear los orificios de su nariz alargándose aún más su desmedida longitud de semita, sobresaliendo, por lo tanto de su figura su nariz afilada y montañosa, su pechuga metálica y su espada desenvainada, apuntando al viento. Muchas veces corrí haciendo riada de alegría con otros amigos de ojos dilatados y pies ligeros, necesarios para subir *La Cuesta* a un paso tan veloz como si uno se estuviese meando y corriera para llegar pronto a los servicios.

El tiempo, y el desgaste, asesino de tradiciones, terminó con este ejército de ocasión. No fueron necesarias nuevas olas de visigodos, suevos, vándalos y alanos para acabar con su imperio. Sólo el capitán de la **Columna** procesionó este año, luciendo su antes lujoso traje verde, ahora desvaído y deslustrado, y los oficiales del **Nazareno** de la misma guisa, como si fueran supervivientes de una supuesta batalla perdida por **Julio César** en la **Subbética** cordobesa, muy cerca de la Munda montillana.

Capítulo II

Agua para las industrias

- 2.1. Un ensanche para jugar.
- 2.2. La "echa", el trompo, las bolas de barro y otros juegos.
- 2.3. Ribera de Molinos.
- 2.4. Polos "helaos".
- 2.5. Besar el pan.
- 2.6. Molinos aceiteros.
- 2.7. De lo antiguo a lo moderno.
- 2.8. Robando esteras.
- 2.9. "La Puente Llovía".
- 2.10. Haciendo honor a su nombre.
- 2.11. Curanderos.
- 2.12. La carretera.
- 2.13. Hornos de yeso.
- 2.14. Una bicha de goma.
- 2.15. Taller de alfarero.
- 2.16. Jabón de lavar.

2.1. UN ENSANCHE PARA JUGAR

Como el capitán romano nos ha dejado en lo alto de **La Cuesta**, al bajar, podemos hacerlo por **Ribera de Molinos**. Al comienzo de esta calle hay uno de los ensanches más grandes de todo el barrio, por lo que era aprovechado por los chiquillos para expansión y ocio antes de que se edificaran las **Casas Baratas**. Incluso hoy, la rifa de la **Hermandad de Belén** se celebra en este lugar más espacioso donde caben sentadas un buen número de personas, y de pie, al lado de la barra portátil, otras tantas.

En el piso de tierra de esta parte alta del barrio, he pasado muchas horas. Muchos ratos de juego lúdico que hacen de la infancia sonda aprovechable de ansiosos descubrimientos si no moralizantes, sí educativos. Era un tiempo de jugar en las calles y plazuelas. Éstas eran un segundo domicilio donde pasabas buena parte de tu vida. Por entonces, la mejor de ella. La bien aprovechada. Quizás el destino humano no sea el trabajo, sino el juego, y nuestro paraíso perdido se hizo absurdo cuando pusimos cobertizo y paga al desinterés de la innata actividad primitiva.

Como buena parte del firme era de tierra, aprovechábamos esta circunstancia terrenal para nuestro contento y alegría. Miles de *toreos* fueron alfombra en el polvo callejero y oropel de nuestros sueños. Esta chuchería se sacaba de las cajas de cerillas, se tiraba el cajoncillo vacío, se abría la cubierta, se eliminaban los dos bordes pequeños y te quedabas con los dos grandes, con los *toreos*, en otros lugares llamados estampitas. Mi buen amigo, **Francisco Fernández Pareja**, en su precioso libro titulado *Vocabulario de Priego de Córdoba y su comarca*, recoge esta voz diciendo que es un cromó recortado de las cajas de cerillas con el que juegan los chiquillos, y sienta la hipótesis de que tal vez se llaman así porque antiguamente traían figuras de toreros. Tenían éstos, unos dibujos a una tinta muy primitivos, después se harían sofisticados, a colores y ya serían buena pieza de coleccionista. Para nosotros su valor no era coleccionable, sino billete de curso legítimo (no legal) de un hipotético banco infantil. Mi riqueza fue tal, que llegué a tener una arqueta llena de ellos. ¡Era rico en baratijas de quincalla! Aunque también se canjeaban por billetes de verdad: los "toreos" de las personas mayores. Veinte eran los que cabían dentro de la cubierta de la caja, por ellos te llegaban a dar en los buenos tiempos hasta una peseta. Así que cuando vendías varios paquetes eras el chico más rico del barrio.

El juego más empleado donde se usaban, solían participar dos, tres o más jugadores a la vez. Cada uno de ellos se proveía de una piedra llana (un tejo) y unos pocos *toreos* que eran las fichas de plástico de nuestros casinos. Señalábamos una raya en el suelo, y a unos pocos metros de distancia dibujábamos una circunferencia (una redonda no geométrica) donde cada uno de los participantes amontonábamos el número de nuestra jugada. Desde allí, tirábamos el tejo a la línea y el que más cerca se quedaba era el primero en salir y por lo tanto el que llevaba ventaja. Era frecuentemente motivo de discusión y discordia averiguar la distancia exacta cuando había poca diferencia. La medías con cuartas de la mano y también con pajitas. Llegar a un acuerdo era la salsa picante que se degustaba de una forma crónica. Puesto ya detrás de la raya,

lanzabas tu piedra procurando alcanzar los *toreos* y sacarlos del círculo pues ésa era la ganancia. Si lo lograbas, continuabas jugando, ya desde donde había caído la piedra, y con nuevos lanzamientos, procurabas sacar los máximos posibles a porrazo limpio. Si no lograbas nada, era el turno del otro. La desgracia mayor que te podía ocurrir era *pincharte*. Te pinchabas cuando tu tejo se quedaba dentro del círculo. Entonces perdías la partida y el contrincante se llevaba todos los que había dentro, incluso los que antes uno había sacado en esa partida. Tantas pedradas se daban que muchos eran *eccehombres* llenos de rajaduras y agujeros, y con razón, porque los pobres soportaban un pedrisco cascajoso sin proferir ninguna blasfemia bíblica y sin llevar vida escandalosa de mujer pública. Los más viejos, los metías en la funda para su venta o juego, mientras que los rotos eran desechados con todo el dolor del alma. Era el impuesto que había que pagar por los ratos de esparcimiento.

Me pregunto ahora la razón por la que había tantos. Y la respuesta obvia me viene porque era el elemento flamígero más usado. El intrincado camino de la posguerra ponía calvicie de necesidades en la miseria y estrechez de un pueblo alejado del consumo, pero el *toreo* era envoltura del mixto y al ser de elaboración nacional (**Fosforera Española** era la fábrica) tenía beneplácito y permiso, y por lo tanto venta asegurada en el consumo interno. Los fumadores además usaban mecheros de gasolina o yesca que se prendían con piedra fabricada, aunque todavía guardo en la memoria, fumadores con dos piedras de pedernal que las hacían chasquear con una tomiza o cuerda de borra cerca, hasta que ésta se prendía. Soplaban rápidamente varias veces para extender el fuego sin llama al cigarro, que estaba esperando la lumbre. Humeando éste, se guardaban los útiles en el bolsillo hasta nueva necesidad.

2.2. LA "ECHA", EL TROMPO, LAS BOLAS DE BARRO Y OTROS JUEGOS

Todos ellos venían por olas, como llegaban las epidemias de sarampión, viruela, varicela, gripe, difteria y otras desgracias parecidas en una época en que la penicilina era un lujo reservado. A estos juegos les pasaba igual, eran una fiebre que no sé quien ponía de moda y de la noche a la mañana ya estabas jugando sin parar, de esta forma, unos venían y otros se iban. Muchas veces estabas deseando que volviera el que había desaparecido. Todos tenían sus épocas, como la siembra del trigo y la recogida la uva. Otro juego muy parecido al arriba indicado era la *echa*. Se jugaba indistintamente con tejos o con monedas. Cada jugador tenía dos monedas una más grande y otra más pequeña. Se usaban aún las alfonsinas, gruesas y de cobre, monedas de verdad, no la calderilla de ahora. El que era mano, tiraba una moneda unos pocos metros hacia adelante y a continuación lo hacía el segundo jugador. La segunda moneda, casi siempre más grande, se lanzaba con la intención de colocarla lo más cerca posible de las otras dos. El que más próximo se quedaba, era el ganador. Las opciones eran pues ganar las dos, una o

ninguna. Como el juego anterior había que tener destreza y maña para que no salieras *pelao* después de muchas horas de juego.

Con el trompo tenías que hacer un cierto desembolso, así como en el volantín para liarlo. Debías poseer unas monedas para adquirir estos juguetes de madera que traían una aguda punta de hierro, aunque los había igualmente de *púa roma* que eran menos guerreros. Podías jugar solo, aunque lo corriente era hacerlo acompañado y como siempre en competición. Dibujabas en el suelo un círculo donde se colocaban dos trompos viejos, correspondientes a cada uno de los jugadores. Mojabas con la boca la punta del volantín y lo liabas alrededor del trompo. Te enrollabas el sobrante en el puño hasta el tope, generalmente un platillo de cerveza machacado, y lanzabas con todas tus fuerzas el trompo sobre las *alcuzas* (los trompos ya estropeados.) El objetivo era pinchar la del contrario hasta partirla. Si tu lanzamiento había resultado fallido, podías coger el trompo bailando en la palma de la mano e intentar con él sacar del círculo el tuyo viejo para preservarlo de los golpes. Tantas horas jugaba, que el paso del volantín por mi dedo índice de la mano derecha, me provocaba una herida, causa que tuviera que pasarlo por el dedo corazón y tardase más en liarlo.

Las bolas de barro también se compraban. Eran de fabricación artesanal y distaban mucho de la perfección de las de hoy, fabricadas en cristal y en productos sintéticos. Estas virguerías empezaron a venderlas mucho más tarde y fue centelleo pletórico de generaciones posteriores las que disfrutaron su resplandeciente superficie y su pulimento de vitrina. Por unas monedas, te daban varias fabricadas en barro rojo. Nuestras madres, con un pedazo de tela vieja, nos hacían unas rudimentarias bolsitas de mercader para meter nuestros tesoros esféricos que se veían engordar o adelgazar por momentos, según te deparara la suerte. Estas bolsas eran una ayuda a los amplios bolsillos de nuestros pantalones que se mostraban llenos en toda su capacidad de los más variados objetos. Te dabas cuenta de su número, por las noches, cuando los vaciabas para colocar los pantalones sobre la silla. Entonces te sentías dueño de un baratillo de minorista. El juego más usado era el llamado por nosotros pares o nones. En el terreno hacías un pequeño agujero en forma de pera y en la parte que se une el cuello con la panza, se trazaba una pequeña línea que servía de límite. A una distancia de uno o dos metros, lanzabas al hoyo seis bolas, previamente colocadas en dos filas en tu palma de la mano. Las que entraban de la raya para abajo eran las que servían a la hora de contar si habían sido pares o nones. La emoción del juego estaba cuando se quedaban a lo largo del cuello y para ver las que entraban definitivamente, ibas quitando una a una de la parte inferior. Había que tener nervios templados para que, al ir suprimiendo bolas, rodaran o no las que a uno les convenía para su apuesta.

Otros juegos muy populares de poco gasto y fácil empleo eran el aro, el *lápiz*, el *burro*, la *píngola* y el *hincote*. Excepto el aro, todos los demás solían ser juegos de competición que requerían buena forma física y una habilidad diestra.

2.3. RIBERA DE MOLINOS

Un nombre antiguo que el pueblo le dio por los innumerables molinos que llenaban la calle, y que a pesar del transcurso de varias centurias, para no desdecirse con su nombre, conservaba aún, y no como un museo, sino como febril actividad que se ha visto aminorada paradójicamente con el desarrollo industrial de estas décadas finales del siglo. Y así, a lo largo de su recorrido, nos encontrábamos los molinos de harina de **Covaleda** y los *Ruices*, un horno de pan, el molino de aceite de los **Castillas** y **Palomeque**, además de una nevería. El nombre estaba bien puesto a esta ribera del río que compite en fama con la calle **Molinos**, perpendicular a ella, pero que le ganaba en instalaciones industriales.

Entre la calle **San Luis** y **Ribera de Molinos**, se encontraba una fábrica de harinas que ha estado funcionando hasta hace poco. Aunque su puerta principal daba a la calle **San Luis**, por la otra calle efectuaba la carga y descarga de trigo y después de harina. Era una industria pequeña que daba empleo a un número reducido de obreros y que surtía de harina a poco más de los hornos de pan de la comarca. Un hijo de los dueños también se escapó de la quema de los que se quedaron sin oportunidades por aquellos años y estudió Perito Aparejador. Actualmente, ejerce su profesión en Priego, después de haber estado trabajando muchos años fuera.

Siguiendo su fachada, andamos por un callejón sin asfaltar, de piso de tierra apisonada por el peso humano y animal, que nos lleva en su corto trayecto a las carnicerías más antiguas que recuerdo. Estaban instaladas en los bajos de nuestras famosas **Carnicerías**, las monumentales, y era una nave no muy amplia donde se sacrificaban un número escaso de reses, suficientes para el bajo consumo de la época. En alguna ocasión, tuve el privilegio de ver cómo ataban una vaca a una especie de columna que sobresalía de la pared y en el sitio adecuado de la carótida le asestaban unas profundas puñaladas que hacían derribar al animal, para a continuación descuartizarlo en una vivisección de cirujano suspendido en el primer curso de carrera. Los matarifes, cubiertos de amplios delantales y altas botas de goma, limpiaban finalmente con agua el piso de cemento de estas primitivas instalaciones donde los únicos adelantos eran las bocinas de los contados coches y camiones jubilados de la guerra que renqueaban su esqueleto por **La Cuesta**, entre los vítores de sus hierros envejecidos.

Uno de ellos era el de **Nicolás Jiménez el Basto**, como así rezaba la leyenda que tenía escrita en la puerta de su camión con el que realizaba viajes de cosario a *Granada*. El oficio le venía de herencia. En el mismo comienzo de la calle, tenía su almacén con unas puertas más grandes que las normales donde guardaba las mercancías objeto de su tráfico. Allí aparcaba el camión, y en los días que le tocaba el viaje, se le veía trajinar de un lado para otro hasta dejar bien colocados todos los paquetes y encargos que después llevaría de puerta a puerta. A mí me hizo un recado, cuando ya no era vecino de la **Huerta Palacio**. Me trajo un libro de texto de primer curso de la carrera de Magisterio, porque en **Córdoba** se había agotado y no se encontraba. Uno de sus hijos sigue la tradición familiar y hace recorrido de excursión, lo que para sus antepasados fue travesía de los **Alpes**, porque por fin han enderezado la carretera que nos separaba, más que nos unía a nuestra cercana ya, **Alcalá la Real**. Ya contaba este hecho **Carlos**

Valverde López, con una gracia y salero especiales:

*Para ir a Granada, donde un día
La carrera estudiaba de abogado,
Dos jornadas larguísimas tenía
Que hacer en burro (con perdón) montado;
La noche intermedia se dormía
(Otra vez con perdón) acurrucado
Sobre una enjalma, por lo cual, discurro
Que se viajaba entre estudiante y burro.*

2.4. POLOS "HELAOS"

Después de pasar la bocacalle de **Enmedio Belén**, se encontraba la nevería de los **Parras**. Era un negocio familiar que se mantenía en una época en la que no había aparecido el frigorífico. Por entonces, los métodos de conservación de alimentos eran los heredados de las tribus primitivas, allá por el **Neolítico**. No quiero avanzar más en la historia, porque podría llegar a los adelantos de las épocas glaciares donde todo se congelaba al aire libre. El bacalao, alimento popular entonces donde los haya (hoy bocado de pudientes), se vendía salado como producto típico y principal en todas las tiendas de alimentos. A la sal, como producto de conserva, se unía el aceite y la manteca, abrigo y manta de los tacos de lomo y las tajadas de morcilla o de chorizo. Durante el verano, la pila del patio era piscina de frutas y hortalizas. No habían aparecido aún los contadores de agua, porque no existían depósitos ni por lo tanto gasto para su elevación, por lo que las casas situadas encima de la **Fuente del Rey** no la tenían corriente. Donde estaba instalada, el caño de agua fluía incesantemente de noche y día. El rumor de su caída era consubstancial en todas las casas cuyos moradores no sospechaban que más tarde tendrían que ponerle llaves a sus cañerías y sordina de sequedad a lo que antes era acuoso descarrilamiento de una abundancia interminable en cada uno de sus caños dorados y corroídos por la cal. Tomates, pimientos, cebollas, sandías y melones, jugueteaban con el desagüe de la pila, siguiendo el traqueteo del pequeño oleaje producido por la caída del agua. Y con el cuerpo refrescado por el natural frescor de las aguas de **Priego**, esperaban turno para ser sacadas chorreando y servirse en el momento mismo de su consumición. Por entonces, nos parecían frescas y deliciosas, pero hoy, acostumbrados al frío eléctrico de los congeladores, tendrían, en nuestros refinados paladares, una temperatura churra.

La casa vivienda nevería tenía un largo pasillo que daba justo enfrente donde estaban enterradas las máquinas congeladoras en las que fabricaban unas largas barras de hielo de forma prismática. En la misma casa, vivía la familia encargada del negocio, aunque creo que tanto casa como empresa eran arrendadas. Como los hermanos neveros eran amigos de mi hermano **Tomás**, en más de una ocasión entré a ver la nevería y tuve la suerte de contemplar todo el proceso de congelación del agua y, en algunos casos, coger pequeños pedazos de nieve que me llevaba con alegría a la boca ávida de esa sensación de frío

invernal. Era un lujo esta nevasca de caramelo insípido y congelado que quemaba el contento de mis labios, por lo que me lo echaba rápidamente de un lado para otro de la boca, y ya, sin poder resistir su glacial caricia, lo tenía que expulsar a las manos mientras la boca, mis labios, lengua y paladar recuperaban un poco su calor perdido.

En mi casa rara vez se compró hielo. Una de las pocas veces que recuerdo fue cuando mi hermano cantó misa. En aquella ocasión, se hicieron dos garrafas de helado para regalar a los invitados, que habían acudido a la fiesta que se le hizo a familiares y conocidos para celebrar el evento. Y ello fue porque los padrinos pagaban el gasto. Supieron a poco y por razones evidentes, ¿no?

En los veranos había vendedores ambulantes de helado y polos que lógicamente hacían las delicias a los poseedores de unas perras gordas. Por un par de estas monedas, te daban un polo, muy colorido, pero todo nieve, o te ponían un corte de helado con un instrumento en forma de caja donde colocaban una galleta, se deslizaba una palanca hacia abajo para crear espacio, se llenaba éste de helado con una pequeña paleta, se cubría con otra galleta y por último se hacía subir la palanca para que saliera el corte ya listo para su consumición. El día que le decías que te pusiera una peseta, hasta las veletas de los tejados giraban más deprisa. Al menos así me lo parecía. Cuando el heladero había cubierto todas las posibles ventas de la calle, cogía su cilindro helado y se marchaba en busca de más negocio. Después, ya más adelantados y prósperos, se hicieron construir unos carritos que empujaban ellos mismos de una calle a otra. En lugares estratégicos del barrio, se les veía esperando a su seca y ávida clientela, descansando con un pie sobre la rueda del carro, la gorra a un lado y echando un cigarrillo de picadura liada a mano.

2.5. BESAR EL PAN

En esta parte de la calle, ya no había nada extraordinario. Casas de labriegos o empleados hacían vecindad amable su ciudadanía de barrio. Sólo en una casa había ocurrido una grave desgracia. Mientras una chica tenía a su hermano menor entre los brazos, se le cayó al fuego y el pobre bebé tuvo la mala fortuna de quemarse gran parte del rostro y una oreja que perdió completamente. Daba un *repelús* contemplar de cerca su cara desfigurada por las cicatrices, si bien este repeluzno no era de asco ni repugnancia, sino más bien de pena al contemplar su desgracia. Me lo encontré en **Andújar** donde vivía casado y feliz, nos saludamos con alegría mientras recordábamos nuestros tiempos de la **Huerta Palacio**, y sobre todo los ratos que pasábamos jugando. En su rostro de adulto, se habían dosificado las cicatrices del fuego habiéndose normalizado parte de su aspecto. Me alegré de veras.

En la otra acera de la calle **Ribera de Molinos**, estaba uno de los hornos de pan más importantes del pueblo. Su dueño entonces era **Pablo Ariza Garrido**, un industrial casado con una parienta lejana de mi madre. Al ser la harina y el pan el alimento básico de la alimentación de los años cuarenta y cincuenta, ser

propietario de un horno era una cosa muy considerable a los ojos de los vecinos. Su mano administraba el alimento bendito, puesto que en las casas escaseaba de todo, pero lo que no podía faltar era un pedazo de pan. Aunque fuera duro. El horno de pan se consideraba el segundo templo del barrio y su producto santo. ¿Por qué si no la harina de trigo se transubstancia en cuerpo de **Nuestro Señor Jesucristo**? Le seguía en veneración a la ermita de **Belén**. Cuando se caía un trozo de pan al suelo, te mandaban cogerlo y después de una supuesta limpieza con las manos, había que besarlo en un acto de veneración profana. El pan era una cosa del Señor. La frase, *"te lo ganarás con el sudor de tu frente"*, era versículo que ponía ruedas de literatura a la escasez reinante.

La alimentación se basaba en la harina y buena parte de lo que se ingería, era trigo en diferentes preparaciones. Tejeringos, churros, buñuelos, *papuecas*, *retorcíos*, gachas normales, de leche, de café, de cebada, migas y tortillas de harina fueron compañeros obligados en una dieta muy poco variada. Me acordaré toda mi vida cuando un día al llegar a mi casa, a la hora del *joyo* me dijo mi madre: *"Ya no hay más pan negro"*. Desde entonces, el hecho de comer para vivir había cambiado de significado porque el azote de una plaga bochornosa había reblandecido su tirantez.

Lo primero eran aquellos panes de verdad, de a kilo, redondos como una luna creciente y hermosos como un sol de agosto, donde había alimento para muchas personas y como al tener más peso en proporción eran más baratos que los medios y los cuartos y modernamente las barras, se compraban más a menudo. Conforme la vida se fue encareciendo, para no hacerse odiosos a los consumidores, la Administración en vez de ir subiendo el pan, porque subirlo era asesinar al pueblo, fueron reduciendo su peso y vendiendo la pieza al mismo precio. Esta sutileza económica, fue usada en muchas ocasiones, por lo que con los años en vez de comprar un pan de kilo, comprabas uno de 800 ó 700 gramos. Aún hoy, cuando las ruedas de tejeringos suben unas pesetas, suelen aumentar sus diámetros unos centímetros durante unos días para desinflarse a los pocos, cuando la gente ya se ha olvidado de la subida.

Donde se notaba más la sisería de los dueños de los hornos era cuando llegaban los inspectores de pesas y medidas. Aquellos días podías hacer las compras con tranquilidad porque ninguno sacaba los productos con un peso inferior al reglamentario. Los panes, misteriosamente, eran más grandes, habían crecido de una forma apreciable. Lo gracioso de esto (una pena más bien) era que todos los industriales sabían de la visita de estos funcionarios, y en esa ocasión, se ponían al día y fabricaban sus productos usando las medidas reglamentarias. Se dirían para sí que unos días al año no hacían daño. El siseo en las tiendas era tributo añadido para los compradores necesitados. Cada negociante, en el marquesado de su negocio, se estrujaba su mollera y con la osadía de la picaresca más refinada, ponían a sus clientes y empleados unos impuestos votados por ellos mismos, que cobraban sin haber sido publicados en los boletines oficiales. Como no había estos modernos aparatos electrónicos y computarizados, lo normal eran las balanzas de dos platillos, uno para colocar el producto y otro para las pesas de hierro o de aleación. La fiscalía te autorizaba unas medidas y después se usaban otras trucadas. Lo más corriente era que en la parte inferior del peso hubiese una pieza desmontable que se caía incomprensiblemente cuando los ángeles de la fiscalización volaban a otros lugares.

El pan te lo daban sin envolver, estaba en unos grandes canastones y

cogido con las manos, te lo ponían encima del mostrador para ser retirado en unas talegas de fabricación casera. Fue ya una sutileza y un lujo refinado cuando fueron apareciendo algunas que tenían bordada o recortada y pegada en su centro la palabra *pan*. Con ello, se demostraba a todo el mundo que en aquella casa se comía el producto publicado en la leyenda. Se veían a todas las mujeres del barrio con las talegas en las manos, sus delantales, sus alpargatas y sus moños, hacer procesión camino de la panadería.

Al horno, pues, había que ir todo los días, además de los especiales festivos. Me parece que los únicos días que no había pan era el **Viernes Santo** y el de **Navidad**. Todos los demás días, incluso los domingos, eran días de pan. En las fiestas de la **Candelaria**, fabricaban unas rocas especiales que se llevaban a la parroquia para que las bendijera el cura **Aparicio**. Se solían adornar unas canastillas donde se colocaban con cierto gusto y **Cuesta** arriba con ellas para recibir el agua bendita que el hisopo esparcía generosamente. Los días anteriores a la **Semana Santa** había una multitud de mujeres fabricando con sus propias manos las magdalenas. Y en los de **Navidad**, en este mismo ajeteo, se confeccionaban los mostachos. Esporádicamente, se llevaban al horno para asar pimientos morrones y batatas o cualquier dulce, como los bollos que se hacían para festejar algún acontecimiento familiar. Muchas veces, entré en el horno y disfrutaba viendo como la recién comprada amasadora automática iba sin cansancio dando paletadas hasta que la masa estaba en su punto. Después, los panaderos, blancos como la harina blanca, pesaban con una rapidez inaudita el trozo de masa al que le daban forma de pan en segundos para colocarlos sobre largos tablones en hileras perfectas. Antes de ir al horno, se les imprimía unos sellos con la indicación de sus características y con unos cuchillos se le hacían unos cortes para que al pujar con la cocción no se deformaran. Los hornos eran todos de leña. Junto a sus gruesas puertas de hierro accionadas con palancas gigantescas y pesadas, solía haber montones de palos esperando su turno para el fuego. Me impresionaba ver al panadero con su kilométrica pala de madera levantar la puerta del horno, extraer los panes ya cocidos a pares y triples, y colocar los que ya habían fermentado. El olor a pan recién hecho era mecha que encendía de gusto las pituitarias de mis narices que insuflaban mis pulmones con este halago lujurioso. Para el deseo del hambre, creo que no hay otro olor más rico que éste, desprendido por el pan acabado de cocer.

En la dieta actual cada vez se lleva comer menos pan. Está pasando a ser un componente más de la alimentación, dejando de tener la importancia principalísima de antes. Y la tendencia es ir reduciéndolo de la dieta. No está de moda comer mucho pan, que se va viendo como un alimento primitivo y poco sofisticado. Como contraste de la vida, la diosa televisión anuncia hoy el pan negro que mi madre dijo que ya no se fabricaba. Le llaman integral y se usa como un lujo para no engordar. Así que entonces, yo no sabía que estaba haciendo dieta de ricos. ¡Qué cosas!

2.6. MOLINOS ACEITEROS

El molino aceitero de la familia **Castilla** lindaba con el horno de pan cocer. Todavía tiene sobre sus altas puertas la fecha de su construcción en azulejos estilo sevillano: 1894. La puerta de entrada daba acceso a un amplio patio donde se amontonaba la aceituna y servía para la carga y descarga. Mulos, carros y camiones acudían en la campaña de aceituna para proveer de materia morada y negruzca las pesadas ruedas de molino que solían ser conos enormes de granito. Mientras esperaban su turno, se veían faraónicos montones chorreando aceite y zumo que discurría perezoso por el empedrado del patio.

Los molineros eran pura mancha de aceite. Llevaban unas pringosas botas hartas de pisar aceitunas y mugre aceitosa, o bien albarcas de goma o de pellejo y las pantorrillas, a modo de calcetines, las envolvían con unos peales que eran unos trapos de lienzo que se ataban con cuerdas de esparto. Su aspecto, como producto del olivar, era inconfundible. El olor punzante de sus ropas descubría el óleo de sus faenas. Solían trabajar de una manera continuada, en turnos de día y noche, y para no enfriar las máquinas y calderas, se llevaban la comida correspondiente a su turno.

Llegada la mercancía, se ponían sobre sus espaldas un saco a modo de capucha franciscana y cargaban en ellas los de aceitunas que vaciaban en el gigantesco montón. Se decía, por esta razón, que este oficio temporero era mucho más pesado que el campo y los albañiles, aunque estaba mejor remunerado y era una suerte el parado que lograba emplearse en uno de ellos en los pocos meses que duraba la campaña. Lo más tirado a efectos de ganancia económica era trabajar en el campo a sueldo.

En el interior del molino, el trajín era incesante. Había que proveer a los cuatro rulos para aprovechar bien su movimiento. Y después, con calderos de latón, coger la masa para llevarla a la prensa. Se solía introducir unas esteras de esparto en un gran eje perpendicular para cubrirla con la masa de las aceitunas para a continuación poner otra estera y continuar el proceso. Terminado éste, se empleaba la prensa hidráulica, según el principio de **Pascal**, que usaba de toda su fuerza y empezaba a estrujar haciendo desbordar por sus costados el zumo aceitoso. Esta masa viscosa pasaba a unas alberquillas. En las primeras, había un subiente por donde se iba parte del alpechín, mientras que el aceite pasaba a otras para ir aclarándolo de igual forma. El alpechín iba a las alpechineras y el aceite a unos trujales, depósitos excavados en el suelo revestidos de losillas. Más tarde, se usarían unas batidoras para calentar la aceituna recién molturada para que así fuera más fácil y provechosa la extracción del aceite.

2.7. DE LO ANTIGUO A LO MODERNO

En estos años, la fabricación del aceite, según este procedimiento, era todo un adelanto. Porque unas décadas antes, a pesar de estar ya la luz eléctrica funcionando, había muchos molinos a donde no llegaba o no habían hecho las adaptaciones necesarias, y éstos seguían trabajando con los mismos métodos arcaicos de la antigüedad. Así que no es raro, que una persona ya entrada en años haya sido trabajador o al menos espectador de la extracción del aceite por estos procedimientos.

A la entrada del molino se amontonaba la aceituna en compartimentos separados para cada cosechero y allí se dejaba bastantes días hasta que estuviera *cocida*. Porque se necesitaba entonces que estuviera casi podrida para que el proceso de molienda fuera más fácil. Muchos cosecheros se llegaban al molino y preguntaban: "¿Cuándo vas a empezar con la mía?" A lo que el molinero contestaba con la misma coletilla: "Cuando esté caliente". Llegado a este punto, se procedía a la molienda. Un artilugio llamado malacate se enganchaba a una caballería, burro, mulo o caballo, para que diera interminables vueltas, a fin de dar movimiento a uno o dos rulos de pesada piedra. Sobre el mismo empiedro, se echaba la aceituna a paladas y con calderos. Una paleta colocada sobre los ejes era la encargada de llevar la masa hacia un alfanje y allí con calderos se echaba a unos capachos de esparto con los que se hacía una especie de torre y a mano se iba apretando de arriba abajo con unas palancas de presión hasta hacerle desprender gran parte del aceite. Cuando llegaban a una cierta presión, sacaban del capacho aquella masa estrujada, la tiraban al suelo y la pasaban por una desmenuzadora que era una especie de moledora con tracción manual. Volvían a poner sobre los capachos tantos calderos de aquella masa como de agua hirviendo, y con ese calor y dando presión de nuevo volvían a estrujarla para que se desprendiera más aceite. Éste pasaba a unos depósitos-bombas enterrados en el suelo donde el alpechín se iba por un subiente interior mientras que el aceite se castraba para ponerlo en unas tinajas de gran capacidad, numeradas según el cosechero, al que se le solía cobrar la maquila, consistente en una arroba de aceite por cada diez fabricadas. En otras ocasiones, se cobraban sesenta kilos de aceituna por cada arroba de aceite. Las trojes de alpechín también se castraban para recoger la grasa que todavía llevaban.

A este procedimiento manual y primitivo vendría a ayudar la prensa hidráulica. Al animal que daba vueltas en el empiedro se le quitaba la chaveta y el rulo quedaba libre para engancharlo a un artilugio de la prensa y su movimiento era la fuerza motriz.

Uno de los placeres culinarios de los trabajadores era con un cuarto de pan calentado en el fuego, casi tostado, pincharlo en su navaja e introducirlo en la tinaja de aceite recién hecho. Exagerando un poco, casi embebía medio litro del precioso líquido. Como no había por qué ser finos comiendo, era normal que el aceite chorreara por la barbilla y las manos mientras el pan se engullía. Y este pequeño derroche, fue quizás refocilo diminuto de comensales moderados y poco exigentes.

Con los turbios, lo que queda entre el alpechín y el aceite, se seguía trabajando. Éstos se ponían en el *borrero*, consistente en unos grandes tinajones enterrados en orujo hasta el cuello y con el calor de este revestimiento desprendían más aceite, que se *castraba* de nuevo, es decir, se sacaba para ser usado. Los restos después los vendían a los turbieros que lo empleaban para la

fabricación del jabón. Las lonchas de orujo iban a las fábricas extractoras, se usaba como alimento de cerdos o como combustible en las calderas de vapor.

El aceite extraído por este procedimiento era de un suave color dorado y tenía varios grados de acidez, no así el de hoy que apenas tiene unas décimas y el color verde lo obtiene porque la aceituna es molida casi a diario. En escasas horas pasa de los olivos a los depósitos de aceite, debido a un sistema continuo de invención italiana que se llama **Pieralisi** que no necesita ni rulos ni prensa. Depositada las aceitunas en las gigantescas tolvas son transportadas por unas espirales continuas hasta unas máquinas trituradoras de martillo donde serán molturadas. La masa, de una forma automática, pasa a unas batidoras donde se calienta suficientemente para que más tarde salga con facilidad el aceite. Otras máquinas, apartan el orujo, el alpechín y el aceite. Más tarde, el orujo se seca y el aceite es limpiado en una centrifugadora antes de su almacenamiento en los trujales. En el museo de etnología, se han quedado rulos, capachos, esteras, animales y prensa hidráulica. Todo el proceso se ha mecanizado. Donde se necesitaban tres personas, basta con una, y no hay siquiera que tocar a la aceituna, si no es para tomar las muestras de análisis de rendimiento, forma usada para pagar al cosechero, según la calidad del producto. Estas máquinas molturan hoy 25, 50 y hasta 100.000 kilos de aceituna diaria, trabajando de una forma continuada y las tienen instaladas todas las grandes almazaras existentes en la localidad.

2.8. ROBANDO ESTERAS

Los molinos de aceite van unidos en mis recuerdos con alguna de las pillerías más importantes de mi infancia. Y ésta de ahora, por las consecuencias un poco tragicómicas, se me ha clavado para siempre en la cinta cerebral de mis recuerdos. Resulta que cuando se iban acercando las fiestas de la *Candelaria*, los chavales amontonábamos trastos viejos de madera y nos lanzábamos al campo en busca de ramas y troncos para proveer el gran fuego de la noche a cuyo alrededor hacíamos los famosos *rincoros*. En una ocasión, los mayores se trajeron entera la choza de un labrador de **La Vega**. Éste apareció más tarde, buscando a los *robacasas* y a su propiedad, pero su gestión fue inútil porque ya había sido quemada la noche anterior, mientras contaban con orgullo la gesta llevada a cabo. Otros más osados, cuando faltaba material, se acercaban a los molinos y robaban esteras y capachos de esparto pringosos por su uso, y por lo tanto óptimos para ser quemados. En una aventura de éstas, nos llegamos una partida de valientes amigos al molino de los **Canos**, situado donde actualmente está el **Centro Médico**. Después de decidir *el golpe*, el más intrépido empezó a bajar el amplio pasillo que daba acceso al patio donde se ofrecían las esteras tendidas sobre los bordes del montón de aceitunas. Los otros, mientras, nos quedamos agazapados a la puerta, observando como discurría su emocionante aventura. Pero cual sería nuestra sorpresa, al ver que cuando nuestro compinche estaba con las manos en la masa, las puertas de entrada empiezan a moverse con una rapidez de émbolo y nos dan en las mismísimas narices. El desasosiego de nuestros corazones no fue capaz de paralizar nuestras

piernas, por lo que echamos a correr hasta que pusimos distancia topográfica entre nuestro cuerpo y el molino. Por lo visto, nos habían visto llegar y mientras nosotros hacíamos nuestros planes de ataque, ellos hicieron sus planes de defensa y se escondieron sigilosamente detrás de la puerta. Cuando vieron al caco en la faena, cerraron de golpe las puertas. Nuestro valiente compañero apareció más tarde almidonado de alpechín. Los molineros, según costumbre, se habían tomado la justicia por su mano, y sin tener en cuenta sus sollozos y súplicas de arrepentimiento momentáneo y sus gritos de no voy a hacerlo más, lo habían metido en las alpechineras hasta el cuello, mientras lo amenazaban con más fuertes castigos si volvían a cogerlo de nuevo. Uno y otros sabían que todo era en vano, porque mientras hubiese fuego y esteras, habría ganas de robarlas y vivir una aventura. Ellos mismos también lo habían hecho de pequeños.

El picón de orujo como subproducto derivado de la molturación de la aceituna fue usado en mi casa durante muchos años. Tantos como estuvo la fábrica y el molino funcionando. Se usaba orujo como combustible en las calderas de vapor para calentar el agua que harían mover las máquinas a través de una serie ingeniosa de ruedas, ejes y correas de material, aunque la que yo vi era para usarla en las pilas de tinte. A la caldera había dedicado un empleado, el fogonero, que estaba constantemente mirando las agujas indicadoras de la presión y echando orujo con una pala al fuego. Después, apagado éste convenientemente en su momento, daba lugar al picón. Éste era mucho más fino que el que además vendían los carboneros obtenido de ramas y troncos y por eso llamado picón vegetal. Numerosas horas pasé calentándome delante de la caldera porque solía ir a la fábrica muchas veces a llevar recados o el desayuno a mi familia.

Como empleado, a mi padre le daban cada año los sacos suficientes del sucio y negro picón para proveer el brasero invernal. Mi madre era *La chiquita piconera*, de **Julio Romero de Torres**. En la casa había una mesa grande, cubierta con un hule fijo que se colocaba con unos junquillos en la que cabían seis personas. Esta mesa tenía usos múltiples y lo mismo servía para trabajar en ella como para la comida. En invierno, se convertía en mesa camilla. Se le ponía las verdes enaguillas, la tarima y el brasero. La lumbre, generalmente, era el picón de orujo. Muchas veces había que encender el brasero con ramas y palos secos, pero lo normal era echarle un poco picón a la hora de acostarse y así había lumbre para el día siguiente. De vez en cuando, se tenía que coger la paleta y *dar una movida* para recuperar el calor perdido. Aparte del polvo y del olor, era peligroso por los gases que emanaba y el oxígeno que consumía en locales cerrados. Por eso, de vez en cuando, había que abrir las puertas de la calle para recuperar el aire perdido. Este detalle era motivo de preocupación, porque se producían casos de personas que se habían quedado dormidas con el brasero encendido y todo cerrado, habiendo aparecido muertas por intoxicación.

2.9. "LA PUENTE LLOVÍA"

Después del molino de los **Castilla**, espalda del huerto del mismo nombre, la calle continúa con una pronunciada cuesta, pero no muy larga, que presenta en la parte derecha un lienzo de la antigua muralla de la ciudad. Aquí el color marrón madera de la piedra tosca hace contraste con la blancura de las casas del barrio, entonces todas encaladas. Se llega pronto a **La Puente Llovía**, la cual junto al arco de **Santa Ana** y el de la **Puerta Graná** forman trío medieval de puertas de acceso a la ciudad. El arco más urbano es el de la calle **Santa Ana**, coronado en su parte superior con balcones y ventanas, y con una belleza evocadora de puerta inmediata al recinto histórico. El más rústico es el de la **Puerta Graná**, vecino de cruces y ermitas. Siendo el más auténtico de este conjunto el de nuestro barrio (y con esto no hago patria chica), ya que muestra toda la sillería de la piedra con la que fue construido. El alma de su historia no la esconde bajo capa de cal como sucede en los otros arcos. Además, se agarra a la muralla primitiva, aunque sólo por una parte, porque por su lado derecho ya hay construcción de otras épocas, habiéndose perdido para siempre su aspecto primitivo. Esta autenticidad medieval, casi pura, que presenta el conjunto, no ha sido una cualidad para que las autoridades lo cuiden a fin de que no se caiga a pedazos. Poseemos una fotografía en la que se ve un doble arco encima del actual, que ya ha desaparecido para nuestra desgracia. Hoy, el conjunto histórico presenta un aspecto descuidado, inaudito, no acorde con su valor histórico y con los tiempos de valoración cultural que vivimos, por lo que no podemos permitir, que con el paso del tiempo, otra fotografía nos muestre otras piedras desaparecidas de su conjunto actual.

La palabra puente es del género ambiguo en castellano, por lo que está bien dicho si decimos "el puente", o "la puente". Con el género femenino, en un acto de delicadeza se popularizó el nombre "La Puente Llovía". Es bastante chocante esta característica porque en Priego todos los puentes son masculinos, pronunciamos "el puente" nunca "la puente", excepto en esta ocasión.

Aunque decimos que es una puerta de entrada al recinto, para mí y para la banda de rapazuelos del barrio, era una puerta de salida y escape para buscar horizontes carentes de casas y llenos de naturaleza. Atravesando los pocos metros de su túnel, el campo se te ofrece amplio en huertas y montañoso en lejanías, a través de una ondulada vereda de cabras que te lleva en su parte superior al **Huerto Castilla** y al tajo del **Adarve**, y en la parte inferior a las huertas de la **Vega** y a la **Cubé**.

Muchas horas pasamos jugando los chicos junto a este arco de medio punto. Me acuerdo de unas corridas que organizábamos en la pequeña plazuela. Para hacerlas más auténticas, íbamos al campo y cortábamos las carnosas hojas de las *higueras chumbas*, le atábamos una cuerda y se colocaba en las espaldas del *toro*. Éste, con unos cuernos verdaderos entre las manos y su cactus a la espalda, empezaba a bufar, a poner cara de toro y rastrear alternativamente los pies antes de arrancarse en una fingida embestida en busca del torero, que con su trapo disfrazado de capote y su espada de palo se adornaba el pase, imitando las buenas figuras del toreo. Entonces, ¿para qué servía la pinchuda hoja? Ahora viene. Llegado el tercio de banderillas, las teníamos preparadas con unos palos terminados en puntillas que habilidosamente colocábamos. El banderillero de turno, después de retar al toro a una cita de encuentro simulada, clavaba con alegría las banderillas en la espalda del *toro* y si había suerte en su colocación se mantenían por un rato sobre las hojas. Aunque lo frecuente era que se cayeran a

la primera carrera porque la punta, al ser lisa, se desprendía con facilidad. Con el estoque se hacía igual, si bien antes, con alguna mohosa navaja habíamos hecho un agujero en la pita, para cuando llegara la hora de la verdad, el estoque se mantuviera en la espalda hasta la muerte simulada del novillo que caía en tierra si el *maestro* había colocado el palo sobre su espalda con la habilidad de un profesional.

En mi primera infancia me aficioné mucho a los toros. A todo el mundo le decía que iba a ser torero, y la verdad era que yo me sentía como si fuera *Enriquito Vera*. En un primer viaje que hicimos a **Córdoba** a visitar a mi hermano en el seminario, para hacer una gracia, y mis padres demostrar lo saleroso y habilidoso que era, me mandaron dar unos cuantos pases de salón delante de los curas y seminaristas ensotanados de negro. La sala de visitas se cubrió con el hálito de los olés y las oraciones sorprendidas escogieron sus ecos apagados y quizás se escaparon para ahogarse en el cercano Guadalquivir. Fue mi primera actuación oficial. Y la última. Porque tan engullido tenía mi ilusionado mundo del toro, que incluso a las personas mayores cuando pasaban por mi lado las convertía en mansos novillos y les daba pases. No sospechaba entonces este pecado de mi inocencia. Un día, subiendo **La Cuesta**, repetí esta operación con un vecino de mi calle y, sin pensárselo un segundo, me dio un guantazo con tan buena suerte que me hizo perder el equilibrio y dar con mi cuerpo en tierra que descendió un poco calle abajo, mientras mi cara besaba el polvo de mi primer accidente. La cogida no fue mortal, pero sí mortífera: desde aquel día no he vuelto a torear.

Por lo que después he visto y comprobado, creo, sinceramente, que la historia de la tauromaquia no se perdió nada.

2.10. HACIENDO HONOR A SU NOMBRE

La **Ribera de Molinos** continuaba haciendo honor a su nombre. Vecina de **La Puente Llovía** estaba la fábrica de harina de los **Ruices**. Ésta era la segunda de la calle, y junto con la de **Covaleda** formaban la única pareja de empresas dedicadas a esta actividad, no sólo en el barrio, sino en la ciudad. Entré en ella en más de una ocasión, y cada vez que lo hacía me impresionaban las gigantescas máquinas moledoras y la rapidez con que se llenaba un saco de trigo hecho polvo, convertido ya en blanca harina, alimento básico y principal de aquellos años como antes hemos dicho. Meter las manos en la harina todavía caliente, impregnarse de su sustancia pegajosa para después llevársela a la boca, era una sensación halagadora que aceleraba mi descubrimiento de la vida. Por la parte de atrás de la fábrica, se accedía a un quebrado patio que hacía amistad y paisaje con las huertas vecinas. Viviendo todavía en la **Huerta Palacio** dieron en quiebra los dueños, y de la gestión de la fábrica, después de innumerables papeleos, se encargaron los mismos empleados que con tesón y esfuerzo crearon una cooperativa de producción y continuaron fabricando harina varios años más, hasta que por fin tuvieron que cerrar definitivamente. Desde entonces, la veleta en forma de gallo que daba

vueltas al son del viento, chirriaba con tristeza su sueño cataléptico. Quizás ella comprendía el desconsuelo de una decadencia productora tan pujante en otros tiempos.

Fuera de la fábrica, bajamos una descuidada cuesta de piso de tierra y damos, en unos pocos pasos de precipitación, con un nuevo molino de aceite: el de **Palomeque**. Todos los molinos se parecen, pero como los rostros humanos también ellos tienen sus diferencias y éste las tenía. Por lo pronto, en un acto de poca galantería, le echaba la espalda a la imponente mole de la fábrica de tejidos de los **Molinas**, situada en la calle **Molinos**. El molino, cual si de un castillo se tratara, estaba rodeado por una acequia que recogía todas las aguas procedentes de la **Fuente de la Salud**. Había un pequeño puente que franqueaba la entrada a esta fortaleza, en cuyo interior no había armas defensivas, sino cuatro imponentes prensas hidráulicas marca **Ruperto Eaton**, de **Málaga**, que le tenían declarada la guerra sin cuartel a las legiones de aceitunas de la comarca. Una de las propagandas más insistentes del semanario *Patria Chica* del año 1915 eran estas prensas.

Fue precisamente en este caz de agua que circunvalaba la fábrica y del que se proveía donde mi hermano **Tomás** tuvo un grave accidente siendo joven.

2.11. CURANDEROS

En mi casa siempre se han criado animales. Ellos han sido acompañantes de la familia porque con su crianza aliviaban un poco la situación económica. Se echaban gallinas en el patio para sacar carne y huevos, conejos para su venta y consumo, cerdos, cabras para leche y en alguna ocasión, hasta ovejas. Para eso, en la parte trasera del patio había una "cochinera", palacio de suciedad y foco de perfume en un círculo de varios metros a la redonda. Era costumbre y normal tener una pequeña granja en las casas, que aparte de vivienda, servían casi todas para sede de pequeñas explotaciones ganaderas. Los cochinos muchas veces se vendían para sacar unos dineros extras. Otras, se criaban dos, y si se tenía cierto desahogo, uno se vendía y el otro se mataba para consumo propio. Consecuencia de todo, era la gran cantidad de estiércol que se almacenaba en el patio. Buen abono para el campo, pero poco beneficioso para la salud, ya que era criadero y sede de pulgas, moscas y cantidad de especies similares. Este estiércol se vendía o se regalaba a un hortelano para cultivar lo que ahora se llaman alimentos biológicos, aunque ellos, lo único que decían es que criaban sus hortalizas con un buen estiércol. El día de sacar el estiércol, toda la casa y la calle recogían las pastas y pegotes de esta materia olorosa formando un rastro fácil de seguir a lo largo de todo su camino.

Un día, cogiendo yerba para los animales, mi hermano tuvo la mala fortuna de perder el equilibrio, mientras hacía figuras de malabarista en el caz, y se fracturó el brazo. Nosotros decíamos que se lo quebró, eso de fracturárselo era una palabreja demasiado avanzada para nuestro léxico. Y enseguida fue llevado al curandero en el coche de mi tío **Eduardo Ortiz**, propietario de un taxi, a quien se acudía para casos de necesidad como éstos. Por entonces, el traumatólogo era una figura poco visitada, por lo caro y porque no se tenía la fe ciega de que

podiera curar tan bien como lo hacía el curandero **Curro**. Éste era un hombre de una gruesa humanidad, lo que aquí llamamos un cortijero, con aspecto y talante de tal, sin cultura alguna, que tuve ocasión de conocer en sus faenas curativas (no en actos médicos), con unas manos tan gruesas como su cuerpo y con unos dedos tan gruesos como sus manos. Con esta clase de herramientas, consiguió en su época enderezar toda índole de huesos rotos, y según tengo noticias nunca dejó defecto alguno en sus quebrados pacientes. De él se contaba que era capaz de descoyuntar un gato vivo y volverlo a recomponer de nuevo y al momento salir corriendo. No sé si era leyenda o realidad. Lo que sí era cierto es que su habilidad como componedor de huesos, traspasaba las lindes de lo ordinario y se hacía sorprendente. Conocía a la perfección la osamenta de nuestro cuerpo y lo manejaba como si fuera de goma. Llegado el lloroso accidentado, durante unos minutos, chequeaba con la carnosidad de sus dedos la pieza rota y una vez hecho el diagnóstico, empezaba a tirar de aquí para allá y de allá para aquí, para terminar con un pequeño tirón que hacía que los dos partes separadas del hueso se volvieran a juntar. Producía un dolor intenso que se amortiguaba con un pañuelo entre los dientes, pero pasado éste, ya había terminado la operación. Ponía el brazo en cabestrillo y a los pocos días se estaba como si nada hubiese ocurrido. Sin querer exagerar, he de destacar de nuevo la excepcional habilidad de sus curaciones de huesos en las que era un consumado especialista. Su buena fama de "*arreglador de huesos*" traspasaba los límites de la comarca y con razón sobrada. Lástima que no la hubiese aprovechado en una carrera universitaria. Aunque pensándolo bien, hizo tantas curaciones a lo largo de su vida como el mejor profesional de sus tiempos. Sorprendentemente, nunca se la dio de santo como otros curanderos contemporáneos, como el **Santo Manuel**, por ejemplo, y otros muchos que hacían con el curanderismo, la superstición y la religión un gazpacho donde se agarraba el pueblo a degustar un remedio curativo para paliar todas las enfermedades y males múltiples que la medicina oficial era incapaz de curar por aquellos tiempos del Señor. Después de su muerte, heredó el trono otro curandero llamado **Chichaque**, sanador de enfermedades y huesos. En más de una ocasión acudió mi familia con mi hermano **Juan Antonio** que estaba siempre con los brazos descompuestos. Aunque a veces, también se lo curaba otra curandera que había en el barrio. Yo tuve mucha suerte y la sigo teniendo porque hasta la fecha ningún hueso se me ha quebrado, aunque algún tornillo sí que me falta. Deseo que mi buena fortuna en este aspecto me siga acompañando. **Chichaque** vivía en una casa del **Llano de las Sardinias** y disfrutó de un cierto desahogo económico ejerciendo esta profesión para la que no exigían título ni pruebas de acceso.

2.12. LA CARRETERA

La llamada hoy calle de los **Caños** se podría decir que era propiedad de **Palomeque**. Por un lado, estaba la fachada del molino aceitero, y por el otro, los muros de la fábrica extractora. Por supuesto, que de calle no tenía nada y no lo sigue teniendo hoy día. Era un camino de cabras lleno de hierba salvaje que crecía abundantemente porque estaba abonada con el copioso polvo de orujo que desprendía la fábrica extractora. Durante los días de trabajo, la chimenea desparrama una nube marrón de polvo de orujo que cubre con su color, su suciedad y su abono buena extensión de casas y campos vecinos. Esta fábrica se dedica a la extracción de aceite del orujo que sale de las almazaras. Para ello, se muele el orujo, y después de secado, pasa a unas máquinas extractoras donde por medio de vapor y gas hexano se obtiene todo el aceite que la prensa no fue capaz de extraer. En nuestro barrio, estaban y están todas las fábricas extractoras del pueblo y esto por razones obvias. Aprovechan el agua que desciende abundante y que tan necesaria es para sus fábricas. Por esta época había tres, además de la de **Palomeque**, estaba la de **La Unión** y la de los **Molina Campos**, en el camino del cementerio. El rendimiento de estas fábricas ha descendido considerablemente al instalar los modernos métodos de elaboración de aceite que dejan el orujo más exprimido.

Atravesando este camino, dábamos en un sifón para distribución de las aguas y en el **tejar del Gato**, todo situado ya en la carretera. Denominación apropiada para lo que entonces pasaba por allí que eran sobre todo carros. Tal cantidad de vehículos a motor circulaban por la que hoy es nuestra mayor vía de tránsito, que por las tardes organizábamos, en el cruce donde ahora está la gasolinera, unos emocionantes partidos de fútbol. Al principio con pelotas de trapo y más tarde de verdad, que algún mozalbete había conseguido y que con su propiedad se convertía en persona adorada por todos y perseguida incansablemente hasta que la destrozábamos a puntapiés después de tanto juego. "*Echando pies*" se medía la distancia de cada portería donde colocábamos pesadas piedras que hacían de límite. Y aquí empezaban ya las discusiones, porque nunca se estaba de acuerdo en que si una portería estaba más abierta que la otra. No faltó ocasión para que los porteros avispados en ocasiones fueran estrechando poco a poco la apertura de su portería. Cuando el caso era muy descarado se formaba una trifulca descomunal, se volvía a medir de nuevo y poner las distancias en razón. Después, dos de los jugadores volvían a echar pies y el que conseguía montar, empezaba a elegir para formar el equipo. Cuando pasaba algún vehículo solitario, carretera arriba o carretera abajo, daba tiempo suficiente para apartarse. El sonido y su extremada poca velocidad eran factores que jugaban a nuestro favor. Lo que más nos llamaba la atención eran las motos. Siempre corríamos al verlas pasar porque eran muy raras por entonces. Ahora, lo raro es no ver cientos de ellas circulando y ocupando sitio y paseo en todas las calles de la ciudad donde se han convertido en plaga de ruidos y accidentes, sobre todo en los veranos locos que se toman por asalto esta juventud sanota de ahora.

Y como carretera se deriva de carro, yo también tenía el mío que nos servía de paseo. Medía aproximadamente medio metro cuadrado y su fabricación sencilla la había realizado mi padre en la fábrica, ensamblando varias tablas con cuatro dentadas ruedas de hierro de los telares que las había enlazado mañosamente de dos en dos por medio de una barra. Las de atrás eran fijas, mientras que las delanteras eran móviles y servían para conducir el vehículo, para

ello tenía atada una cuerda a cada extremo y tirando de un lado para otro hacía de volante. Era como una especie de patín gigante pero en el que podías ir sentado. Estando con él en la carretera, te sentabas como un conductor, acompañado de otro amigo de pie o también sentado y te dejabas caer por el propio impulso hasta que la cuesta se acababa. Los pies eran elemento propulsor unas veces y en otras ocasiones, freno improvisado y necesario cuando se tomaba demasiada velocidad. Después había que tirar de él todo el trecho andado para volver a empezar si querías disfrutar de un nuevo y emocionante viaje. Y así se nos pasaban horas y horas, hasta que cansados, tirábamos de él y nos volvíamos a casa a descansar de tanto ajetreo.

2.13. HORNOS DE YESO

En esta parte de la calle **Ramón y Cajal** había dos hornos de yeso y dos tejares. Entonces, el yeso era el primer pegamento en las construcciones y no el cemento de hoy, que le ha ganado la partida a este yeso extrafino que se ha quedado para revocado de interiores, paredes y techos. El que más conocía era el de **Pedro Serrano**, que además tenía un tejear. Metían la piedra y la cocían como si fuera pan, en unos hornos de fabricación casera hechos con grandes cantos menos combustibles que las calizas. Cuando la piedra estaba cocida, pasaba a un molino que la trituraba hasta hacerla polvo. Este producto entonces no se envasaba, se servía en grandes serones o en espuertas. Más de una vez, atravesé **La Puente Llovía** con un primo o hermano para traernos yeso destinado a cualquier chapuz que había que hacer en la casa. Además de las piedras, en el horno se volvían a cocer *los cochizos*. Éstos eran trozos de techo y paredes procedentes del derribo de casas antiguas que eran de nuevo recuperados como materia prima. Vivíamos una época que todo se aprovecha, aunque con poca utilidad económica. Mis primos **García Ortiz** y yo, nos dedicábamos durante cierto tiempo a recoger *cochizos* en las obras y escombros abandonados, llevados al horno, nos daban por ellos unas pesetas que enseguida disipábamos yendo al cine sobre todo a las funciones féminas. En estas ocasiones, pasaban una película pero por una entrada podíamos entrar dos personas. Otra cosa eran los programas dobles donde por una entrada daban dos películas. Más tarde, se podrían de moda la sesión continua, podías entrar y salir sin hora determinada, pero esto no dio mucho resultado. La entrada más barata que recuerdo era de 75 céntimos, que te daba acceso al gallinero del **Salón Victoria** o del **Teatro Principal**. En las funciones féminas echabas con un amigo a cara y cruz a ver quien pagaba las cuatro gordas o las tres gordas y media. Si te tocaba esto último, dabas saltos de alegría y la película hasta te parecía más bonita. De pequeño heredé esta afición a las películas que todavía conservo y de la tele, apartando las noticias y algún programa cultural y musical, éste es el programa que más me gusta y al que dedico más atención. Una buena película sigue siendo una gran diversión que acojo con ganas cuando tengo tiempo.

Aunque parezca un poco chocante, el yeso también se empleaba como condimento en la alimentación y aunque no se comía a cucharadas porque

supongo que podría formar un tabique en el estómago y bloquear la digestión, sí se usaba en pequeñas dosis y creo que nunca habrá un alimento más pesado. En la plaza, por las tardes, se ponía un hombre con un pequeño canasto dividido en dos compartimentos con una tabla. Vendía avellanas tostadas (eran cacahuetes con su cáscara y mucha sal) y garbanzos también tostados... con yeso. Sal y yeso en abundancia, como alimento extra. Por unos reales o una peseta, te echaban unas medidas a las que siempre añadía un chorreón, (tres o cuatro avellanas o unos pocos garbanzos), para ganarse al cliente. Era una delicia el día que le comprabas algo, el sabor a sal de tu boca formaba vocerío que publicaba lo bien que lo estabas pasando.

En los hornos también se cocía la piedra para obtener la cal de este pueblo hecho merengue con su revestimiento. Interiores y exteriores eran encalados una y mil veces para quitar suciedades y dar blancura de nieve a un pueblo que escasamente la ve y que si llega a verla forma acontecimiento con el raro fenómeno meteorológico. Igualmente, estos hornos hoy están desapareciendo porque cada vez se emplean más pinturas industriales, más cómodas, duraderas, fácil de limpiar y por lo tanto más económicas, y, por otra parte, en vez de escobas se usan rodillos que llenan mucho antes la superficie con menos pasadas.

Enfrente del horno de yeso, había un tejatillo donde se fabricaban casi artesanalmente tejas (la famosa árabe que ya se hace cada vez menos), ladrillos, rasillas así como cacharros muy simples para el hogar. La tierra arcillosa la amontonaban al aire libre y en más de una ocasión cogíamos una poca para hacer nosotros nuestros propios juguetes. No se conocía entonces lo que era la "plastilina". Enfangados pies y manos, se veían a los trabajadores amasar el barro hasta darle textura amorfa y uniforme para después pasarlo a una máquina que lo hacía láminas, que eran cortadas rítmicamente para ser colocadas en un molde en forma de medio cilindro y puestas en el suelo formando un cuadrículado donde pasaban unos días hasta que el sol las endurecía para después ser cocidas en el horno. Desde el **Adarve** era curioso ver estas tejas y ladrillos que simulaban puntitos de un tejido geométrico. Es lástima que los tres o cuatro tejatillos que había en **Priego** hayan desaparecido y no fueran capaces los patronos ni la iniciativa particular y pública de adaptarse a los nuevos medios de elaboración modernos. Se ha perdido otra de las tantas producciones de las que se podía sacar provecho en fama, empleo y pesetas turísticas.

2.14. UNA BICHA DE GOMA

Mirando de frente al **huerto Rondel**, se encontraba **La Unión** y como hemos indicado antes, era una fábrica extractora que nació de la iniciativa de una sociedad colectiva. Como sus socios se unieron para crearla de aquí el nombre que le dieron. Pasaría más tarde a la familia **Candil**, perteneciendo en la actualidad a los **Hermanos Muela**, que la emplea hoy, no sólo como extractora de aceite, sino como molino de molturación y envasado de aceite. Estos empresarios han sabido crear una marca para nuestros aceites y, hoy por hoy, son los pioneros en la fabricación y venta.

Precisamente, en una industria donde otros fracasaron.

Por los años cincuenta, trabajó en esta empresa durante algunas campañas mi tío **Manuel García**, y una noche cuando pasaba por las **Casas Baratas** camino de la fábrica, le gastamos una broma, ahora veo que pesada, ya experimentada con otras personas. Entonces, la iluminación era muy deficitaria y cuando alguna bombilla se fundía, cosa frecuente, los servicios municipales tardaban mucho en reponerla, consecuencia de todo ello era la existencia de grandes zonas de la calle en la más completa oscuridad.

Un día nos encontramos una larga y vieja goma de regar tirada en el basurero. Aquellas gomas tenían un interior de alambre formando espiral y estaban recubiertas de una especie de paño pardusco. Distaban mucho de éstas tan llamativas y resistentes de ahora. Nuestros oídos empezaron a zumbar, y entre las pitadas de hallazgo aparecieron las ideas avispadas: en nuestra imaginación, aquel desecho de hortelano era una bicha, una horripilante serpiente multicolor. Sabemos que estos animales tienen en todas las personas un gran poder de repulsa asquerosa. Le atamos una guita y para nuestro encantamiento había adquirido vida cuando tirábamos del cordel. Colocábamos la articulada goma en una esquina de la calle y, escondidos en la otra con la cuerda en las manos, esperábamos el paso de algún vecino. Cuando se iba acercando, le dábamos movimiento ondulado haciéndola rastrear por el polvo. La mayoría de los viandantes, sobre todo las mujeres, se volvían para atrás con un susto de campeonato. Nuestras risas y carcajadas en el rincón oscuro de aquellos muros de piedra revocada formaban un respingo de tirabuzones por la burla que acabamos de hacer. La diversión barata creaba un remolino de pavor de perversas consecuencias. Una de estas noches, mi tío iba con su hatillo a la fábrica donde trabajaba en el turno de madrugada; sin recomendaciones familiares, y también porque no se distinguía cuando se iba acercando, aparece de improviso el terrible reptil haciendo de las suyas. Mi tío, al percatarse de aquel redondo viajero, pegó sin pensárselo un alargado salto para demostrarnos sin desearlo, que estaba en plena forma. Cuando estallaron nuestras risas, fue consciente de la broma pesada de que había sido objeto, cogió la goma y después de soltarnos algunos piropos que no recuerdo, sin duda alguna hermosos, desapareció en la noche. Con esto, se nos acabó la diversión. En mi casa, no me dijeron nada del asunto. Quizás, los mayores pensaron lo gracioso de la broma y alabaron nuestra viva imaginación infantil.

2.15. TALLER DE ALFARERO

En uno de los muros de esta fábrica estaba puesto el escudo de **Falange Española**, un yugo y unas flechas, fabricado en madera de color rojo ocre y con unas dimensiones mayores que la estatura de un hombre. A la entrada de casi todos los pueblos por esta época había un escudo igual, (o más pequeño), para indicar a los viajeros qué clase de tendencia política tenía las riendas del poder. Pienso yo ahora, que el yugo sería el símbolo que indicaba que todos debíamos trabajar juntos, callados y sumisos, como los bueyes, y las flechas estarían preparadas para lanzarlas al que se saliera del

yugo. Entonces, era un símbolo más que se miraba varias veces y de tan repetido, olvidado al instante. En los estudios de bachiller, me enteré que el invento fue copiado de los ínclitos **Reyes Católicos** que lo crearon como enseña de su reinado, por empezar los susodichos objetos con la "F" de **Fernando** y la "I" de **Isabel**. ¡Lo qué sabe uno cuando se aprende la lección! En los primeros años de la democracia, lo quitaron. Otros tiempos y otras gentes traerían nuevas divisas que no están colocadas en las entradas de las ciudades, pero sí se cuelgan, (aunque de forma invisible), en aquellos puntos donde la gestión forma ideograma y figura necesarias para toda función pública.

Siguiendo las flechas -nunca mejor dicho- nos encontramos una bifurcación del camino. Entonces, no existían las construcciones actuales. Los talleres de chapa, grasa y gasolina, eran campo y huertas, verde y tierra, camuesos y lechugas. Este lugar se llama el **Rigüelo**, (de *Rihuelo*), allí, mi abuelo y su familia tenían un pequeño taller de alfarería donde fabricaban toda clase de objetos de barro, no me atrevo a decir de cerámica. Por esta actividad, alguna rama de su familia recibió el mote de *Cantareros*, y otra, el de *Puchericos*, como ya digo en otra ocasión de estos cuentos. Con estos añadidos tan expresivos a los apellidos, huelga decir los cacharros que más fabricaban, creo y estimo.

Subiendo para arriba, estaba y está el edificio del cuartel de la **Guardia Civil** y las dependencias anejas el mismo. Construido por la **Dictadura** con destino a un colegio que llevaría el nombre de **Carlos Valverde**, padre del alcalde y el mejor representante de nuestras letras, fue reconvertido en cuartel en tiempos republicanos para llevarse el colegio al solar donde estaba el **Pósito**. Siguiendo la norma de todos los cuarteles de este tipo, también era vivienda para las familias de los guardias. A los lados tenía entonces las caballerizas, donde guardaban los imponentes caballos, en los que hacían ronda por toda la comarca. Muchas tardes, en ropa de faena, se les veía limpiándolos, cepillándolos, dándoles forraje o con las bridas en las manos, haciéndoles dar paseos circulares para mantenerlos en forma.

Los guardias, por parejas, tenían un aspecto de espanto subidos en sus corceles con sus largas capas verdes a las espaldas, su fusil ametrallador de bandolera y su negro tricornio en la cabeza, haciendo juego con sus bigotes. Aunque el sueldo era parejo con la miseria de la administración de la época, fueron bien tratados en las tiendas y comercios del barrio y la gente, en general, les tenía respeto y estima, aunque también los veía como seres privilegiados, llenos de un poder omnímodo y de un sueldo seguro por lo que el "Cuerpo" fue coladera de muchos parados del barrio o de zagalones que se dedicaban a la agricultura. De aquí que muchos llamaran a sus componentes "desertores del arado".

Los potrillos de verdad se convirtieron en simulados caballos de motor que propulsan los vehículos en los que ahora hacen las guardias, los guardias, y las cuadras pestilentes se transformaron en "parking" con olor a gasolina y manchas de aceite ennegrecido. Mientras la muralla defensiva, almenada como un castillo, observa el ejército de construcciones que van invadiendo los espacios abiertos que la rodeaban sin poder hacer nada para evitarlo.

2.16. JABÓN DE LAVAR

Según me contaron, la fábrica de jabones existente camino del cementerio había sido una industria extractora de aceite. En mi tiempo de estancia en el barrio, era una jabonería perteneciente al doctor **Antonio Pedrajas**. Allí, se calentaban los turbios del aceite, se le añadía sosa y en grandes calderas elaboraban jabón al que le daban forma de barra, cortada después en prismáticos pedazos.

Muchas veces, se compró en casa este jabón verdoso, blanquecino, veteado como una serpiente, porque era la materia prima de la limpieza. Ni de las lavadoras ni de las cajas de detergentes se tenían noticias, y si se conocían eran por ver las películas extranjeras, la mayoría en blanco y negro.

En toda casa con agua corriente había una pila con un caño incesantemente cayendo. Al lado de la pila estaba invariablemente la piedra de lavar y otra piedra en el suelo para subirse a ella. Una especie de trono de la lavandera. La ropa sucia de la semana se restregaba una y mil veces sobre la piedra, los puños y este jabón de fabricación casi artesanal, hasta que se iba la suciedad de días. Otras veces, era mi propia madre la que hacía jabón. Para eso, cogía cinco kilos de turbios, seis litros de agua y un kilo de sosa, los echaba en el primer bidón que se preparaba y a mover durante más de una hora con un palo. Se hacía tanto en frío como en caliente. Cuando el jabón estaba arriba y el agua abajo, se apartaba y se dejaba solidificar para después hacer pedazos cuidadosamente cortados, y listos para su uso se guardaban como un tesoro. Siempre pensé, cómo era posible que de una materia viscosa y que tanto mancha como son los turbios del aceite, se pudiera luego lavar mi ropa blanca interior y quitarle la suciedad. Unos años más tarde, la química me daría la respuesta. Además de este jabón para la cara, se usaba el llamado *jabón dolor*, como un lujo exquisito.

Muchas veces, echando el aro, o de excursión, llegábamos a la fuente del cementerio. Es una de las más rústicas del pueblo con un caño todavía más primitivo, allí refrescábamos nuestras reseca gargantas y hacíamos descanso de jugadores y excursionistas. Alguna que otra vez, cogíamos sanguijuelas que vivían pegadas en las paredes de la fuente. Las guardábamos cuidadosamente en un bote y con ellas asustábamos a los otros chicos y chicas del barrio o las poníamos encima de los perros vagabundos. A pesar de todos los cambios profundos que ha experimentado el camino del cementerio, hoy ya una calle, la fuente sigue impertérrita como dejada caer en el suelo sobre ese vértice que forma la carretera de los **Prados** y la desviación para la última morada.

Animales vagabundos había muchísimos. Más de un alcalde contrataba los servicios de un experto, que se proveía de un largo lazo metálico y se le veía enfrascado en la faena, dejando al pueblo un poco más limpio de animales piojosos, hambrientos y de sus residuos olorosos. Los métodos expeditivos con los que los eliminaba podrían ser hoy pocos ortodoxos y muchas agencias de defensa de la naturaleza pondrían el grito en el cielo y la pancarta en la calle para protestar, pero la abundancia de caninos, el abandono sistemático en el que vivían y la escasez de medios para darle tratamiento, eran causas que aconsejaban los medios expeditos para su eliminación. La vida es real como ella misma. Vaya frase.

- 3.1. Entierros de tres capas.
- 3.2. Eloy "el Vago".
- 3.3. De calle a calle.
- 3.4. Carbón de encina.
- 3.5. "Enmedio" Huerta Palacio.
- 3.6. Candelas y rincoros.
- 3.7. "La Pastorá", las rondallas y "la miga".
- 3.8. La Semana Santa de mis años infantiles.
- 3.9. Soñando con la Cuaresma.
- 3.10. De las albóndigas a los zapatos de charol.
- 3.11. Latas de romanos y latas por el suelo.

3.1. ENTIERROS DE TRES CAPAS

La calle **San Luis** atraviesa la **Carretera** y se convierte en **Camino del Cementerio**, hoy llamado **Gaspar de Montellano** por la novela de **Carlos Valverde**. Este nombre es una paradoja de las tantas que tiene la vida política, ya que su autor no tiene en **Priego** calle, pero sí lo dieron a una obra suya porque los gestores de turno se leyeron la novela y comprobaron que transcurre gran parte en nuestro cementerio. A **don Niceto** le está pasando igual, casi una década lleva el monolito dedicado a él, erigido en el **Paseillo**, sin que le pongan la cinta de bronce programada, y sin que en ninguna de las cuatro legislaturas pasadas haya habido acuerdo, o por lo menos intención de echarlo para adelante. ¿Qué clase de maldición ha caído sobre algunos de nuestros personajes más ilustres?

Hasta los años cincuenta y tantos había en **Priego** nada más que una parroquia: la de la **Asunción**. Las **Mercedes** y el **Carmen** se crearían después. Por esta razón, la mayoría de los entierros se hacían en la iglesia de la **Asunción**. El sepelio seguía por el **Corazón de Jesús** y calle de **San Luis** abajo, hasta el cementerio municipal. Tenía la mitad de su recorrido de casas y la otra mitad de campo abierto y feraces predios rústicos. Ya apenas quedan huertas, y las edificaciones llegan a unos pocos metros de los altos muros del camposanto. Por ser travesía obligada, tuve que ver muchos óbitos y con ellos, para mi espanto y más tarde vergüenza, recibí una lección repetida y machacona que no se me olvida.

Las misas preconciarias de difuntos eran por capas. Había misas de una capa, de dos capas, de tres capas o más capas. Cada capa iba acompañada de un cura. El difunto esperaba en el domicilio del duelo, y llegado el momento, unos pocos doloridos se decían: "*Ya es la hora*", y marchaban a la parroquia en busca de las capas. Éstas estaban en función del dinero que tenía la familia para despedir al finado. Y como los helados, había de muchos precios. Lo mínimo que despachaban eran entierros de una capa. Sin capa se enterraban a los animales y a los desesperados que se arrojaban por los Adarves buscando liberación a sus necesidades y depresiones. El cura o los curas venían hasta el domicilio del muerto y antes de sacarlo le cantaban un responso con su agua bendita y se lo llevaban a la iglesia donde seguían los cantos fúnebres en la entrada, entonados por el sochantre. Todas las capas acompañaban al finado hasta las mismísimas puertas del huerto de los cipreses. Así que más tarde, se veían las capas acompañadas de la cruz y varios monaguillos **Cuesta** arriba, con sus cuerpos inclinados, avanzando hasta coronar la pendiente. No sé, pero seguramente el hisopo en los cubos portados por los acólitos balanceaba su fastidio de barra empapada con agua bendita y deseaba la quietud de la sacristía después de tanto traqueteo para esparcir el líquido en las tablas barnizadas de la caja.

Los cadáveres se llevaban a hombros de los hombres. Únicos con permiso para bajar al cementerio. A las mujeres se les reservaba la limpieza de las tumbas y la colocación de flores el **Día de los Difuntos**. Y sufrir un luto social riguroso como si fuera una condena. No se podía salir a la calle a ver ni siquiera las procesiones, ni al cine, ni oír la radio, (tele no había), ni vestir colores, ni... Para

los hombres era más leve la carga. Una corbata o una tira en la manga de la chaqueta o en la camisa a modo de sardinetas de sargento.

Amigos, familiares, deudos y otros por compromiso se iban turnando debajo de la caja para hacerse más leve el camino. Aunque había nichos, más de la mitad se seguían enterrando en la tierra que es la suya, porque la frase dice "*Vamos a enterrar al muerto*", no a enladrillarlo que es lo que hoy hacemos con casi todos. Hasta en esto hemos perdido calidad de vida. Nos dan bovedillas y túneles sin salida, cuando lo nuestro es hoyo profundo y tierra como abrigo.

Había un subnormal llamado popularmente *Pepe el tonto*, con el suficiente entendimiento de enterarse cuando había un entierro y siempre estaba allí llevando al difunto. Otras veces, si el muerto era muy "fino", no le dejaban que se metiera debajo porque desdecía el cortejo fúnebre, no hacía bien. En ese caso, **Pepe** iba al lado de los varales como perro faldero que hubiese perdido al amo, matado por la coza de un mulo. Así una y mil veces, acompañó a toda la saga de decesos acaecidos a lo largo de su vida. Las capas y **Pepe** fueron estampa repetida bajando y subiendo las calles de mi barrio. Hasta que un día murió. Tan muerto estaba *Pepe el tonto* como los que él acompañaba. En esto no hubo diferencia. Sí la hubo en otros detalles. A la desgracia de su muerte, añadió la de su pobreza. El que tanto había hecho por los muertos, cuando fue uno de ellos no hubo nadie que lo llevara, y el Ayuntamiento tuvo que pagar una capa de caridad y los hombres necesarios para que lo transportaran al cementerio, según me dijeron algunas personas. Aunque otras me decían que su familia tenía dinero y que no pasó lo que antes relato.

Aunque yo tenía pocos años, fui consciente en mi rabia de lo asquerosa que era la vida con los pobres, con los subnormales y con los santos inocentes. Las piedras de **La Cuesta** se partieron aquel día en pedazos, mientras la bilis del desengaño hacia río de desprecio por una sociedad mugrienta. Quizás por esta razón, el **Concilio Vaticano II** suprimió las capas de los entierros. No sé.

3.2. ELOY EL VAGO

No sólo estaban vagabundeando por la calle los perros. Había muchas personas mendicantes que vivían su oficio de limosneros y de él hacían soporte donde colgaban sus delgados cuerpos al aire de cualquier limosna, tan miserable como ellos mismos. Había muchos que hacían la ronda de casa en casa. Visitaban los hogares como las noticias de las dos de **Radio Nacional**. Otros, se ponían en las esquinas o en las puertas de las iglesias, sitio tradicional de estos desheredados de todo y por todos. Los había ciegos, mocosos, cojos, o sin defecto físico.

El más famoso entre la chiquillería fue **Eloy el Vago**. Vivía solo, como la luna de enero, en una cochera de las varias que existían detrás de la fábrica de **Pedro Morales**, hoy calle **Zorrilla**. Tirado en el suelo, había un insalubre camastro y varios cacharros de basurero. Sus necesidades las hacía al aire libre, mientras contaba las estrellas para pasar el rato y la soledad. Allí, nos íbamos los equipos de chavales a jugar al fútbol a una explanada llena de piedras, hierbajos y polvo. En una de estas contiendas, recibí un balonazo en la misma boca del

estómago y el dolor intenso me hizo perder el conocimiento, recobrado al rato. Es el accidente más grave que tuve de pequeño. Cuando lo veíamos llegar, empezábamos a insultarlo como si fuese un perro: "*Eloy el Vago*", "*Eloy el Vago*". Otras veces, nuestros improperios eran casi poéticos y copleiros. Hacían alusión a su actividad callejera de recoge colillas. Para eso tenía un grueso bastón con una puntilla en el extremo. Colilla que veía, la pinchaba sin tener que agacharse y era después desliada para con el montón de tabaco rebuscado por los suelos conseguir gratuitamente su hábito de fumar. Muy higiénica no era desde luego esta ocupación rebuscadora, pero quien se preocupaba de ello entonces.

Así decía nuestra copla, recordada por doña María Pérez Fuentes:

Eloy el Vago,
Eloy el Vago,
vagabundo,
tumbaollas,
tío potasa.
Salta colilla
que *el Vago*
te pilla.

Ya que te veo,
ya no te escapas,
ya que te pincho
a la petaca.
De la petaca,
al papel;
y del papel,
colilla nueva
otra vez.

Otras variantes nos dicen:

Eloy el Vago,
vagabundo,
tío potasa,
colillero.
Salta colilla
que *el Vago* te pilla.

O esta otra:

Eloy el Vago,
coge colillas,
corred amigos
que Eloy nos pilla.

Aquellas afrentas eran una diversión cruel y despiadada que **Eloy** nos devolvía, maldiciendo nuestro linaje de brutos. Según me cuentan, **Eloy** marchó a la **Argentina** a vivir con un hermano, y allí pasó el resto de su vida. Lo que nunca he averiguado, es si llegó a trabajar, para en un acto de reparación, quitarle "*e/*

vago" como apellido añadido de su nombre. Afortunadamente, no se ven hoy los chavales haciendo estas bromas a los esporádicos mendigos que suelen aparecer de vez en cuando por nuestras calles.

3.3. DE CALLE A CALLE

La calle **Belén** es como la lanzadera del barrio en el tejido de sus vías. Va de un extremo a otro, dando de mano a cuatro calles: **San Luis**, **Enmedio Huerta Palacio**, **Molinos** y **Ribera de Molinos**. Para corretear por el barrio, hay que pasar por **Belén** o tenerla como observadora. Su trazado recto, como una regla de escolar, indica lo moderno de su construcción, en comparación con la **Villa** o la **Puerta Granada**. En el "Diccionario de Pascual Madoz" realizado a finales del siglo pasado hay un mapa de Priego donde aparecen ya diseñadas las calles citadas.

Colocados en la casa de la hornacina de la **Coronación de la Virgen**, te llegaba la vista hasta la fábrica de harina de los **Ruices**. Al lado de ésta, se estableció una fábrica de hacer pastas. Llevaban razón con su emplazamiento, porque si la harina es el elemento base de la pasta, ésta podían adquirirla sólo con dar una voz, y se podría coger casi con las manos. Los propietarios creo que eran la misma familia **Ruiz**, que se la compraron a **Avelino Siller** y **Manuel Arjona**, que la tenían instalada anteriormente en el **Adarve**. En la fábrica, observé todo el proceso de fabricación de los fideos. Era un gozo verlos salir como si fuera por la cabeza de una regadera, formando una tupida melena rubia. Por lo visto, vendían poco y no resultó negocio porque la cerraron pronto. **Italia** quedaba muy lejos, pero no fue óbice para que nos mandara la pizza puesta de moda por los americanos.

En la esquina de la calle **Molinos**, y en parte de ella, estaba la vivienda de **Polonio**. Ésta tenía un gran corralón para guardar animales. **Polonio** se dedicaba a la compraventa de ganado. Su negocio consistía en ir de feria en feria, traficando con animales. Sobre todo, mulos, burros y caballos. Se veían los hatos trotar precipitadamente por la calle camino de las cuadras o **Cuesta** arriba, libres de aparejos y bridas que le entorpecieran la marcha. Su caminar en manadas hacía retumbar el suelo como si de un terremoto se tratara. Este negocio le debía ir bien, porque en el barrio era uno de los que más dinero movía. Recordaré que cuando se casó una de sus hijas, la boda rompió todos los moldes de derroche habituales. Fue lo que se llama "*una boda soná*", incluso a los chavales que estábamos mirando en la calle nos dieron comida, aquello era un lujo inaudito. Con todo, fue mucho menos de las que hoy celebra todo el mundo.

Unos pasos más adelante, pero en la otra acera, existía otro negocio parecido. Era el corralón de **Manolo**, así llamado por el nombre de su propietario y para asombro del tiempo, aunque está jubilado, un hijo adoptivo suyo sigue con el negocio. También compraba, criaba y vendía animales. Pero era ganado de cerda o lanar, sobre todo, porque era carnicero, y en el corralón esperaban hasta que les llegaba el turno del sacrificio y el tiempo de las chuletas fabricadas en el matadero que se encontraba a unos pasos.

El resto de vecinos estaba formado por jubilados o campesinos, hortelanos casi todos, dedicados a estas faenas artesanales, ya casi desaparecidas o a punto de desaparecer, porque solamente se dedican muy pocas personas mayores y ningún joven para continuar con unas labores y métodos ya arcaicos y poco productivos.

3.4. CARBÓN DE ENCINA

A una y otra parte de la calle, casi enfrente, con una diferencia de pasos, existían dos negros y sucios negocios. Uno puerta con puerta con la casa de mi abuela, y otro dos casas más arriba. Los *Pumbos* y los *Pitas*¹ tenían un comercio de venta al por menor de carbón vegetal.

Por entonces, este oscuro combustible negro como una noche de invierno, era el más usado en la cocina, junto a la leña. Sobre unos anafes de hierro macizo, se ponía un poco carbón y dale que dale al soplillo en un tiempo sin medida, hasta que las ascuas se ponían al rojo vivo para poder colocar el puchero. El soplillo de esparto de tanto decir que no a la lumbre para hacerla avivar, se rompía por el mango y entonces era necesario cogerlo por el centro, con lo que se perdía fuerza y había que aumentar el tiempo de dar aire. Mi hermano **Tomás** hacía unos hornillos móviles con cubos de latón usado. Los llenaba de mezcla de yeso, dejándoles en el interior un orificio de una cuarta donde colocaba unos hierros cruzados para soporte del fuego y en la parte de abajo, a un lateral, abría una pequeña ventana para dar aire y por donde se recogía la ceniza. Estos *infernillos*, al ser móviles, se podían poner en el patio y cambiar de sitio, según la estación del año. El pardusco humo desprendido era una anáfora que pintaba de sombras todas las paredes de la cocina y el chisporroteo, un sonido de voces que gimoteaba como almuecín en la mezquita.

El día que descargaban un convoy de carbón se ponía la calle de luto con el polvo que soltaba la mercancía. Lo apilaban suelto, en una habitación de la entrada de la casa, y allí esperaba a los compradores. Aunque lo normal era que el carbonero lo fuera vendiendo por las calles, cargado en los serones de los burros, si bien en la última época se hicieron fabricar unos pequeños carritos con ruedas usadas de bicicleta, tirados por un animal o que empujaban ellos mismos. Y calle por calle, iban pregonando su producto o mejor su oficio, porque gritaban "*Carboneroooo...*", y a su reclamo acudían las amas de casa a proveerse para el día o la semana. Como no hay luz sin oscuridad, ni día sin noche, era chocante ver a los harineros cuando salían de la fábrica pasar por delante de los carboneros en un acto de rebeldía de colores.

Los carboneros fueron desapareciendo paulatinamente. Su oficio de siglos en palos de encina y olivos, prendidos y apagados a medio arder, se tornó primitivo con el arribo de los derivados del petróleo. Primero fue la llegada del petróleo, del que había que proveerse en las tiendas y formar largas colas para conseguirlo, y más tarde le daría la puntilla definitiva el gas butano. La limpieza,

¹ Los apodosos están cambiados.

comodidad, economía y reparto a domicilio se fue imponiendo, y los carboneros ambulantes se fueron quedando en el recuerdo y como estampa de anaquel. El carbón se ha convertido hoy en lujo de barbacoa campestre para dar sabor natural a la chuleta dominguera.

3.5. ENMEDIO HUERTA PALACIO

Como su nombre indica está en medio de la **Huerta Palacio**, casi podemos decir que la divide en mitad, formando una cruz con la calle **Belén**, quedando todas las demás calles del barrio en uno de los cuatro cuadrantes que forman en su cruce. Su nombre "*Enmedio*" es una deformación ortográfica como el de **Enmedio Palenque**, dos vías en las que la comodidad hizo unir sus nombres en las lápidas de las calles. Las dos están en medio de sus barrios. Tiene dos partes bien diferenciadas: desde su comienzo en la **Ribera de Molinos** donde presenta un gran desnivel, para dejarse caer cuando se tienen prisas si se va andando, y para pisar sin descuido los frenos del coche si te decides rodar por este tobogán natural. Después del cruce con la calle **Belén**, cambia el nivel, y lo que es precipicio, se convierte en suave llanura que te hace llegar sin agobios hasta el huerto **Rondel**, más tarde barrio de **Jesús Nazareno**, llamado popularmente **Casas Baratas**.

Como contraste a tanto negocio como hemos visto en las otras calles, en ésta no había ninguno, excepto la venta temporera de algunos productos del campo. Casas privadas ocupadas con vecinos que buscaban su vida como podían, la mayoría en el campo, como mi abuelo, y algún que otro empleado del **Ayuntamiento** o de la **Hermandad de Labradores**. Esto sería así, porque aquí estaba el negocio más grande: la ermita de **Belén**. Con ser pequeña, era grandiosa a nuestros ojos. No tiene barroco, ni grandes obras de arte, ni riquezas, ni hermosas imágenes esculpidas por famosos imagineros de la escuela granadina, ni es espaciosa, ni monumental, ni de gran altura, pues su espadaña se toca con una vara un poco larga. Es diminuta, con la gracia de un bebé, simple como una rosa, acogedora como una madre, blanca como un suspiro de canela, y era la nuestra que ya es bastante. Una fotografía de unos cristianos sin poder adquisitivo. Y en esto era importante, por su utilidad, no por su riqueza. Además, a la hora de destacar, es la única que tiene ese portal tan encantador en su rusticidad donde acoge al devoto y donde se celebraban las famosas migas que se comían los pastores de **Belén**, después de representar la **Pastorá**. La ermita y el pequeño ensanche de calle que tiene delante de su emplazamiento, fueron centro social del barrio, foco de luz, lugar de procesiones, entierros, *rincoros* y fiestas.

3.6. CANDELAS Y RINCOROS

Lo más celebrado de todo por los chicos mayores y menores. Sin discotecas, sin salas de fiestas y con escaso poder adquisitivo, la juventud tendría que dar rienda suelta a esa fuerza de la sangre que se le sale por cada uno de los poros de su piel. Para celebrar la **Candelaria**, además de las roscas que te bendecían en la **Asunción**, por la tarde se hacían cucañas y juegos populares. El más corriente era coger los cántaros y cacharros de cocina averiados y echarle un poco de agua o serrín de madera. Puestos en círculo, los participantes se iban pasando el cántaro hasta que una fallaba, rompiéndose en el suelo y provocando la natural algarabía entre jugadores y público espectador.

Los *rincoros* empezaban con la **Candelaria**. A primeros de febrero, se tenía preparado leña, muebles viejos, esteras, trapos y cualquier cosa combustible. Con ellos se hacía un gran fuego al anochecer y alrededor de él se bailaban y se cantaban durante horas y horas los corros, en **Priego** llamados *rincoros*. La juventud nos tirábamos horas y horas de cante y baile en vueltas y carreras sin fin donde sólo estaba permitido verse y tocarse las manos. Los únicos instrumentos necesarios eran las manos (para hacer palmas) y las cuerdas vocales (para cantar incansablemente), además de unas ganas intensas de pasarlo bien, y a estas edades ya se sabe que con poco basta. Los bailes continuaban todos los días siguientes, incrementándose con las fiestas de **Carnaval** para terminar definitivamente con la llegada de la **Cuaresma**, en la que se interrumpía toda actividad festivalera. Esta tradición de cantar y bailar ha sido una de las más importantes de **Priego**, y su magnitud la tenemos recogida en seis tomos con el nombre genérico de *Cancionero Popular de Priego, Poesía cordobesa de cante y baile*. Entre 1500 y 2000 páginas de tradición oral, forman un testimonio escrito muy difícil de superar que viene a demostrar la magnitud de la obra. El recuerdo de los muchos momentos agradables pasados haciendo *rincoros*, me motivó para que en el año 1983 me decidiera a recopilar unas pocas coplas, y lo que fue afición se convirtió en un inmenso e intenso trabajo al que dediqué miles de horas durante diez años. Lo pasé estupendamente. Entrevistas, encuestas a los alumnos del colegio, visitas, viajes a aldeas, recibir en mi casa a mujeres para que me dieran material y cintas de casete a montones. Y después, clasificar todo el material, ordenarlo, estructurarlo y por fin publicarlo cuando se conseguía una subvención. Aunque mi agradecimiento lo hago extensivo a todos los que me ayudaron en esta laboriosa obra, he de resaltar a **María Pérez Fuentes**, **Gloria Jurado Serrano** y **María Cano Huertas**, a quienes he dedicado algún tomo, y, además, al joven músico **José Ramón Córdoba Rodríguez** que realizó la transcripción musical de muchas coplas.

La personalidad del barrio se incrementaba con la llegada de agosto. El día 15, **Asunción de Nuestra Señora** se celebraban, y se celebran, las **fiestas del Rostro**. Éstas eran nuestras insignias y estandartes de identidad. Todo el barrio acudía a las celebraciones religiosas y a la procesión del día 15 con las imágenes titulares de la Hermandad. La **Virgen María** con el **Niño Jesús** en sus rodillas, y **San José** con su vara florida. Con la vela encendida en la mano, se hacían filas en la calle **Belén** y se subía por **San Luis**. Es la única procesión que pasa por estas calles, ya que las de **Semana Santa** y **domingos de Mayo**, sólo lo hacen por las principales del pueblo. Las gotas de cera caídas sobre las piedras del

suelo eran testimonio resbaladizo de un patrimonio cultural en el que se atrincheraban los vecinos. El portal de **Belén**, paseando por las calles de **Priego** en pleno mes de agosto con la calor, es un fuerte contraste para los que contemplan la procesión. La conmemoración de las fiestas se cerraba con la celebración de una rifa de objetos donados a la **Virgen** con lo que se proveía de unos pocos fondos a la **Hermandad**.

No todo eran fiestas. Como la vida misma, también hubo sus momentos tristes y estos se producían cuando moría algún vecino del barrio. A veces, por comodidad, y para no tenerlo que subir a la **Asunción** y después bajarlo, se celebraban las exequias en el portal de **Belén**. El mismo sitio donde se agasajaba al acto de nacer, se despedía a la muerte. La campana de la ermita gemía lastimosamente esparciendo en círculos concéntricos un sonido elocuente y comprensivo: alguien se nos iba.

3.7. LA PASTORA, LAS RONDALLAS Y LA MIGA

Otro momento de regocijo era la **Navidad**. Para conmemorarla, las puertas de la iglesia se abrían de nuevo y por la tarde se celebraban las **Jornaicas** con las que solemnizábamos las **Pascuas**. El mismo sacristán tocaba el pequeño piano del coro, y los jóvenes cantaban villancicos. Oír la campana y salir volando era todo uno, porque había que correr para coger asiento y no quedarse todo el rato de pie. Si había suerte y el sacristán estaba de buenas, te subías al coro donde tenías una vista panorámica de todo, y dominabas la situación. Los **pastores de Belén** cantado son vago recuerdo en mi memoria. Muy pequeño representaron la **Pastorá** y los vi en el portal comiendo sus migas, pero esta celebración, típica durante muchos años, dejó de representarse por el enfriamiento de los actores. No así en otros pueblos, que continúan con la tradición heredada.

Lo que sí estaba en todo su auge eran las rondallas, comparsas o murgas que se creaban para cantar villancicos. En mi calle, había una formada por chicos mayores que yo. Éstos eran entonces los protagonistas. Las chicas hacían **rincoros**, pero no participaban en estos grupos musicales que por entonces eran cosa de hombres. Afortunadamente, hoy se ha incorporado la mujer, con lo que se ha enriquecido el coro. Ensayaban unas casas más arriba que la mía, en la casa de **Perico**, siendo dirigidos por su padre, de imaginación e ingenio tal, que él mismo creó la música y la letra de numerosos villancicos. Con orzas y pellejos de conejo hacían las zambombas; con un palo dentado, las carrañacas; varios tapones de cerveza y refrescos machacados se juntaban y se clavaban con una puntilla en una pequeña tabla, hasta que había varias hileras y ya estaban los platillos; para el triángulo se doblaba una barra de acero; las gruesas botellas de anís de **Rute** se convertían en instrumento musical, deslizando una barra por su superficie. Con estos útiles de sonido, (no me atrevo a llamarlos instrumentos musicales para no herir finas sensibilidades), se ensayaba semanas antes. Y llegada la **Navidad**, iban por todo el barrio parándose de casa en casa, tocando y cantando con un ritmo propio y alucinante bajo la batuta de un director que hacía de su dirección una actuación de teatro. Los vecinos les daban una propina, o

bien los invitaban a mostachos y anís. Hubo ocasión que fueron por aldeas y cortijadas, mostrando su arte y llenando, a la vez, sus estómagos y su bolsa. Como buenos amigos, se repartían las ganancias que volaban con sana alegría y contento.

Arriba he dicho que en esta calle de **Enmedio Huerta Palacio** no había ningún negocio. Pero esta afirmación es una verdad a medias, porque sí había un negocio público: *una miga*. Estaba regentada por **Amparo**, la santera, una mujer vivaracha, seca como un sarmiento, con unas lentes gruesas como tacos de jamón y vestida de oscuro o con el hábito de **San Francisco**. No tenía ningún título, ni estudios, y a su edad, si sabía algo de letras era casi un milagro. La *miga* la tenía instalada en la pequeña vivienda existente en la sacristía de la iglesia, pero con el buen tiempo se salían al patio, ella y toda la tropa. Los alumnos no tenían edad escolar puesto que el establecimiento era como las guarderías actuales y no se daba ningún tipo de clase. Ni se escribía, ni se contaba, ni se hacían cuentas. Los chiquillos sólo cantaban y rezaban, aparte de dar algunas correrías en un descuido de la santera. Como no tenía instalación mobiliaria ninguna, cuando se iba a la *miga*, la mamá o el chaval, si era un poco crecido, tenían que llevarse su propia silla para poder sentarse. Así que a la hora de la salida, veías a este enjambre infantil con su silla debajo del brazo o echada a la cabeza desparramándose por las calles del barrio y perdiéndose poco a poco entre las puertas de sus casas. La paga era diaria, unas perras gordas al entrar con el asiento y ya tenías la matrícula hecha para ese día.

3.8. LA SEMANA SANTA DE MIS AÑOS INFANTILES

Los niños se están convirtiendo en el alfa y omega de nuestra **Semana Santa**. La **Semana Santa**, una celebración adulta por excelencia, cada vez se está haciendo más infancia, más naturaleza niña. *"Dejad que los niños se acerquen a mí y participen de mi presencia"*. Es una frase actual en estos días. **La Pollinica**, el **Resucitado**, numerosas bandas y muchas filas de cofrades se han visto llenas del mundo infantil y juvenil. Hasta incluso, hubo unos pocos años que se celebraron oficialmente procesiones infantiles, a las que se premiaban, y al quererse dirigir por los mayores, cayeron por su propio peso, pues se quiso hacer adulto lo que sólo era niño. No han desaparecido de nuestras calles, por suerte, en los días posteriores de la **Semana Santa**, las sencillas procesiones de chavales, con sus tronos de listones, con sus tambores hechos con las cajas de detergente, impregnados de los acontecimientos que acaban de desarrollarse ante sus finas sensibilidades. Tanto esto es así, que mientras estaba escribiendo estos folios me pasó una anécdota bastante significativa y que hizo detenerme a considerar el fuerte impacto en estas mentes immaculadas. Os la cuento. Mi cuñado y yo estábamos trasladando, de la planta baja de su casa al primer piso, una cama mueble, mientras sus dos hijos, de seis y tres años, nos contemplaban como sudábamos lo nuestro, y veían como subíamos el pesado artefacto por las estrechas escaleras. Cargados con el peso, a mitad de nuestro camino, el chaval de tres años empezó a tocar la música de los tambores de las bandas de **Semana Santa**, mientras su voz, gritando, exclamaba: *"Viva"*. Me

quedé de piedra. No por el peso, sino por lo que estaba viendo y oyendo. ¿Qué analogías habrían pasado en unos escasos minutos por su mente infantil y de habla balbuciente para asociar peso, sudor, esfuerzo y fatiga con nuestras procesiones, y eso que era otoño y la **Semana Santa** a sus tres años le quedaba muy lejos en su tiempo y en su espacio?

3.9. SOÑANDO CON LA CUARESMA

La **Semana Santa** de mis años infantiles empezaba con un mal rato. Pues desde el **Miércoles de Ceniza** se acababan los *rincoros* que toda la juventud había hecho por las calles y plazas. Por unas pesetas, se compraban las bulas, que te permitían comer unos alimentos que las más de las veces no se podían comprar porque no había pesetas disponibles y el consumismo de hoy era un sueño de leyenda, lejano como las galaxias.

Todo giraba alrededor del evento. Los espectáculos y los cines endurecían aún más la ya de por sí férrea censura y pasaban todo el repertorio de películas españolas sobre santos, apariciones de vírgenes y temas de la **Pasión de Cristo**. Llegada la semana grande, los altares se cubrían de paños y alfombras, simbología del luto y recogimiento que se debía guardar, y los alcaldes publicaban unos bandos en los que señalaban que los bares debían cerrar a las once y media de la noche y que los dueños eran los responsables de cualquier escándalo que se produjera, debiendo comunicar todo acto que desvirtuara la conmemoración dolorosa que se vivía. A partir de las dos de la tarde del jueves, quedaban prohibidos toda clase de espectáculos y atracciones, así como el uso de bocinas y la circulación de automóviles, salvo en caso de extrema necesidad. Incluso los animales, deberían permanecer en las casas y no salir al campo en estos días tan señalados.

La **Semana Santa** de mis años infantiles se intuía cuando mi madre empezaba a hacer los numerosos preparativos que el evento requería. No pasaba igual con la feria. Instituida a mediados del siglo pasado, al ser una fiesta civil, el único recuerdo que me trae son aquellas alcancías de barro amarillo claro que iban recibiendo por unos meses las *perras gordas* y las *perras chicas* que se escapaban a nuestros padres y familiares para finalmente darle un porrazo contra el suelo y coger las escasas monedas entre los cascotes de barro endurecido. Apenas duraban unas horas en el primer día de feria. Y ya está.

La **Semana Santa** con una tradición de siglos era festividad muy distinta. Si algún año la economía había dado respiro en las necesidades más perentorias, se contrataba a un encalador para blanquear los gruesos y destartados muros de la casa, interiores y exteriores. Esto era un hecho extraordinario. Aunque por regla general, las mujeres de la familia, con sus escobas de caña y palma, con sus largos y ennegrecidos vestidos, y con pañuelos de algodón en la cabeza, eran las encargadas de dar otra capa de cal sobre el revocado de yeso de los gruesos muros de tosco. Las conchas de cal de las paredes mostraban el grosor de las sucesivas semanas santas, igual que los troncos de los árboles muestran su edad en los concéntricos círculos de su espesor. El rito de la limpieza hogareña ponía

su firma en las cenefas. Un arte lineal que zigzagueaba como una serpiente entre los muros y el suelo, y era la rúbrica con la que firmaban las mujeres su obra de arte limpiadora. Como normalmente no había cuartos de baño, normalmente pocos se lavaban el cuerpo entero, al que los toques de jabón y desodorante se consideraban un poco pecadores y muy progresistas, aparte de su precio prohibitivo por los años de la posguerra. Palangana y agua caliente, calentada en las ascuas de carbón vegetal, echada con un regador, hacían de cuarto de baño y ducha para lavar la más de las veces, brazos, pies y excepcionalmente alguna otra parte del cuerpo.

3.10. DE LAS ALBÓNDIGAS A LOS ZAPATOS DE CHAROL

Los días grandes de la **Semana** siempre se iba *de nuevo*. Era inconcebible, como hoy vemos, que muchos fueran desaliñados o mal vestidos. Pobres pero bien, era el lema inquebrantable. Si había que estrenar algún trapo, -que por lo general era una prenda de invierno a pesar de estar en primavera y acercarse el verano-, siempre se hacía en estas fechas, siguiendo el dicho popular que en **Domingo de Ramos** el que no estrena se le caen las manos.

Después del encalo, y varios días antes del **Jueves Santo**, -que era cuando empezaba la **Semana Santa**, pues la bajada de la **Virgen de los Dolores** de su ermita del **Calvario** pasaba desapercibida para muchos-, se empezaba a preparar la comida que se consumiría en los días de fiesta: el escabeche, albóndigas de boquerones, potaje de **Semana Santa** y bacalao frito o a la cazuela eran los platos que más se repetían. Los dulces caseros completaban el menú ausente de carne: los duros palillos de **San Antonio**, el piñonate, los pestiños morunos y sobre todo las magdalenas que se hacían en la casa pero que se cocían en el horno. Todas las calles del pueblo olían a confitería. Y las mujeres orgullosas con sus productos, exhibían, en sus bandejas recogidas en el horno, los moldes de lata llenos de una pastosa mezcla. En un primer viaje, el dulce crudo, recién hecho en casa, partía en busca de la cocción y en un segundo, el dulce caliente y oloroso en cenachos de mimbre volvía al hogar para ser guardado celosamente hasta las fiestas. Para sus adentros, las amas de casa se iban diciendo que como la receta que habían usado era la apropiada, todas las magdalenas se habían desbordado y su color amarillo huevo se había dorado hermosamente por la cocción. Todas estaban diciendo: "*Comedme*".

Aparte, se hacía el alimento del rito: el hornazo. No puedo comprender como entre tanto dulce haya una masa tan insípida. Algo lúdico se muestra en este día allí en el **Calvario** cuando las manos levantan tanta gallina con cresta de fieltro rojo y ojos de pimienta. El huevo duro, la sal, el agua y la harina de su composición se hacen misterio religioso cuando **Jesús** los bendice. Ahora ya empiezan a llevarse neveras con variados alimentos donde no faltan las bebidas espirituosas. Con esta innovación moderna, la celebración va camino de convertirse en un "picnic" en lo alto del monte.

Con la casa limpia, el estómago lleno de albóndigas y magdalenas, y los

zapatos de charol reluciente de no ponérselos porque se rompen, se estaba dispuesto para, después de los oficios del jueves, esperar en la **Carrera de Álvarez** un golpe de fortuna y que la bolsa que tiraba **Judas** en su arrepentimiento te cayera cerca y pudieras disfrutar de las treinta y pico monedas que tenía, y días más tarde, fueras orgulloso a devolver la bolsa a la directiva de la **Columna**, vacía, por supuesto. El afortunado se hacía famoso aquellos días.

3.11. LATAS DE ROMANOS Y LATAS POR LOS SUELOS

Lo que más sobresalía a mis ojos de chaval era el escuadrón de soldados romanos vestido con el uniforme de nuestros tercios. Qué desilusión me llevé cuando ya mayor me enteré de que aquellos trajes no eran romanos, sino ropas barrocas. El tránsito de **Reyes Magos** a padres que compran los regalos, no me fue tan doloroso como éste de romanos a tercios de nuestro imperio. Era todo un rito ver al orgulloso capitán, llamado *el Serio*, allí en la **Huerta Palacio**, repartir vino y puro un rato antes del desfile. Piernas para qué os quiero. El recorrido colorista del nutrido escuadrón estaba flanqueado por bandadas de arrapiezos que admirábamos tan espectacular cortejo.

Andar las estaciones era ya casi una categoría. El desfile empezaba con la **Corporación Municipal** en pleno, además de todos los empleados, ni uno se escapaba, y ay de alguno de ellos si daba la nota de no asistir. Familias enteras de una iglesia a otra, en continuo entrar, hincarse de rodillas, rezar las oraciones y salir para repetir lo mismo en el monumento siguiente. "*Buenas noches*", "*buenas noches*", era el saludo repetido en todas las esquinas.

El **Viernes Santo**, los soldados del orgullo y de las picas levantadas, le daban la vuelta y las ponían hacia abajo. No acababa de comprender tampoco como unos hombres que se suponía habían matado a **Jesús**, ahora lo lloraban y le hicieran honras fúnebres. Y el **Sábado Santo**, al mediodía, según creo recordar, -después sería el domingo-, con toda clase de latas e hierros viejos atados con cuerdas, empezábamos a rastrearlos por las empedradas calles del barrio haciendo un ruido infernal para que todos se enteraran de una vez que el **Señor del Viernes Santo** había triunfado sobre la muerte. Con todo, el ruido era mucho más soportable que el de las motos actuales, con la circunstancia que duraba sólo hasta que nuestras piernas se cansaran. Además, era limpio. No como el que hacen las actuales motos a cualquier hora del día, que se ha convertido en otra forma de dar la lata, cuando ya han desaparecido las latas de los romanos y los chicos han dejado de pasear latas, aunque no de darla.

Capítulo IV

De "Los Molinos" a "Las Casas baratas"

- 4.1. Calle "Los Molinos".
- 4.2. Mi casa.
- 4.3. Hojas de maíz.
- 4.4. Vivir para oír.
- 4.5. Lección perruna.
- 4.6. "Las casas baratas"
- 4.7. Habichuela en la nariz.
- 4.8. "Mi primer manuscrito".
- 4.9. Zurdo por la gracia de Dios.
- 4.10. Mi grupo escolar.
- 4.11. Donángel.
- 4.12. La tierra mortal.
- 4.13. Cura "arrepentío".
- 4.14. Medallas y cruces.

4.1. CALLE "LOS MOLINOS"

Esta era mi calle. Cualquier cavilación que se haga sobre ella ha de tener esa añoranza que se guarda por las cosas donde uno ha pasado la primera infancia. La callejuela, haciendo pareja con la de **Enmedio Huerta Palacio**, tiene dos partes. La primera, en cuesta, aunque con unos amplios escalones, entonces empedrada y en mal estado, y la segunda, en línea recta. En esta primera parte, vivía **José Gutiérrez López**, estudiante del seminario primero, para hacerse después maestro y pedagogo, ejerciendo actualmente en el colegio **Ángel Carrillo**, y más tarde en su misma casa, durante un poco tiempo, **Manuel López Lort**, compañero mío durante cinco años en el Instituto, se casaría con una "*molinera*", vecina suya y marcharía después a **Barcelona**, donde ejerce su profesión, aunque tiene comprado aquí un piso y viene frecuentemente, por lo que no se ha enfriado nuestra vieja amistad de muchachos.

El nombre de la calle es antiguo, pero así como **Ribera de Molinos** hacía honor a su nombre, en aquel momento, la referencia a molinos se había quedado como reseña histórica porque no existía ninguno. Cruzando la calle **Belén**, y ya dentro de mi calle, conforme bajas a mano derecha, había dos casas y otra tercera que era la vivienda de **Juan Higuera**s, encargado de la fábrica de los **Molinas**. Esta fábrica ocupaba todo el resto de la calle, hasta su terminación. Era una inmensa nave donde los telares puestos en fila, simulaban un gran ejército vociferante. Y tantas voces daban, que uno de los mayores tormentos de los vecinos era estar todo el día oyendo el ruido metálico de cientos de telares, moviendo su esqueleto de gruesos hierros. Cuando la paraban a la hora de comer o a altas horas de la tarde, te entraba como un mareo, un vértigo agobiante por el cese súbito de un ruido atronador, verdugo de nuestra tranquilidad y penitencia de nuestra existencia. Como contrapartida, las dos horas de entrada y las dos de salida, pues trabajaban en turnos partidos, se veían animadas por el numeroso personal, que entraba y salía por la puerta principal de la fábrica situada en el centro de la calle. Fue hermoso ver a la una de la tarde tanta gente andando calle arriba en busca de la comida que tendrían que tragar rápidamente, porque sólo disponían de una hora de descanso. Por un momento, su parloteo suplía el martirio de los telares, pero desaparecía rápidamente y en comparación con el de ellos, era música celestial.

He dicho antes que la gente caminaba calle arriba. Y esto era lo obligado. Porque así como otras calles empiezan en la esquina de las manzanas de la que forman parte y acaban en otra, esta calle de **Los Molinos** tenía la originalidad de estar tapiada por una parte. Un muro separaba la fábrica y las últimas casas del **huerto Rondel**. Y aunque no era el muro de las **Lamentaciones** ni el de **Berlín**, si era lo suficiente simbólico como para poner una nota singular y de contraste con otras calles. Aunque parezca mentira, esta limitación a nuestra libertad de movimientos fue un grave inconveniente que nos hacía pupa. Se tenía una leve sensación, si no de estar prisionero, si aprisionado. El único respiradero era una pequeña salida de aguas, tapada con una reja, por donde se nos escapaban los

gatos cuando queríamos hacerle una trastada de las nuestras.

4.2. MI CASA

En la otra acera de la calle estaba mi casa. Este lado empezaba con el ya nombrado corralón de **Polonio**, tratante de ganado caballar, asnal y mular. Dos casas más abajo, vivía otro ganadero, en este caso era un cabrero. Todos los días, a la misma hora, lo veías alejarse por la calle **Belén**, camino de los pocos pastos del término, acompañado de un perro juguetón e inquieto que iba de un lado para otro incesantemente sin parar, echando horas extras y con preocupación de empresario. Por lo diligente y solícito que marchaba, se tenía ganada su comida con creces. Muchos vecinos, también le llevaban sus cabras para que las sacara a carear al campo, y por las tardes, cuando volvía el cabrero pegando voces y llamando la atención para que no se separara del rebaño ningún animal, iban a recogerlas para ordeñarlas ellos mismos.

Aunque no era frecuente, en el barrio vivían algunas parejas separadas. Entonces no existía el divorcio legal en nuestra legislación, por lo que los matrimonios mal avenidos que hacían vida de divorciados, no podían casarse de nuevo ni por lo civil ni por la iglesia, así que los que volvían a buscarse pareja vivían en la ilegalidad, según en **Código Civil**, y en el pecado, según el **Derecho Canónico**, no se tenía escapatoria. Por lo menos, un cincuenta por ciento de estas incongruencias ya no existen.

Todo el resto de la calle era gente que vivía de sus manos, como jornaleros o diminutos aparceros, agricultores, barberos o empleados en industrias textiles. Dos casas antes de llegar a la mía, moraban **Vicenta** y **Luis**, caseros de **La Ginesa**, la casa de **don Niceto**. Y la casa tercera, empezando a contar por el final, era la mía, o mejor, la de mis padres. Tuvieron que hacer muchas economías para poder comprarla, y criar varios animales en la casa de la abuela y con su venta sacar unas pesetas, mejor unos reales, porque en total creo que les costó 2.500 reales. Para los que no sepan qué tipo de moneda es ésta, les diré que un real equivalía a la cuarta parte de una peseta, es decir, 25 céntimos. Así que, dividiendo por cuatro el importe, nos da un total de 625 pesetas, poco más de lo que vale una copa de güisqui hoy, sentado en una terraza.

La fachada medía muy pocos metros. Además de la puerta de entrada, poseía una ventana que daba aire y ventilación a lo que yo llamo sala de múltiples, pues traspasando la puerta había una pequeña habitación que nos servía de sala de estar, comedor, sala de estudio, taller y mil variados usos. Teníamos una mesa recubierta de hule, que se convertía en mesa camilla en el invierno donde apenas cabíamos cuando nos juntábamos los diez de familia a comer. La fachada, además, tenía dos ventanucos, diminutos con bastas y rústicas puertas de madera, respiraderos de una de las habitaciones de arriba.

Como resultado del último empedrado, el piso de la casa se quedó más alto que el nivel de la calle, por lo que para acceder a ella tenía dos escalones. Después del habitáculo de entrada, había un pequeño pasillo donde a la izquierda

estaba el dormitorio de mis padres con espacio suficiente para una cama metálica, alta como un camello y resistente como un olivo, con colchón de grandes cuadros blancos y azules y relleno de lana, acompañada de una hermosa cómoda con cinco cajones, guardianes de ropa y recuerdos. En esta cama hemos nacido casi todos los hermanos. No había aparecido la moda de dar a luz en los hospitales de la comarca o de la capital, sencillamente porque no existían. El día del parto acudía la matrona, y ella era la encargada de coadyuvar a dar a luz, ayudada con poco más que sus manos y una olla de agua caliente. Todavía quedaba espacio suficiente en el dormitorio para una gran cuna-cama metálica con unas hermosas bolas brillantes como luces encendidas. En esta cuna, nos hemos criado los ocho hermanos, y allí teníamos cobijo y descanso hasta que llegaba el siguiente o ya por estar demasiados crecidos nos daban largas.

En esta cuna, me había de pasar una de las desgracias más señaladas de mi infancia. Para el día de **Reyes**, mis hermanas mayores me preparaban un canastillo de cartón, tan grande como una mano extendida. Le cosían un asa y después con gachuela hecha con harina, le pegaban unos papeles de diferentes colores, que rizaban con las tijeras para que hiciera bonito. De las **Pascuas**, se había guardado celosamente un roscón, un mostacho y un polvorón que metían dentro y el regalo se completaba con alguna chuchería de dulce. Viviendo en la cuna, me desperté y en uno de los varales vi colgado mi canastillo tradicional y como complemento una pequeña trompeta metálica, tan grande como un lápiz sin empezar. Desde la habitación de arriba, mis hermanas empezaron a gritar: "Toca", "toca". Puesto de rodillas en la cuna, emulaba las hazañas de los "Bacalaos" de **Semana Santa**: "Tararíííí", "tararááá". Y ellas, una vez y otra: "Toca", "toca", repetían sin cesar, y en una de mis tocadas exultantes de alegría, la boquilla de la trompeta se rompió y dio como finalizadas todas las pitadas musicales de su corta existencia. Las piedras de la calle eran más blandas que yo en aquel momento. Antes de levantarme, me había quedado sin juguete, eso no era justo. A pesar de los intentos de mi padre por arreglarlo, no tuvo remedio y se quedó entero de cuerpo pero sin voz. En nuestras procesiones infantiles era un adorno mudo, un lucimiento callado. El tararí tarará todavía lo oigo en las **noches de Reyes** entrar por la puerta de mi ventana, a pesar de frío de la madrugada, pues como alma en pena no encontrará perdón a su pecado involuntario.

El dormitorio se completaba con un hueco de escalera, lleno de cestas de mimbre, generalmente con ropa. En la otra parte del pasillo, había una pequeña alacena con dos puertas de filigrana morisca donde unas tablas a modo de estantería, sostenían algún juego de café, una bombonera, vasos y variados cacharros. Uno de ellos, servía de archivo para facturas y demás papelotes. Muchas veces, para hacerla más linda, en las tablas le pegaban con gachuela unas tiras de papel que se compraban por metros en las tiendas. El día que se encalaba por dentro, y se ponían nuevos los adornos de papel con sus dibujos de colores, recobraba su clara luminosidad y creaba bosquejo de bodegón cada vez que se abrían sus puertas.

Al lado, había un poyo revestido con un lujo de losa granate, con dos anafes donde se cocinaba. Aunque más tarde serviría de cocina una pequeña habitación que había después de la rústica puerta del patio, toda llena de bártulos, chirimbolos, chismes viejos y sacos de picón. La construcción del patio se completaba con una pequeña "cochinera", siempre con un habitante de cualquier especie ovina, "cochina" o caprina.

El pequeño patio era lo mejor de la casa y lo que más se disfrutaba. Tenía dos partes bien diferenciadas, la primera estaba empedrada y cubierta de parras que daban uvas moscateles y negras, deliciosas siempre y con una fuente hecha de obra con su correspondiente piedra para lavar. Al lado estaba el retrete, con espacio suficiente para una persona, que en cuclillas tenía que realizar ejercicio de tiro y conseguir diana, mientras daba de cuerpo. El resto del patio hacía de huerto, de incipiente jardín y de estercolero. Lo más sobresaliente era un enorme ciruelo de enanos pero abundantes frutos. Este árbol nos acompañó toda la infancia y era como uno más de la familia. Cada verano que como ciruelas iguales, me acuerdo de su tronco, de sus ramas, de sus blancas flores, de su prestancia, de sus frutos picoteados por los pájaros, de las gotas de brea que rezumaba su tronco y con las que hacía pequeñas pelotas, de las hormigas que subían y bajaban, y del encalo que se le daba para matarle los insectos.

Ésta era la planta baja. Justo enfrente de la alacena, había una puerta que daba acceso a unas estrechas escaleras con peldaños de yeso y remates de palos de madera, gastados por el uso de tantos pies. Un descansillo daba paso a dos direcciones, la de la derecha, al patio y tenía una habitación con una cama para mis dos hermanas mayores y se continuaba con un pequeño trastero, y la de la izquierda, daba a la calle donde había dos camas para descanso de los varones. Además había algo sobresaliente e inaudito en aquellos tiempos. En un hueco, se habían colocado unas tablas y confeccionado una librería donde habría unos trescientos o cuatrocientos libros, todos propiedad de mi hermano mayor que estudiaba en el seminario. Un tesoro inaudito. Aparte de los libros de texto, existían muchos de literatura española amarillos como hojas secas y viejos como el castillo, que había conseguido mi hermano como pago de unas clases dadas en el verano. Ha sido la paga más productiva que conozco, porque cuando aprendí a leer me los fui leyendo uno a uno, algunos dos veces, y con su lectura, aparte de la afición a leer que corroe mis entrañas, me nació mi amor a la poesía y a la literatura en general. En mi escritorio todavía guardo un buen número de ellos, y cuando hago limpieza y hueco, desaparecen en la habitación de la azotea otros títulos, pero ellos siguen delante de mis ojos como pago agradecido a los placeres que me han proporcionado.

El piso de la planta baja era de cemento, casi un pequeño lujo en un barrio donde la mayoría de las casas estaban empedradas, mientras que el del primer piso lo tenía de yeso. Los techos eran con vigas vistas, construcción normal en la época, y los de la parte de arriba inclinados a dos aguas.

En esta casa, número 29 de la calle **Molinos**, nací yo un domingo, 18 de enero de 1942.

4.3. HOJAS DE MAÍZ

La cama de mis padres tenía un colchón de lana de oveja. A los pequeños nos gustaba irnos a ella, porque se hacía un agujero y te ensamblabas con él en una conjunción perfecta. El inconveniente que tenía es que para hacerla, había que estar un buen rato mulléndola y levantando

todo lo aplastado en la noche anterior. De vez en cuando, había que reponer materia y allí se veían las mujeres escardándola a mano, tirando de los rizos de la lana después de haberla tenido en agua varios días y haberle dado un buen lavado, el único que habían recibido las ovejas en toda su vida. Cuando estaba preparado, se descosía el colchón, se llenaba con la nueva lana, vuelta a coser y listo para unos pocos años. Con el paso de éstos, se tenía que lavar todo y esos días, extendida sobre trapos en el suelo, después de lavada a mano, se veía el patio lleno de lana como si fueran los restos de una barbería de ganado.

Sin embargo, todos los demás colchones que había en la casa estaban rellenos de hojas de maíz. De las mazorcas, se obtenía el maíz para la alimentación y para el ganado, el pabilo para el fuego o para los animales, y las hojas para los colchones. Casi nunca comprábamos las hojas, éstas nos las regalaban, pero había que ir a por ellas, bien al campo, bien a la casa del hortelano. Pero no estaban listas para el colchón, sino que las hojas te las daban puestas en la mazorca y tú tenías que cogerlas. A pesar de esto, los días que íbamos al campo o a una casa a "*mostricar*" mazorcas eran días de fiesta. Se juntaban una pandilla de jóvenes, y sentados en sillas bajas o alrededor del montón, empezaba la faena de ponerse una sobre las rodillas, tirar de las hojas para abajo, desprenderle todos los pelos rubios y con golpe decisivo separarla del tronco. Y de esta forma, cientos de ellas caían en una tarde, mientras se contaban chistes y se cantaban coplas a grito abierto. En otra parte, el propietario iba desgranando las mazorcas. Para ello, se sentaba cómodamente en el suelo sobre una escardilla, cogía una mazorca y en varias pasadas maestras sobre el filo metálico, caían todos los dorados granos.

Las hojas se metían en unas grandes arpilleras y sobre bestias eran transportadas a casa, donde empezaba la segunda operación que era desprenderlas del tronco. Ésta había que hacerla hoja por hoja y con bastante cuidado porque si se escapaba un tronco al montón de las alargadas y blancas hojas, se convertía dentro del colchón en cilicio punzante en tus espaldas no acostumbradas a disciplinas. El día que se ponían nuevas hojas, creo, sin exageraciones, que la cama aumentaba un poco más de medio metro, hasta las sábanas se quedaban cortas y había que dar un salto de jinete para acceder a aquel monstruo de hojas orgullosas en su juventud, mas con el tiempo y el peso se iban aplastando y el bulto de su mocedad se convertía en hoja de libro por lo liso y llano. Al no haber somieres, los colchones se ponían sobre unas varas metálicas que se cruzaban a lo largo y lo ancho. Durmiendo en estas camas, si te estabas quieto no pasaba nada, lo malo era cuando te movías, porque entonces se formaba un ruido de aspaviento que resonaba en toda la casa. Les tenía un odio mortal. Por eso, con los primeros dineros que gané, se compraron para todos colchones **Flex**, con lo que desaparecieron las hojas de mazorca y su imagen amontonada o extendida en el patio cuando se lavaban los colchones.

4.4. VIVIR PARA OÍR

Todos los barrios tenían una vida social intensa y una personalidad particular. Se vivía la calle mucho tiempo de una forma diferente, más lenta, con una magia primitiva, cañí por lo atractiva y hechicera por lo simple. Si ahora es cada vez más un lugar de paso, entonces lo era de estancia. El ritmo era distinto como el del corazón en las diferentes edades de la vida. La tele nos ha hecho ser escuchadores, con ella nos pasamos largas horas viendo y escuchando, escuchando y escuchando. Al principio, pocos tenían la oportunidad de escuchar la radio, así que cuando alguno de la calle tenía la suerte de adquirir un aparato, lo ponía alto, a todo volumen, para hacerse notar e invitaba a los vecinos a escucharlo. Era frecuente que alardeara del elevado número de emisoras que podía captar, muchas de **Europa** y hasta de **América**. La más famosa era **Radio Andorra**, porque por las noches ponía un programa de canciones dedicadas que "flipaba" al personal. Los veranos, con las puertas y ventanas abiertas, nos sentábamos en la calle a degustar aquellos primitivos aparatos que derramaban ilusión en cada una de las lámparas de su esqueleto. Como pocas cosas en sustancia cambian, porque lo único que suele variar es la forma, el espíritu siempre es el mismo, las mujeres lloraban y lloraban, gemían y gemían, sollozaban y sollozaban ante largos y largos novelones radiofónicos. Cuando en mi casa se compró una, no paraba en ningún momento. Hasta en el silencio de la noche cerrada, muy bajo, bajito, con muchas interferencias, muchísimas, mi padre y los varones oíamos con regusto, noche y noche, parte tras parte, ¡chiiis..ssss!, silencio...!, que no se oiga, **Radio Pirenaica**. Era la emisora maldita del **Régimen franquista**. Pulga machacona que saltaba de un dial a otro de la onda corta y que oía media **España** para enterarse de la crónica negra del día. Porque para escuchar noticias objetivas, había que poner **Radio Londres**, emisión en español, donde el pedúnculo de la férrea censura oficial no llegaba. Vivir para oír.

4.5. LECCIÓN PERRUNA

Una de las mejores lecciones recibidas en mi infancia para conocer esta raza a la que pertenecemos, me la dio un perro. Aunque cuando los hechos se estaban produciendo, nunca sospechaba que más tarde y con una frecuencia inusual vengan a mi memoria, y me espante cuando se produce la misma situación de entonces, pero no con el perro, sino con actores humanos. "El perro de mi vecina", suelo pensar para mis adentros.

Si en mi casa ha habido muchas especies de animales domésticos, nunca hubo gatos y perros. Mi padre al no ser cazador de escopeta, no los necesitaba y mi madre nunca cuidó estas especies, bien porque no le gustaban o porque comían sin ningún beneficio, ya que para compañía estaban los otros animales y

la reata de hijos esperando cuidados.

En la casa abajo de la mía, al dedicarse el hombre a la agricultura siempre tenía uno. El de mi anécdota era un perro de tamaño mediano, de una raza indefinida y cuyas características físicas son muy difíciles fijar en estos momentos. La huella que me dejó fue su comportamiento, no su figura de cromó. Resulta, que al llegar de la escuela, mi madre me echaba como merienda cena un *joyo*. Esas sutilezas de los bocadillos llegarían más tarde. Cortaba un canto de pan, con la navaja le quitaba una sopa para hacerle un agujero, echaba aceite de oliva en el hoyo, y con la misma sopa, lo extendía por todo el pan. Se completaba con un poco de azúcar o con una fruta, según el tiempo y la abundancia. Con tan rica merienda, me salía a la calle y siempre el inteligente perro estaba a la espera de su vecinito. Invariablemente, me seguía en mi recorrido. Y allí, cada tarde, se veía en el barrio un chaval, un *joyo* y un perro de compañía. Muchos días le daba la sopa. Se la comía con tantas ganas como yo el resto. Mientras comía, muy deprisa, por supuesto, seguía mi marcha y continuaba con sus zalamerías y cucamonas, levantándose el rabo, moviéndose las orejas o lamiéndose con la lengua. Cuando se terminaba el pan, se terminaba su compañía. Ya si habíamos andado mucho camino, como si hubiese sido corto, cuando la comida desaparecía, se daba la vuelta y volvía a su casa. Así un día y otro día, se repetía la misma escena: tarde, *joyo*, sopa, paseo, perro lisonjero y suavón, y abandono con el último bocado.

Todo esto se me olvidó durante muchos años. Hasta que una vez, en circunstancias que no vienen al caso, una persona estuvo a mi lado hasta que se pudo aprovechar de mis favores. Cuando estos cesaron, acabó la adulación. Entonces, caí en la cuenta y me dije "*como el perro de mi vecino*".

De esta forma, el perro de mi vecino se me ha quedado para siempre como un punto de referencia cuando veo situaciones de ida y vuelta donde el interés es el hilo que las sostiene. Hemos muchos perros de vecino con aspecto adulator que hacemos circunferencia de homenaje a cualquier sopa que pueda llegar a nuestra boca. Desde luego, la lección fue magistral y por lo incuestionable es imperecedera.

4.6. "LAS CASAS BARATAS"

Un buen día nos enteramos que el muro que ponía límite a nuestra calle con el **huerto Rondel** (en las actas **Capitulares** está denominado como **Redondel**, porque era una gran redonda) lo iban a tirar porque sus dueños, (**Paulina Castilla**, me parece), lo había vendido al **Ayuntamiento**, que lo destinaría para construir unas viviendas sociales. Cuando aparecieron los albañiles con los picos y las palas y empezaron a dar porrazos para derribar la pared, se desbordó el contento de una nueva luz, prisionero durante años en los corazones de todos los habitantes de la calle sin salida.

Desde entonces, la nuestra ya era una calle normal. Hicieron unas profundas zanjas para la cimentación y la canalización, y como las construían a mano, pico y pala en movimiento, en esta faena se les fue mucho tiempo que,

nosotros pajarillos a quienes le levantan la puerta de la jaula, aprovechamos para jugar sin descanso. Aquello parecía la línea **Maginot** de la **Primera Guerra Mundial**. Trincheras por todas partes en un sentido y en otro, y montones irregulares de tierra, sacados de los hoyos pero que bien podían haber sido formados por los bombardeos de la aviación aliada. Demasiado para nuestra imaginación, que se desbordó con tanto campo abierto. Allí jugamos a todo, a la píngola, al lápiz (pídola), a la pillá, a la escondida, a los ladrones, a las procesiones, a los platillos, al fútbol...

Hasta que fueron levantando las casas. Yo no entendía de construcción, pero en lo que estaba viendo me daba cuenta cabal de que aquello no era normal. Para unir las gruesas piedras, empleaban como argamasa un poco de yeso y la misma tierra que habían sacado de las zanjas. Después, para tapar semejante chapuza, revocaban todo con yeso, y aquello era, nunca mejor dicho, un gigante con los pies de barro. Las casas unifamiliares las adosaron por parejas, en total cuarenta viviendas con un comedorcito y tres pequeñas habitaciones, más un servicio con ducha. Esto sí que era un adelanto. Se empezaba ya a vislumbrar que el cuarto de baño ganaría la batalla a un pueblo que huía del agua cuando tan abundante la tenía. Además, estaban losadas, con los techos rasos, una pequeña pila y un diminuto porche en la entrada; sin embargo, las puertas eran demasiado pequeñas para mi gusto, porque si algo bueno poseían las casas antiguas eran las puertas grandes para que pudieran entrar las caballerías sin estrecheces, por ello cada patio tenía una segunda puerta independiente de la vivienda. Lo mejor que poseían aquellas residencias sociales eran los patios, hasta cien y más de doscientos metros cuadrados de patio tenían algunas de ellas. Los propietarios los usaban para sembrar sus cosechas de huerta y hacer incluso jardines. Como había espacio, hicieron unas calles anchas, con aceras como las de la calle **Río**. Nunca hasta ahora se ha hecho así porque los barrios que se construyen, los siguen diseñando como si fueran para caballerías cuando ya estamos invadidos de coches y demás vehículos pesados. Además, en el centro, habían dejado una amplia plaza, la **Plazuela**, que se sumaba a la planificación urbanizadora con una calidad insuperable de espacios abiertos. No saben cuánto disfrutamos la chiquillería aquellos conceptos, a pesar que tanta anchura de calles y plaza, y quizás por ello, nunca fue pavimentada y la tierra del huerto estuvo siempre en carne viva. Por la tierra, porque el pueblo es bueno, pero no tonto, le sacaron un nombre que le cuadraba: **Las Casas Baratas**. Baratas en su construcción y baratas en su precio y forma de pago que se había de efectuar en pequeños plazos durante varias décadas. Oficialmente, le dieron el nombre de **Barriada de Jesús Nazareno**. Para la entrega de las llaves a los afortunados propietarios, levantaron un tablado en la **Plazuela** y las autoridades municipales y provinciales echaron sus discursos encerrando al **Régimen** para después ir llamando a los nuevos inquilinos a fin de hacerles entrega del título de propiedad hipotecada y de las brillantes llaves de las casas. Otro adelanto, porque las llaves normales tenían entre diez y veinte centímetros de largo y un peso de bola de cañón, y éstas de ahora, apenas eran como el dedo meñique y tan pesadas como un lápiz.

En escasos años, las paredes se fueron derrumbando paulatinamente y los techos se hundían a pedazos, por lo que los vecinos tuvieron que ir arreglando lo que era nuevo. Con las lluvias, el barro de su estructura se hacía magma y las piedras perdían el equilibrio como si estuvieran sobre un trozo de hielo. Cuando ya los chapuces no fueron suficientes, tuvieron que dejar su vivienda y aquella llave brillante que le entregaron orgullosamente un día, aunque seguía con brillo,

no servía para nada. Era tan simbólica como las que poseen los judíos sefarditas expulsados por los **Reyes Católicos** de sus casas de **Toledo, Córdoba y Granada**. El barrio se caía por su propio peso, y lo que empezó pareciéndose a la línea **Maginot**, al cabo de unos años era la **Guernica** bombardeada. Eso durante un tiempo, porque después tomó el aspecto de una villa romana cubierta de tierra y jaramagos. Cuando fue declarada en ruinas, todavía habitaban algunas viviendas unos pocos inquilinos, que con una tenacidad numantina no querían abandonar lo único que tenían. Fueron desalojados a la fuerza. Algunos entablaron pleitos aislados para conservar el derecho a su propiedad que perderían ante una **Administración** que no permitía más opinión que la suya. Fue un desastre calamitoso, los espacios, las calles amplias, la plaza, los patios con su huerta..., todo polvo y cenizas, mejor, piedras y barro hechos ruinas sin historia.

A los que conservaban un derecho a la propiedad, le hicieron dos colmenas con veinte miniviviendas en cada una de ellas. Cuatro pisitos por planta, con cinco plantas, sin ascensor. Un ingenioso había descubierto que habiendo tanto aire por qué razón habían de construir sobre el suelo. Y hala, sin pisar el barro que ensucia el calzado, la gente para arriba, a vivir con los ángeles y taparse con las nubes, cuando lo nuestro es pisar la tierra y coger mariposas. Muchos antiguos vecinos, indignados, no pisaron esta humillación al espacio de sus ojos y el cuchitril de cielo ofrecido orilló su vergüenza de por vida. Eso sí, a los bloques les pusieron **San Nicasio** para que siguieran teniendo nombre religioso.

4.7. HABICHUELA EN LA NARIZ

Con unos ahorrillos, mi padre había comprado una bicicleta de segunda mano. Aquello fue un acontecimiento, ya que era un lujo fuera de serie, un gasto que se había hecho nada más que para disfrutarlo, aunque también daba su utilidad como vehículo de transporte. Tenía un segundo sillín para un viajero acompañante, y en él cargaba la yerba que cogía en el campo para los animales, y así no tenía que traerla bajo el brazo o a las espaldas. Como no poseía chapa guardacadenas, había que meterse los pantalones debajo de los calcetines con lo que parecía que uno iba a coger ranas. Más de una vez me llevó, sentado atrás y cogido a sus espaldas, hasta **Carcabuey**, población que descubrí asombrado.

Cuando ya mis piernas fueron lo suficientemente grandes como para llegar a los pedales, empecé a llevarme la bici a las **Casas Baratas** y me dejaba caer cuesta abajo sin darle a los pedales porque perdía el equilibrio, hasta que poco a poco se me fue quitando el miedo a pedalear. Tuve varias caídas, la más aparatosa fue una vez que se me escaparon los frenos y choqué contra la pared de una casa. Afortunadamente, no me pasó nada, unas magulladuras sin importancia, pero ningún hueso roto y la cabeza en su sitio. A la bicicleta, se le dobló un poco el manillar, pero tuvo un arreglo fácil. Después del carro de las ruedas dentadas y las tablas, éste fue mi segundo vehículo, pero ya la diferencia era abismal, el adelanto ponía distancia de infinito entre un cacharro y otro.

Lo que sí causó un gran susto a mis padres y a mis hermanos mayores, fue un pequeño accidente en el que tuvo que intervenir el médico. Estaba mi madre limpiando habichuelas para el potaje y mi padre, mientras tanto, jugaba conmigo. Cogía algunas, me las ponía en las manos, las soltaba de nuevo. Con una en los dedos me dijo jugando: "A ver si ésta te cabe en la nariz". Puesta en mi orificio nasal, yo absorbí con tal fuerza que la judía ascendió para arriba para sorpresa de todos. Intentaron hacerla bajar, pero la mentecata buscaba su cobijo cada vez más alto. El zipizape creado por esta "chuminada" zarandeo la bulla de la asustada familia, que me cogieron en volandas airosas y me llevaron a casa de **don Gerardo**, médico que entonces tenía su consulta particular en la calle **Ramírez**. Con mi grano interno en la nariz, y mi susto externo en la cara, me tendieron en la mesa y cuidadosamente con unas largas pinzas, después de algunos intentos, me sacaron la impertinente alubia, con el júbilo del que encuentra una pepita de oro puro. La tuve guardada mucho tiempo hasta que se pudrió o germinó, no sé.

4.8. "MI PRIMER MANUSCRITO"

La primera escuela a la que asistí se encontraba en la calle **Solana**, en el edificio donde está hoy el comercio de tejidos y sombrerería de los hermanos **Ruiz**. Primero asistí a una clase de la primera planta con una maestra de párvulos, para pasar en el curso siguiente a la clase de arriba donde nos enseñaba un maestro ya mayor. Mis recuerdos de aquellos días primeros, están cubiertos de nubes. Lo único fuerte que guardo es la anécdota de una discriminación por parte del maestro. Aunque lo primero que mostraré es mi agradecimiento por haberme enseñado a leer y escribir. En la penuria en la que se desenvolvía entonces su vida, era toda una hazaña que encima nos enseñara algo. Resulta que todos los días llegaba tarde un chaval, hijo de un médico, siempre acompañado por la criada, y el maestro se lo sentaba a su lado para darle clase particular, mientras la nuestra era colectiva y esto en horario lectivo. Las rejas de la rifa, el pan negro, las capas de los entierros, el subdesarrollo en el que vivíamos y estas enseñanzas particulares dentro de clase me iban diciendo a que clase de mundo había aterrizado.

Las primeras letras las aprendí en la cartilla *Raya*, que resulta que ahora han descubierto su poca metodología y didáctica para enseñar, pero que, sin embargo, en ella han aprendido millones de niños y varias generaciones de escolares. Un día al salir de la escuela, bajando **La Cuesta**, me encontré a mi padre y le dije el adelanto que había hecho: me habían pasado de página. Las vocales ya se habían quedado atrás y me habían pasado "a la mamá y al tomate". En su contento, me dio una perra gorda como regalo. Creo que éste ha sido el único incentivo al estudio que he tenido. Lo resalto porque ahora me sorprende de las millonadas que algunos padres gastan como obsequio cuando sus hijos traspasan el umbral de un curso.

El aprendizaje de la escritura y las cuentas se iniciaba en una pizarra protegida con un marco de madera sin pintar. Con una cuerda se ataba un

pequeño trapo viejo y cuando estaban escritas las dos partes, había que echar un salivazo y limpiar todo lo hecho. No hay que tener mucha imaginación para adivinar de qué color se ponía el trapito limpiador. Se usaban dos pizarrines, uno blando al empezar y otro más duro, cuando ya eras un veterano "pizarrero", porque si apretabas escribiendo, dejabas toda la pizarra rayada. El maestro te ponía una y mil muestras hasta que estabas listo para pasar a una libreta, ya de papel, por supuesto, en la que se escribía primero a lápiz y después a pluma, y llevaban su razón porque con ella se cometían verdaderas calamidades. O mejor dicho, éstas se producían con la tinta usada para escribir. Las plumas y los palilleros soportes los vendían aparte y había que comprar de unas o de otros, según la rapidez con que los rompías, porque si apretabas mucho se abrían y la escritura se deformaba. En cada banca bipersonal, existían dos pequeños agujeros circulares para sendos tinteros de plomo, y después de un material de enchufe eléctrico, sin tapadera, por lo que con el movimiento de los usuarios, y el lógico trajinar de la infancia, era motivo para que frecuentemente los tinteros rodaran por las mesas impregnando con su color, libros, libretas y escolares. Las bancas era una pena verlas. En ellas, creo que se inspiraron los pintores que crearon el arte abstracto. Ni una se escapaba. Manchas rectas, onduladas, con formas de pez, de pájaro, de hojas de olivo; de color ocre, azul, violeta, negro, gris; apagadas ya o de color intenso que venían a demostrar, como las cicatrices del torero, los numerosos derramamientos que habían soportado en toda su historia de bancas escolares. Por eso, la llegada del bolígrafo impuso una revolución en los instrumentos escolares y él ha sido uno de los adelantos más prácticos que se ha hayan conocido jamás en el mundo. Creo que va después de la invención del fuego, la rueda, la penicilina, la tele, la lámpara y las vacunas.

Después de haber aprendido la serie *Raya*, (comprendía tres cuartillas), había que darle muchas vueltas hasta que se sabía de memoria, te pasaban a un libro encantador llamado *Mi primer manuscrito*. Éste era un libro de lecturas, impreso con letra manuscrita, con muchas caligrafías diferentes para que uno fuera aprendiendo a leer tanto letra impresa como a mano. En él estudié mis primeras poesías escritas, porque de tradición oral ya sabía un montón oídas por las calles. De aquí, se pasaba a dar lecciones en una enciclopedia llamada *El primer grado*, y si eras un poco avisado, enseguida el maestro te pasaba al segundo grado. En ellas, se repasaba de todo un poco de una forma elemental. Cada materia estaba estructura en una serie de preguntas y respuestas y había que sabérselas de memoria. (La letra pequeña no se daba.)

De las escuelas de la calle **Solana** pasé a una de la calle **Ramírez**, para después de un curso cambiar a las recién construidas de las **Casas Baratas**. Hasta entonces, excepto el colegio del **Palenque**, las escasas escuelas de la población estaban en casas particulares alquiladas por el Municipio. Allí, estuve hasta que ingresé en el **Instituto Laboral**, en febrero de 1953 con once añitos recién cumplidos.

4.9. ZURDO POR LA GRACIA DE DIOS

La ignorancia de los métodos pedagógicos de entonces perpetraron conmigo uno de los atropellos más graves que se puedan cometer en la enseñanza con un escolar. El riguroso autoritarismo hacía llevar a los maestros a imponerte la escritura con la mano derecha. Para nada contaba que la naturaleza hubiese dado prioridad a tu lóbulo derecho del cerebro, y por consiguiente fuese la mano siniestra donde estaba tu natural habilidad. La mayoría de las personas son diestras, pero tenemos un gran número de siniestros que no contaban para nada en los caminos educativos, a los que nos obligaban a escribir con la mano derecha. No sólo escribir, había que comer, usar la navaja, el tenedor, el cuchillo, incluso dar la mano con la derecha. Era de personas maleducadas usar la izquierda delante de las otras. Podía ser que como la izquierda política estaba prohibida, perseguida y machacada, todo lo que sonase a izquierdas había que prohibirlo. Pero dejando bromas aparte, porque el caso es muy serio, obligar a usar para toda actividad la mano con la que no se tiene habilidad natural, y obligar a emplear la inhábil es una cosa muy grave que no tiene nada de risa, sino de tragedia.

Su magnitud es muy difícil de cuantificar en palabras, y solamente se puede hacer una idea el lector haciendo la siguiente experiencia si es diestro: durante un día hágalo todo con la mano izquierda, no use para nada la derecha. Para nada, eh. Seguro que esa noche no podrá dormir. Y si la experiencia dura un mes, tendrá que tomar ansiolíticos y antidepresivos. Y si por un descuido usa la derecha, todas las miradas te dirán que lo haces mal y empezarán a regañarte día tras día. Si sabes que la experiencia es para siempre, la locura hará presa en ti y seguro que la **Seguridad Social** tendrá un nuevo jubilado prematuro con derecho a cama en una residencia de maniacos depresivos.

Yo no me volví loco como el supuesto teórico, sino tartamudo. Me apareció una tartamudez que se me fue quitando, menos mal, conforme fui creciendo y me iba acostumbrando a escribir con la mano derecha, pero mi fluidez verbal quedó resentida para siempre y pienso muchísimo más rápido que mi capacidad de fonación es capaz de poner en práctica. Por esto, hablar en público me crea unas leves tensiones y movimientos gástricos, ya difuminados, aunque no superados. Está claro que nunca serviré para echar grandes discursos, sino los tengo escritos delante. Y ni incluso así. Estos trastornos no vinieron solos, porque aparte, me crearon una disfunción total en el manejo de mis manos. No sé usar ninguna con la destreza requerida: la izquierda porque no tengo hábito y la derecha porque no es capaz de aprender. Mi escritura es un desastre y mi maña para las reparaciones domésticas de casi nula competencia. Me perdieron para siempre en el mundo de las habilidades manuales. Me sorprendían las películas americanas donde frecuentemente se veían escribir a los actores con la mano izquierda y nadie del film se espantaba. En el gallinero donde yo estaba, había pupilas dilatadas que no acababan de asimilar lo natural de la escena.

Cuando estudiaba primero de **Magisterio**, teníamos una asignatura que llamada **Caligrafía**. Había que hacer muchos cuadernos de una letra tipo español y otra gótica, y aparte teníamos un libro de teoría. En él había un tema que

hablaba de la escritura de espejo y del ambidextrismo. Para mí fue un descubrimiento, una medicina y un descanso. Hablaba por fin de la escritura con la mano izquierda. ¡Mi mano! Cogí el lápiz con la mano prohibida y empecé a escribir de izquierda a derecha y me salía el escrito como si toda la vida la hubiese usado. Qué alivio, aquello sí era escribir con gusto. Me salía una caligrafía nunca vista, mi caligrafía, además para más gracia, inclinada..., hacia la izquierda. Es que no tengo remedio. Después empecé a escribir escritura de espejo, haciéndolo al revés, de derecha a izquierda, como lo hacen los moros y aquello salía tan fluido como el manantial de la **Fuente de la Salud**. Ponía el papel a contraluz y aquella escritura se leía perfectamente. Entonces tuve un motivo de orgullo, una poca de reparación a la frustración contenida de muchos años, sabía escribir para adelante y para atrás, al derecho y al revés con la mano que los demás apenas movían. Así que muchas veces para justificar mala letra con la mano derecha, alardeaba de esta capacidad de la izquierda. Años más tarde, me enteraría que el célebre genio del renacimiento italiano, **Leonardo da Vinci**, también fue zurdo, y todos sus escritos los había realizado con escritura de espejo.

Yo sigo escribiendo con la derecha, porque a pesar de los intentos y capacidad de mi mano siniestra son muchos años y eso crea hábito se quiera o no. Lo que sí hago con la zurda es pintar, jugar al pimpón, mondar una naranja, coger el martillo, etc., es decir, todo menos escribir.

4.10. MI GRUPO ESCOLAR

El grupo escolar de las **Casas Baratas** se llamaba oficialmente igual que el barrio, es decir, **Escuelas Jesús Nazareno**. Lo hicieron con un presupuesto y contratista diferentes, por lo que no se derrumbó como las casas del barrio, sino que las escuelas fueron demolidas hace unos años en la última reestructuración urbana, después de haberse integrado legalmente en el **Colegio Público "Camacho Melendo"**.

Constaba de tres unidades, una de párvulos y dos clases unitarias, una de niños y otra de niñas. No se había implantado aún la enseñanza mixta que se generalizaría con la reforma de 1970, con la **Ley Villar Palasí**, además tenían al lado de cada clase un cuartito pequeño para "desahogo", y en uno de ellos estaba todo el día la mujer de la limpieza que era también la portera. Delante de las escuelas, existía un pequeño patio donde correteábamos en los recreos, pero insuficiente para echar un buen partido de fútbol. Las clases eran pequeñas. A un lado y otro, había filas de bancas bipersonales con aquellos asientos que se subían y que se bajaban con estrepitoso ruido cuando llegada una persona mayor porque era necesario ponerse de pie y muy serios hacer un saludo. Así había que permanecer hasta que te dieran permiso para sentarte. En la mesa del profesor, siempre se veía un tintero más elegante que el de nuestras mesas, un escritorio, una esfera terrestre, una hucha de negrito para recoger dinero para la **Santa Infancia** y..., la palmeta. Ésta era el tercer brazo de todo maestro, usada a diario para no perder la costumbre. Los castigos corporales fueron práctica habitual en

la enseñanza y los niños se maltrataban poniéndolos de rodillas o pegándole palmetazos en las manos en número proporcional al de su falta. Cuando se rompía la palmeta, estábamos todos prestos a ver quien le traía al maestro la mejor de repuesto, y éste escogía la que más le gustaba entre las que le presentaban. Cuando se llegaban las madres para hacer la inscripción, muchas le decían al maestro: *"Si es malo, arréele usted fuerte"*. Y así se hacía. Cuando hoy hablan con el profesor, las madres parecen decir esto: *"Como toque a mi hijo, lo llevo al juzgado"*. Vamos progresando. En las paredes de la clase, solía haber unos estropeados mapas de **España** y de **Europa**, y la pizarra metálica o de madera pintada de negro.

El horario era el mismo absurdo de ahora, (aún vigente en algunos colegios), con jornada partida de nueve y media a doce media, y de tres a cinco para aprovechar la hora de la digestión mientras se trabaja. Llegada la hora de clase, te colgabas a la espalda una cartera de "patén" hecha en casa. Ésta era como un gran sobre cerrado con un botón donde se metía la enciclopedia, la pluma metálica y el cuaderno por lo que íbamos "ligeros de equipaje". En los crudos días del invierno, en una pequeña lata, había que llevarse una poca lumbre del brasero de la casa porque en las escuelas no había calefacción. Se empezaba cantando y rezando. En las clases de entonces, nos enseñaban variadas canciones, muchas de matiz político que había que repetir hasta la saciedad. El maestro te ponía las cuentas que había que hacer todos los días, la plana para escribir, la máxima religiosa y la máxima política para la formación del espíritu nacional, platos obligados de estudio y comentario. En eso se te iban dos horas. En la tercera de la mañana, se estudiaban las cuatro o cinco preguntas de la lección, y el más listo adelantaba puestos. De esta forma nos motivaba y estábamos atentos al fallo del que estaba delante para decir de carretilla la pregunta y adelantarlo. Por las tardes, se nos iba una hora cantando: *"España limita al Norte..."*, *"Dos por una es dos..."*, *"Viva María..."*, *"Venid y vamos todos con flores a María"*, *"Prietas las filas..."* Se pasaba bien, porque cantar es agradable. Lo que pasa es que se aprendía poco. Yo hasta ahora, después de varias décadas de maestro chapado a la antigua, no sé lo que es más importante: pasarlo bien o aprender. Las dos cosas al mismo tiempo, quizás. Los sábados sólo había clase por la mañana. Ésta se dedicaba a copiar el evangelio, aprendérselo, y rezar el rosario. La religión fue una segunda naturaleza, entonces protegida por el gobierno y cumplida a rajatabla. Los maestros tenían que llevar los niños a misa los domingos y ser ellos los primeros en asistir. Si algún alumno faltaba sin razón, el maestro le preguntaba de qué color había sido la capa y la casulla del cura oficiante y si no la sabía, castigo al canto. No había ningún maestro que se declarara ateo o agnóstico porque entonces no podía trabajar como educador.

Muchas tardes, los maestros nos llevaban al campo. Con bastante frecuencia sucedía esto. Muchos días, al llegar la tarde, empezábamos a chincharlo y éste finalmente accedía. El **Rigüelo** y la **Cubé** soportaron nuestras clases peripatéticas de esparcimiento. Y fueron seguramente para los profesores alivio de sus miserables sueldos y numerosos alumnos por clase, entre cuarenta y sesenta alumnos de todas las edades. Por eso, tenían que ayudarse de los mayores para dar de leer a los que empezaban, hacían verdaderos malabarismos para llevar adelante aquella multitud. De la misma forma, para aliviar la carga, había muchos días de fiesta y de conmemoraciones para no ir a la escuela. Estos días, los aprovechábamos para pasarlo en grande. Por ejemplo, en el día de los

difuntos vaciamos melones y calabazas, esculpíamos calaveras en su superficie, colocábamos una lamparilla de aceite en el interior y atadas con cuerdas, paseábamos en grupos por las oscuras calles del barrio. En mayo, el día de la cruz, nos fabricábamos una pequeña, se adornaba humildemente y se colocaba en cualquier parte de la calle. Con un platillo en la mano, te acercabas a todos los mayores que pasaban, lo levantabas hasta la cintura y *"Una perrillica para la santa cruz"*, salía de tu garganta, con tono de no haber roto un plato en tu vida. Las ganancias las repartíamos entre los socios. No se solía sacar mucho, pero algo era algo. (Una perrilla eran cinco céntimos.)

Los días de **Reyes**, el **Ayuntamiento** mandaba juguetes a la escuela. El maestro los ponía todos en exposición y luego los alumnos los íbamos cogiendo, según el orden de clase. Así que ésta era una ventaja, el ser de los primeros. Antes de que te llamaran para escoger, estabas haciendo cábalas a ver cuales eran los mejores para cuando te tocará el turno llevártelo. A los pequeños siempre le correspondían las macanas y los de menor precio. Después, quitarían esto, y los distribuirían en el **Ayuntamiento**, para por fin eliminar el reparto de juguetes en las escuelas públicas.

4.11. DONÁNGEL

Hacemos una contracción con el tratamiento y el nombre porque así era como llamaba normalmente todo el pueblo a don **Ángel Carrillo Trucios**, un sacerdote, muy particular, alma y vida, luz y sombras, camino y guía, perfección y confesión, integrismo y persecución de casi todos los jóvenes de varias generaciones: anteriores a la mía y posteriores. Su capacidad para captar voluntades infantiles traspasa los límites de la sagacidad y del ingenio, porque hizo habitual lo que otros consideraban un milagro.

Yo lo conocí en la escuela. Entonces, los curas iban vestidos de curas, con largas sotanas negras, llenas de una infinita fila de botones (me pregunto por qué), cubiertos con una capa negra y tocados con un sombrero negro, estilo picador. El contraste a tanta negrura, lo ponía la blancura de las manos y de la cara, y cuando se quitaba el sombrero, la rapada coronilla, artesanía de barbero, brillaba como una luna llena y creaba sorpresas de balbucientes miradas en la chiquillería antojadiza, que veía en este detalle fulgores ultraterrenos, quizás porque era tan grande como una moneda. Para estar por casa y en la iglesia, se ponía un roquete de encaje blanco, filigrana de fantasía bordada, lujo decorativo y toque de coquetería, y cambiaba el sombrero de media sandía con alas por el bonete de cuatro picos, igualito que los puntos cardinales. De su rostro bondadoso, sobresalían sus buscones ojos y su mirada cautivadora; y del total de su cabeza, su calva de manzana (en su madurez) y su nariz larga y un poco árabe. Caminaba siempre con la capa recogida en un brazo, y en el otro el sombrero, o bien, al primer chaval que se encontraba, en el que hallaba refugio de muletas para la otra mano y dos oídos para aleccionar con sus pláticas. A pesar de su profesión, no había perdido el aspecto de campesino, oficio que había ejercido hasta que marchó el seminario, ya hecho un mozo. Porque si algo

destacan sus biógrafos, y él mismo repetía, fueron las dificultades que encontró hasta que consiguió plaza para estudiar, así como sus tropezones en los estudios. Fue un cura de corazón, no de latines y teologías, y por esto querido. Las bocanadas del sentimiento llegan más profundo a los fieles que las sutilezas intelectuales, que se le quedan en la piel como el sudor. En este aspecto su simpleza era grandiosa.

Los niños estábamos bien enseñados. Cuando se veían estos uniformes, se corría desesperadamente, a ver quien llega primero, a besarle la mano, que él ofrecía agradecido al regalarte una caricia en el cogote. En esto de besar las manos consagradas a los curas, teníamos severas preferencias y hacíamos nuestra selección. No todos tenían nuestros fervores lo mismo de intensos, porque a algunos de los numerosos que entonces había, ni siquiera se la besábamos. Supongo que estas predilecciones son las que ahora viven los jóvenes con los cantantes.

Doná Angel visitaba un día al mes todas las escuelas de **Priego**. Las pocas existentes en aquellos tiempos, ubicadas en las calles **Ramírez**, **Palenque** (era el grupo más grande), **Amargura**, las de **Jesús Nazareno** y la de párvulos, regentada por **doña Pura** en la calle **Puertas Nuevas**. En total, unas diez escuelas de niños en un pueblo con más población escolar que la que ahora tenemos, consecuencia de ello era que muchos chicos en edad escolar no podían asistir a la escuela pública, y lo hacían en la privada, no sólo religiosa, sino civil. Proliferaban las escuelas con maestros titulados o advenedizos sin título, y no faltaban los depurados del régimen que malvivían con estas clases particulares, dadas desde el amanecer al anochecer. Al relatar las escuelas de niños, sigo el normal hilo de mi exposición porque **Doná Angel** sólo visitaba las escuelas de varones. Las niñas para él no existían. Y sus razones tenía.

La visita mensual era esperada con ansias y recibida con alegría. Cuando llegaba, nos poníamos firmes como álamos, nos mandaba sentarnos y el maestro indicaba que había que recoger todo y meterlo en las carpetas. Como todos sabemos el placer que produce estar en clase sin hacer deberes, omitiré esta gozosa descripción. Nos dirigía una pequeña plática, hablándonos del cielo, de la necesidad de ser buenos en esta vida, de no cometer pecados y de arrepentirnos de los cometidos. Terminaba siempre explicando o insistiendo sobre las condiciones necesarias para hacer una buena confesión. Persistía machaconamente en el examen de conciencia, dolor de corazón, propósito de la enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia. Con el ánimo encendido, ya estábamos dispuestos para por la tarde ir a confesar a **San Francisco**.

Aparte, y confidencialmente, le sacaba al maestro un informe de sus pupilos más aventajados, en ellos ponía el ojo de su selección, porque hasta para ser cura había que tener un coeficiente de inteligencia decente.

4.12. LA TIERRA MORTAL

Aquella tarde no íbamos a la escuela. A su hora, subíamos a **San Francisco** y hacíamos cola de penitentes ante el confesionario instalado delante del altar del **Orden Tercero**. Permanecíamos de pie o sentados en bancos, e íbamos avanzando conforme los primeros acababan su cometido. Cuando alguien quería adelantarse, se formaba un alboroto profano dentro de la iglesia y el confesor tenía que salir para que nuestra compostura descompuesta fuera pareja y respetuosa con el silencio y recogimiento requeridos en el templo. Cuando te iba llegando turno, te ponías de rodillas, esperando, con las manos en la frente, y hacías balance de tus fechorías.

Si eras crecido, había que ponerse de rodillas durante la confesión, y si no permanecías de pie. **Donágel** te engullía con sus brazos, y desde lejos se contemplaban penitente y confesor religiosamente juntos, mientras las manos compasivas de éste hacían tambor con las espaldas del penitente.

Todas las confesiones tenían sexo y vocación. Es decir, invariablemente se hablaba de las masturbaciones llevadas a cabo y de tus ganas para irte al seminario **San Pelagio de Córdoba**. De importancia, creo que no había más. La pregunta invariable era: "*¿Cuántas veces te has tocado la tierra mortal?*" La primera vez que me la hizo, mi mente empezó a conjeturar qué podía ser aquello de la "*tierra mortal*". Mis adivinanzas se hicieron pronto exactitudes, cuando lo impreciso del término fue tomando cuerpo en mi cuerpo conforme fui creciendo. ¡Descubrí que la tierra mortal era la picha! "*¿Cuántas veces te has tocado la tierra mortal?*" Para mear todas las veces que tengo ganas, me digo ahora, porque si no es imposible, y cuando se es adolescente, quien es el macho que lleva las cuentas de los toques que te hacías en un mes. No sé si otros las contabilizaban, yo al menos no lo hacía. Había que tener morbosidad de sádico para ir contando la exacerbación de tus fogosidades. La pregunta se hizo obsesiva y machacona durante todos los años que estuvimos los mozos bajo su proyección y, por lo tanto, se nos quedó clavada en el limo de nuestro ensueño fantasmagórico, por eso cuando los de mi generación recordamos aquellos tiempos, siempre hacemos bromas y nos preguntamos, "*¿Cuántas veces te has tocado la tierra mortal?*" El término *tierra mortal* no sé si era genérico en **Andalucía**, o por el contrario es una expresión autóctona o inventada por él. Lo de *tierra* como metáfora imaginada no le encuentro su término real, lo de *mortal*, con los años cada vez se está haciendo más patente.

Después te caía la penitencia, normalmente unos pocos padrenuestros y avemarías que rezabas delante de **Jesús Nazareno**, y ya limpio, te marchabas a casa y tenías la obligación de no tomar nada desde la doce de la noche hasta después de la comunión que se celebraba al día siguiente durante la misa que se oficiaba en la misma iglesia de **San Francisco**. Los bancos de los tarcisios ahuecaban sus maderas de pino para sostener a tantos chiquillos aquel día, aseados, no bañados, expresamente para recibir al **Señor**. Cuando se acercaba el momento de la comunión cantábamos aquello que dice:

*Vamos, niños, al Sagrario,
que Jesús llorando está,
pero habiendo tantos niños
muy contento se pondrá.*

Después, a nuestras casas a comer porque tanto tiempo sin recibir alimento material cuando se está creciendo era causa de mareos y desazones.

Por la tarde, no había escuela, porque seguramente aplicaban el principio de que "al final de la jornada/ aquél que se salva sabe/ y el que no, no sabe nada". A nosotros, nos venía de perilla su aplicación de forma tan generosa.

4.13. CURA "ARREPENTÍO"

Como hemos dicho, el otro tema de su empeño eran las vocaciones. La captación de los chicos más inteligentes de la clase para convencerlos y llevárselos al seminario, fue su línea de vida donde halló equilibrio su catolicidad de acción. Aquí, su obcecación se hacía apasionada y ponía espartillos y atenciones hasta que el pájaro caía en sus redes. En la escuela, en el confesionario, en la calle si te veía, con tus padres a los que convencía de tus valores y aptitudes. Después de este acoso, cientos de escolares tuvieron que decirle "Sí, padre", y ya en su círculo, empezabas a prepararte para hacer el ingreso en el seminario. Después de la escuela, teníamos que ir a sus clases. Había que hacer análisis gramatical, cuentas y problemas, y aprenderse toda la historia sagrada, amén del catecismo del **padre Ripalda**, con preguntas y respuestas. Todo de pe a pa sin desperdicio ninguno. Por la tarde, deberíamos ir a **San Juan de Dios** a rezar el rosario, y en vez de una comunión al mes, se debería comulgar todos los días, así como asistir a misa. De esta forma, se empezaba a ser santo. Como no tenía la edad, el primer verano no me presenté a ingreso, por lo que seguí asistiendo a las clases que nos daba un seminarista de vacaciones y a la sabatina de la una donde acudían seminarista y aspirantes, para hacer meditación y rezo. La súplica repetida era "*Señor, dadnos muchos y santos sacerdotes*". Después de tanto repetir esto, me estaba dando cuenta de que yo no servía para sacerdote y mucho menos para santo, así que mi incipiente vocación, se fue enfriando y mi asistencia a clases y rezos se iba haciendo testimonial, hasta que un día con valor y coraje le dije a mis padres, y luego a él, que no quería ser cura, que aquello no era lo mío, ya cuando casi me estaban preparando las cosas para irme a **Córdoba** a estudiar.

Conmigo no lo conseguí, pero sí lo hizo con cientos de chavales, que gracias a él, al menos, hicieron estudios de bachiller y cuando se arrepentían de mayores, tenían una formación que de otra manera les hubiese sido imposible adquirir, porque todos los que captaba eran hijos del pueblo, entendiendo con esto a aquellas familias con escasos recursos económicos. Para obtener becas y pagar la estancia de tantos seminaristas, conseguía de las familias pudientes los recursos necesarios y los hacía padrinos de algún estudiante, y éstos le pagaban los gastos hasta su ordenación. Fueron muchos los que recibieron las órdenes mayores y cantaron misa. En la provincia éramos los segundos después de **Córdoba**, y **Donáangel** se convirtió en la sede episcopal en un mito idolatrado, su obra traspasaba los límites de lo ordinario y tomaba ribetes de odisea.

4.14. MEDALLAS Y CRUCES

Por eso le concedieron una medalla al mérito religioso y le hicieron un homenaje para su imposición en el **Salón Victoria**, y en verdad que se lo tenía merecido. La labor ingente que había desarrollado a lo largo de su vida fue gigantesca. A eso sumaba la **Adoración Nocturna** para hombres. Todos los sábados del mes, se juntaban en la sacristía los adoradores y se establecían turnos por parejas delante del sagrario de la capilla de **Jesús Nazareno**. Mientras esperabas turno de adoración, estabas de charla con los amigos o durmiendo en unos camastros muy usados. Hasta que a las seis de la mañana, se celebraba la santa misa, se comulgaba y nos íbamos a desayunar tejeringos. Después, a descansar a la cama, hasta las dos o las tres.

El día de su entierro hubo una impresionante manifestación de duelo. Aparte de todos los seminaristas, curas y toda clase de autoridades, acudió el pueblo en masa a decirle el último adiós. En la **Asunción**, se celebraron las exequias, y leyeron el sencillo testamento espiritual. Porque como decía, no tenía bienes materiales. Toda su vida en **Priego**, había vivido en unas dependencias adosadas a la iglesia de **San Francisco**, atendido por unas sobrinas, con una pobreza igual que los frailes del antiguo convento, sin utilizar ninguno de los adelantos técnicos, como la televisión, que el pueblo iba disfrutando y que sospechaba como un instrumento del diablo. A pesar de que el **Concilio Vaticano II**, entre otras cosas, había permitido usar ropas de seglares a los sacerdotes, y así lo hicieron muchos, él seguía, y aconsejaba a sus sacerdotes que usaran la sotana. Así que cuando casi todos empezaron a usar una especie de "cleriman", él continuaba atado a su sotana. En la actualidad, sólo un cura, luce sotana de los cinco sacerdotes que tiene **Priego**. Dice que a él lo hicieron clérigo de negro, y no se viste de paisano. Se ve como un anacronismo pintoresco, ensotonado, ya sea invierno o verano.

Con el desarrollo económico, germinó una nueva mentalidad en el pueblo y ya no eran tantos los seminaristas y menos las vocaciones, así como las ayudas que recibía. Otro sacerdote de los suyos, **Manuel García**, continuó la obra, pero los tiempos ya eran otros, los supuestos sociales muy distintos a los del gran auge. Desaparecieron todos los aspirantes. Igual que muchos de los sacerdotes. Desde el 1963 empezaron a dejar la sotana y casarse, con dispensa papal o sin ella, la mayoría por lo civil, aunque su deseo era por la iglesia a la que pertenecían. El número exacto de los abandonos no lo sé, pero su cifra es muy elevada, quizás la mitad de los ordenados sacerdotes. Esto llenó de pesadumbre a **Donágel** que veía como se desmoronaba su obra de toda la vida.

Sus restos reposan en la capilla de **Jesús Nazareno**, gesto romántico de los que lo quieren todavía para que esté cerca de la imagen ante la que tanto oró.

Capítulo V

Apuntes familiares

- 5.1. Mis padres.
- 5.2. Una larga familia.
- 5.3. Mi hermano, el mayor.
- 5.4. La primera misa.
- 5.5. El banquetazo.
- 5.6. Otros hermanos mayores.
- 5.7. Apariciones.
- 5.8. Los más pequeños.
- 5.9. De "Pucherico" a "Medio melón".
- 5.10. La Haza la Villa.
- 5.11. Cómo perdí "el Bejarano" de mis apellidos
- 5.12. Mis abuelos en la poesía.
- 5.13. Lejos del barrio.

5.1. MIS PADRES

Juan Antonio Alcalá-Bejarano Mendoza y Concepción Ortiz Serrano fueron mis padres. Habían nacido en 1905 y 1908 respectivamente. Los dos morirían sin llegar a los ochenta años de edad, primero mi padre, y años más tarde, mi madre. Mi padre trabajó como tintorero y luego ascendería a mecánico en la fábrica de tejidos de los **hermanos Cano**, instalada donde actualmente está el **Centro Médico**. Después de la jubilación de nuestro compadre **Francisco Lamparero** era el responsable encargado del funcionamiento de todas las máquinas. Contra maestre se llamaba entonces el cargo. Mis hermanas **Rosario** y **Amelia** se emplearon pronto en la misma fábrica, y más tarde lo haría mi hermano **José Tomás**. Allí, estuvieron trabajando los cuatro hasta que a comienzos de la década de los 60, se inició la gran crisis de la industria textil prieguense. Con el cierre de su fábrica, se empezó el ciclo de la desaparición de los telares. Los métodos de producción, maquinaria, los fabricados "patenes" y lonas se habían quedado obsoletos por lo que los beneficios eran escasos. Y ante ganancias nulas, las empresas resbalan.

Aparte de esto, mi padre llenó sus horas libres con innumerables oficios y ocupaciones, con los que obtenía algunos reales extras para ayudar a la paga, siempre insuficiente con el fin de sacar adelante a una prole de ocho hijos. Por los años cuarenta, trabajó por las noches como empleado en el **Salón Victoria**, de donde le despidieron por pedir en el sindicato los derechos laborales que le correspondían. Lo gracioso fue que a los otros empleados se los dieron, y a él, por haber sido el promotor de la reivindicación, le negaron hasta el empleo extra. Quizás por esto, cuando fui creciendo, muchos días me ponía en la puerta del cine, me hacía el remolón y el portero, amigo de mi padre y agradecido, me dejaba entrar. De esta forma, hasta que ya fui mayor, entré muchos días gratis al espectáculo más grande jamás conocido.

Después de esto, daba crédito "*a la perra*" para que sus clientes se compraran ropa. Llegaban a mi casa los parroquianos y solicitaban un préstamo, obtenido éste, mi padre le extendía un recibo por la cantidad concedida con el que se llegaban a **Tejidos Ortiz** y retiraban su cantidad en tejidos. Después, mi padre con un bloque de fichas de ocho dedos de grueso, iba todos los domingos casa por casa cobrando el préstamo. Dos reales, una peseta, un duro, diez pesetas, según la época. Muchas personas, ni esto podían pagar. Después a mi padre, la daban un tanto por ciento sobre las ventas concedidas. Mi hermano **Tomás** se encargó muchos domingos de hacer el recorrido, y en alguna ocasión lo hice yo, para ir desapareciendo esta línea de crédito llamada la dita, pues la tienda, al mejorar la fiabilidad del cliente, era ella la que daba fiado, aunque también mucha gente ya no veía bien que llegaran todos los domingos a sus casas a cobrarle "*la perra*". Así llamada esta forma en el pueblo, porque indudablemente al principio, se cobraría una perra gorda (diez céntimos.)

Cuando llegaba la feria del ganado, muchos años, junto a otro socio, instalaba una caseta en la que se vendían vinos y licores. Como el comercio se ve que le gustaba bastante, en los veranos compraba camiones de melones y

sandías y delante de la plaza de **San Pedro** se instalaba la venta. No sólo de él, sino de otros vendedores se veían inmensos montones de estas frutas que se daban a prueba y junto a ellos, por las noches, había que dormir para guardarlas de los pillos. Así, durante los dos meses que duraba la campaña de ventas. Cuando cerraron la fábrica de tejidos, puso un puesto de verduras, pero ya dentro de la plaza de abastos, regentado por él y por mis hermanos mayores. Lo mantuvieron unos años hasta que por fin lo quitaron. Además, hizo de labrador, llevando la **Haza la Villa** que antes cultivaba su padre. Más tarde, ya jubilado, laboró a medias con su propietario **Joaquín Aguilera**, una huerta por la **Puerta Granada** donde obtenía las habas más tempranas del término. Se las puso a **Jesús Nazareno** durante muchos años para que las llevara al **Calvario** el Viernes Santo. Muchas tardes, cuando estaban en sazón, mi mujer y yo, entonces mi novia, fuimos a pasear por la huerta y comer las frescas habas recién cogidas de las matas. Con pan y aceite, y de la mata a la boca, están riquísimas. El que lo ha probado lo sabe.

Paralelamente a esta actividad, en casa siempre estaba criando animales, como ya dijimos, bien para su explotación o bien porque le gustaba su compañía. Primero fueron conejos para el gasto o para su venta, cerdos que a veces se vendían, a los que había que subir **La Cuesta**, empujándoles porque no podían con su humanidad, y a veces se mataban; cabras para beber su leche o incluso alguna que otra oveja, como una con modos de toro que me tiró al suelo varias veces con sus embestidas. Ya jubilado, le dio por los colorines (ruiseñores.) Con puestos de liria, salía muchísimos días al amanecer en busca de la caza de pájaros. Cuando se le daba bien el día, volvía con cincuenta o sesenta metidos a montones en las pequeñas jaulas. Después, tenía entretenimiento durante el día para cuidar la ristra de pájaros colgados en la pared y se tiraba las horas muertas escuchándolos para seleccionar a los mejores silbadores que serían los que después usaría en la caza como reclamo. Cuando ya las piernas no le funcionaban, muchos días, por la tarde, porque nunca he sido madrugador, cogía el coche y en compañía de mi mujer nos íbamos los tres y poníamos el puesto. Si caía alguno, nosotros corríamos para cogerlo.

Mi padre se distinguió siempre como un gran activista sindical y preocupado en grado sumo por el problema obrero. No era hombre de lecturas, porque escribía y leía de una forma balbuciente, pero esta deficiencia en su formación la suplía con un coraje inaudito, una claridad de conceptos y un espíritu de lucha que no le decayó durante toda su vida. En la familia, por esta razón, causó muchas molestias. Fue enlace sindical repetidas veces porque siempre que había elecciones y se presentaba salía electo. Las voces, cuando existen las sordinas, lo pasan muy mal. Los patronos de todas las fábricas de **Priego** le guardaban las distancias, y en una ocasión, un alcalde fascista lo metió varios días en el **Cuartillo**, por haber defendido los derechos de los trabajadores en los contratos fraudulentos que les hacían sus patronos. Durante al **Guerra Civil**, por estar ya licenciado, no llegó su quinta al reclutamiento, pero sí tuvo problemas con los partidos de derechas, solucionados afortunadamente sin derramamientos de sangre, gracias a las presiones de personas influyentes. Entre los obreros tenía fama de luchador incansable, y en mi casa era frecuente ver a muchos en busca de ayuda para solucionar los problemas de sus puestos de trabajo. Desde luego, era un líder nato, de ideas socialistas y agnóstico, aunque a sus hijos nunca los impulsó a ninguna tendencia, ni les obligó a que siguieran sus ideas políticas o religiosas. De lo que sí siempre hablaba era de la injusticia social, y de lo mal que

vivían los obreros, mientras los patronos acumulaban riquezas.

Mi madre, sin embargo, era el clásico modelo de mujer buena dedicada a la casa y al cuidado de sus hijos. Había hecho una abstracción de su persona y toda su vida la dedicó al cuidado de sus otras vidas, representadas en su descendencia. Para ellos y para la casa vivió. En la época en que se crió, la mayoría de las mujeres no asistieron a la escuela por lo que creció sin educación alguna. Recién acabada mi carrera, le di algunas clases que le sirvieron para leer y escribir de una forma balbuciente. El mayor contraste con su formación, lo puso su hijo mayor que es catedrático en una universidad americana. Quien se lo iba a decir a ella. Apenas si se salía entonces, como ahora se ven los matrimonios paseando juntos, a una que otra fiesta religiosa o a algún acontecimiento familiar. Muchas veces, nosotros le recriminábamos el poco tiempo que se dedicaba, pues desde que se levantaba hasta que se dormía era un constante trajinar. Porque entonces, las faenas domésticas eran más laboriosas que ahora, al no existir tanto electrodoméstico, hada del hogar y varita mágica para hacer los aburridos trabajos caseros.

Con la religión del pueblo, fue mucho menos practicante que su madre, pero no dejó de cumplir con los principales preceptos cuando sus obligaciones la liberaban.

5.2. UNA LARGA FAMILIA²

A quien Dios no le da hijos, dice el refrán que le da sobrinos. Por ahora, según el último balance, tengo: **Lisa** (de mi hermano **Francisco** y **Helen Stone**, americana ella); **Antonio** y **Mari Carmen** (de mi hermano **Tomás** y **Araceli Sánchez**, residentes en Cornellá de Barcelona); **José Manuel** y **Rosi** (de mi hermana **Rosario** y **Manuel Alcalá**); **María de las Virtudes** y **Juan Manuel** (de mi hermana **Amelia** y **José Serrano**); **Antonio** y **Enrique** (de mi hermana **Carmen** y **Antonio Morales**); **Rocío**, **Antonio** y **Rafael** (de mi hermano **Juan** y **Dolores Romero**); y, **Rubén**, **Mario** y **Rita** (de mi hermana **Rita** y **Francisco Montes**.) De todos estos hermanos, sólo los dos últimos creo, como posible, que puedan tener más hijos aún, porque son los más jóvenes. A los otros, les pasó (nos pasó) ya el tiempo de gallina llueca y gallo pisador con provecho. En total, quince sobrinos, suficientes para que perpetúen el apellido familiar. Si se compara, no son muchos para ocho hermanos. No salimos de media ni a dos por cabeza. Un índice que está dentro del nivel nacional. Todo esto referente a la sangre de mi sangre.

Mi mujer, por su parte, tiene: **Esther** y **Pilar** (mellizas), **José Ramón** y **Cayetano** (de su hermana **Francisca** y **Cayetano Peláez**); **Carmelo**, **Manuel** e **Inmaculada** (de su hermanastra **Inmaculada** y **Manuel Molina**.) Su otro hermanastro, **José Antonio**, se casó en octubre del año pasado (1989) con **Pilar Fernández Valverde**, biznieta de **Carlos Valverde López**, y por ahora se distraen por las noches con Antonio y Paulina, sus dos primeros hijos. Excepto la

²Tomamos a finales de agosto de 1991 como fecha de cierre de este balance familiar.

primera, de la que pienso que no tendrá más hijos, todos los demás cuñados están en tiempo de visitar la sala de maternidad en calidad de cooperadores para el aumento del índice demográfico. Son nueve sobrinos por esta parte, que sumados a los quince anteriores, hacen un total de veinticuatro. A esta familia directa, he de sumarle los padres de mi mujer: **José Molina Sánchez** y **Matilde Fernández**, su madrastra, puesto que su madre se murió siendo ella pequeña. Se llamaba **Leonor Cobo Carrillo** y era de **Almedinilla**, como toda su familia.

Ésta es mi familia más cercana. No especifico la numerosa cantidad de tíos, primos hermanos y descendientes de éstos, porque la relación ocuparía varias páginas y me perdería en un mare mágnum de nombres. Habría que hacer un árbol genealógico para el apéndice. Aunque si se confeccionara completo, más que un árbol de frondosas ramas, sería un bosque de numerosas astas.

A todos ellos, hay que añadirle tres nuevos brotes que vienen a ser como una cuarta generación: mis sobrinos-nietos. Cuando me dijeron por primera vez tío-abuelo, la palabra compuesta vibró juguetona en uno de mis tímpanos, hasta que por fin decidió marchar a mi lóbulo cerebral para que me diera cuenta cabal del significado. Era hijo de uno de mis sobrinos, aquellos tiernos bebés que yo había tenido en los brazos y que había jugueteado con ellos conforme se iban haciendo grandes, y a quienes tantas veces había quitado con un improvisado pañuelo los verdes mocos de sus narices diminutas e incipientes. Ahora, ellos mismos, tenían hijos y a mí me hacían *tío-abuelo*. Abrí los ojos, y otra parte de mi cerebro me dijo que mi tiempo se había dilatado y en él cabían nuevos lexemas, algunos compuestos como el que nos ocupa. Si cuando fui por primera vez tío, (por haber tenido un sobrino, no por otra razón), me sentí orgulloso y una persona mayor, pues ya podía alardear de mi edad, en esta ocasión, me alegro por ellos (mis sobrinos, ahora padres), pero la verdad, el título no me ha llenado de orgullo como cuando me convertí en "*chache*". Serán cosas de la edad, y conste que me siento como un chiquillo. (Un poco cansado, eso sí. Aparte de gordo sin exagerar, calvo incipiente, con brillantez canosa y con más patas de gallo que un gallinero antiguo.)

5.3. MI HERMANO, EL MAYOR

El mayor de todos mis hermanos se llama **Francisco**. Vive en **América**, en los famosos **Estados Unidos**. A principio de los años sesenta, más o menos, se casó con una americana, **Helen Stone**, estudiante por entonces en la **Sorbona** de **París**, de la **Francia**, y acabados sus estudios se establecieron en la tierra natal de ella donde encontrarían perspectivas profesionales que aquí en **España**, por aquellos tiempos, eran imposible hallar. **Francisco** es el único de mis hermanos que tiene estudios superiores: licenciado en *Ciencias Sociales* en la universidad de **Comillas**; en *Sicología* en la **Sorbona**; y en *Literatura Española*, con doctorado en la de **Nueva York**. Un currículum sobresaliente. Igual que todas las notas de sus carreras. Es un caso único entre muchos. Un superdotado aprovechado por las circunstancias un poco afortunadas y por su gran capacidad de trabajo. Desde pequeño, fue

captado por el cura **Ángel Carrillo** para el seminario **San Pelagio de Córdoba**. Gracias a esto, se hizo sacerdote, mediada la década de los cincuenta. De otra forma, hoy sería albañil, un empleado del campo o un mecánico textil en el paro, si no estaba jubilado ya de la **Guardia Civil**. Por los años sesenta colgó la sotana y buscó rumbos abiertos a otras formas de vida.

5.4. LA PRIMERA MISA

Esta circunstancia es la que me ha deparado uno de los recuerdos más vivos de mi segunda infancia. El día de su ordenación y de su primera misa. Entonces, la ordenación de un sacerdote de **Cristo** era un gran acontecimiento social, y en el barrio de la **Huerta Palacio** donde vivíamos, un suceso que llenó de orgullo a la numerosa familia y de celos envidiosos a buena parte de los vecinos. La importancia de tener un hijo/hermano cura era una cosa muy grande, y esto por la gran influencia y por el status social que mantenía la iglesia por aquel tiempo. En una familia de pobres tener "*un estudiado*" fue una riqueza muy grande y bastante rara. La única forma de acceder a los estudios era ésta para la inmensa mayoría de paisanos carentes de recursos.

En el "*Wipper Orleans*" de mi tío **Eduardo** se organizó una expedición familiar para ir a **Córdoba** el día de la ordenación. Se tardaba casi cuatro horas en este coche que utilizaba como taxi y del que vivía. Nos hospedamos en una pensión de la que sólo recuerdo que había que subir muchas escaleras para ir a nuestros dormitorios. Al día siguiente, en la **Mezquita**, tuvieron lugar las ordenaciones sacerdotales, llevadas a cabo por el obispo con un altar adornado y con un boato rayano en el más clásico barroco. De la ceremonia, lo más impresionante fue cuando los más de treinta misacantanos se tendieron en el suelo para prometer y recibir por fin las ansiadas órdenes mayores después de doce años de estudio. Los bancos repletos de público pueblerino guardaban un silencio universal y ampliaban sus pupilas con el espectáculo que se les ofrecía. Y acabado el fausto, se hacían sonrisas y besos en su cara, y abrazos y caricias en sus brazos.

La segunda parte del evento se celebraba en **Priego** unos días más tarde. Y por lo que respecta al hecho, tuvo tres partes. Una primera, en la parroquia de la **Asunción**, otra en el **Casino de Priego** y otra en mi casa. Siguiendo la norma de un pueblo ruidoso que tiene que comunicar alegrías, mi padre había encargado unos cohetes que fueron disparados cuando mi hermano hizo su entrada oficial en el pueblo. Quizás con este detalle de los petardos, se pueda evaluar y apreciar la importancia y prestigio que tenía este evento familiar y pueblerino. En la parroquia de la **Asunción**, celebró su primera misa mi hermano. Como así lo hicieron los que le precedieron o le siguieron este año (no sé el orden) que fueron otros dos más: **Joaquín Higuera** y **Francisco Flores**, ambos continúan siendo sacerdotes. Para ésta su primera misa solemne, pues ya había celebrado más misas desde que fue ordenado, se imprimían unas estampas que se repartían como recordatorio al público comulgante. Como hecho notorio, solían concelebrar

la misa al menos otros dos sacerdotes más, actuando uno de ellos como una especie de padrino y haciendo de predicador al mismo tiempo, o pronunciando el discurso de recepción. Se seguían tirando cohetes a la hora de la consagración y todo el público asistente al esplendoroso acto, se acercaba al nuevo sacerdote que, sentado en un sillón traído ex profeso de los salones de plenos del **Excmo. Ayuntamiento**, ofrecía sus blancas manos de estudiante a las largas filas de devotos que se acercaban a besárselas en un acto de reconocimiento por el poder que le habían conferido de consagración. En el presbiterio, se sentaban como invitados preferentes en los mismos tallados sillones, las autoridades municipales con su alcalde a la cabeza, **Manuel Mendoza Carreño**, las eclesiásticas con el Sr. Arcipreste, **Rafael Madueño Canales**, los padrinos Sres. **José Cano Rubio** y su hermana **Trinidad** que hacía de madrina, y era la encargada en el besatorio de manos de limpiarlas con un immaculado pañuelo, cada vez que alguien posaba sus labios sobre ellas, igualmente se sentaba alguna persona importante de la localidad o invitada como un profesor del seminario y además la familia que lucía las mejores galas del domingo y que se mostraban todos muy compuestos y serietos. En mi vida me las había visto más grandes. Sentado en una iglesia tan enorme (estaba acostumbrado a la **ermita de Belén**) en unos sillones que se me hacían torres, yo, rapazuelo del barrio, como si fuera el mismísimo señor obispo o el alcalde. ¡Qué gozada! El sillón de terciopelo rojo se oscurecía ante el orgullo de quien lo aplastaba con sus delgadas posaderas. Pero yo entonces no me di cuenta de este detalle, porque era el detalle mismo.

Al salir del recinto, la flamante bandera, no me acuerdo los motivos ni el color que tenía, -blanca de seda con un cáliz de oro con media hostia emergiendo podría ser quizás- colocada en lo más alto de la torre de la **Asunción**, firmaba el compromiso de uno de sus hijos para con la iglesia. Allí quedaba ondeando con rapidez o lentamente cansada, hasta que se hacía trizas convertida su asta con el paso del tiempo en un delgado palo, especie de apéndice de pararrayos, para ser descolgada al fin cuando necesitaba dejar paso y viento a otra bandera, de otro sacerdote, de otra misa de las otras muchas que se cantaron por estos tiempos, ya otros.

5.5. EL BANQUETAZO

Si esta primera parte había sido grata para el espíritu, las apariencias y el orgullo, los otros dos tercios que restaban, iban a serlo muy gratísimos para el cuerpo y concretamente para el estómago, víscera muy olvidada en aquellos años, o mejor, maltratada con la indiferencia a pesar de que ella siempre se mostraba solícita y echando instancias para ser llenada, aunque fuera con gazpacho. Autoridades de las distintas clases, oficiantes, padrinos, invitados de postín y familia, (de padres y hermanos), ¡qué suerte!, nos dirigimos al **Casino** donde se nos sirvió un surtido almuerzo, en el más hermoso salón de esta institución llamada popularmente "**Casino de los Señores**". El salón de los espejos captó los innumerables platos que allí se

consumieron. ¿Cinco? ¿Seis? No sé, muchos. La fatiga de mi estómago se hizo creciente ante tanto manjar y ante tan desmesurado derroche de comida. Allí me enteré por primera vez de lo que eran *patatas al Jerez* y vinos embotellados, y lo que era asistir a una comida elegante. ¡Qué el aprendizaje está en todos los sitios!

Este hartazgo fue imponente. Hemos de tener en cuenta que la mayoría de las conmemoraciones, sobre todo las bodas, se celebraban de una forma diferente a las de hoy. No solía haber salones especializados con aire climatizado donde camareros de uniforme sirven exquisitos almuerzos y cenas. Los invitados en sillas preparadas al efecto, traídas de la casa del vecino o de la familia, ocupaban todas las dependencias de la casa del novio o de la novia y allí sentados, quietecitos y esperando, iban consumiendo las tapas, dulces y bebidas que se les repartían en riguroso turno, en bandejas, siendo la última, generalmente la llamada rosqueta de la novia. A esto se le llama hoy una cena fría. Muchos invitados, a pesar de ser el menú escaso y poco variado, cogían una que otra tapa o dulce y "*tapados*" con el pañuelo, era transportada, a escondidas, para ser consumida por los otros miembros del clan familiar que no habían ido al ágape. Del comentario del día sobresalía la frase: "*¿Que tal estuvo la boda?*" Todos preguntaban por la abundancia o no del condumio. Hoy, como todos se hartan de comer, la pregunta es obvia. De esta forma, se celebró por la tarde en nuestra casa de los **Molinos 29**, un segundo banquete al que asistieron toda la demás familia, vecinos y amigos, quienes ocuparon la parte baja de la casa, incluido el patio con su alto ciruelo lleno de dorados frutos. Allí se les repartieron, a los alegres invitados, abundancia de entremeses y dulces confeccionados en nuestro domicilio días antes por una mujer pastelera. Tanto familiares como amigos, regalaron al oficiante, devocionarios, escritorios, cuadros y diversos libros, así como regalos en metálico, como si de una boda se tratara. Todos los desembolsos, tanto los de la cena oficial como los de la cena fría en casa, fueron sufragados por los padrinos **Sres. Cano Rubio** que no repararon en gastos y que quedaron muy bien. Ya antes, durante doce años, habían estado dando a **don Angel** una cuota anual para que mi hermano pudiera cursar su carrera eclesial. Mi hermano comentaba más tarde que las comidas se habían hecho a pesar suyo y que ésta no era forma cristiana de celebrar un acontecimiento católico. También quitó muchas esperanzas a la familia, que veía en él una tabla de salvación para la pobre economía familiar. "*Me he hecho cura para vivir el evangelio y cuando no lo sienta lo dejaré*", solía decir cuando volvía de **Comillas** o de **Madrid**, adonde había ido a estudiar. Y así lo hizo. Colgó los hábitos. No sé en qué percha, pero un día apareció por aquí con **Helen Stone**, y comunicó a todos que había dejado de ser cura. El trauma fue bastante grande para la familia, porque a escala social este panorama entonces estaba muy mal visto. Después que él, en **Priego** se saldrían del sacerdocio muchos más. Pero ésta es ya otra historia.

Este hermano, al ser bastante mayor que yo, (casi diez años), influyó mucho en mi personalidad, a pesar de que sus estancias en casa se resumían en unos pocos veranos porque siempre estaba fuera. Era adorado por todos, ya por su inteligencia, ya por su trabajo. Incluso las comidas mejoraban un poco cuando venía de vacaciones. Me ayudaba en mis estudios los veranos, y gracias a él que me compró los libros y que durante dos años me pagó el recibo de la *Academia del Espíritu Santo*, pude hacer por libre la carrera de **Magisterio** de la que vivo y seguiré viviendo si llego a jubilarme.

5.6. OTROS HERMANOS MAYORES

A Francisco le seguía José Tomás. El primero había recibido el nombre del padrino, **Francisco Lamparero**, siguiendo una costumbre secular, y el segundo, el del abuelo paterno a quien llegué a conocer, pero se murió cuando yo era aún un chavalote, por lo que los recuerdos que guardo de él, se me diluyen en mi memoria. Le dio *aire*, muy mayor, y ya no se volvió a levantar más de la cama. De esta forma acabó.

Tomás no estudió. A pesar de todo, tiene una cultura apreciable porque no para de leer y está interesado por cualquier tema cultural. Me acuerdo de la gran alegría que me dio un día cuando me llevó a la escuela para hacernos una fotografía juntos, sentados en un pupitre escolar delante de un mapa. Es una fotografía inaudita de entre las escasas que conservo de esta época, pues está pintada de colores. Se nos ve sanotes y vestidos con unos jerséis de borra muy populares entonces y con un libro entre las manos, que nos dejaba el maestro para la ocasión. La llegada de estos retratistas a la escuela era todo un acontecimiento. No se daba clase y todos los escolares iban pasando uno tras otro para hacerse la foto. Una vez hechos los retratos, los fotógrafos iban por las casas vendiendo el producto que nadie había solicitado. Casi todos se quedaban con él, aunque había muchos que los industriales tenían que comérselos. Además de esta foto, tengo otra ya con diez años, esta vez acompañado por mi hermana menor, **Carmela**. Se ve que a la hora de la foto, se aprovechaba la ocasión para sacar a los menores. La primera se hizo en la calle **Solana** o **Ramírez** y la segunda, en el grupo escolar *Jesús Nazareno* de la **Huerta Palacio**, hoy derruido completamente.

Mi hermano **Tomás** desde pequeño estuvo trabajando con los albañiles, después de buscar mis padres una recomendación entre los contratistas. Otras veces, trabajaba en el molino aceitero de los **Cano** que tenían en la misma fábrica de tejidos, situada en los pisos que hoy existen delante de colegio marista **San José**, como ya dije. Con los ahorros de la campaña, un año se compró una pelliza y un traje nuevo con el que creo que se echó novia, su actual mujer, **Araceli Sánchez**. Este traje causó un drama familiar porque mi hermano se metió con él a llevar a **Jesús** un Viernes Santo. Tuvieron que llevarlo al tinte y gastarse unos buenos dineros para ponerlo otra vez en condiciones. Más tarde, se empleó como mecánico en la misma fábrica que trabajaba mi padre y en la que ya lo hacían mis hermanas mayores **Rosario** como urdidora y **Amelia** como hiladora-tejedora. Allí estuvieron colocados todos, hasta principios de los años sesenta hasta que se inició la gran crisis textil, empezando ésta para nuestra desgracia por la **fábrica de los Canos** donde toda la familia trabajaba. Aunque cobraron varios años el paro, el quedarse sin trabajo fue un desastre catastrófico. **Tomás**, ya casado, emigró a **Alemania**, y más tarde se estableció en **Barcelona**, siguiendo la ola de emigración que se estaba produciendo por estos años. Allí, al abrigo de nuestra familia, **los García**, se estableció y vive con sus hijos y nietos. Él, sus hijos y mi hermano **Francisco** han comprado la casa familiar de **Horno Acequia, 8**, donde pasan algunas vacaciones y semanas santas.

A estos dos hermanos varones le siguen dos mujeres: **Rosario** y **Amelia**.

Su instrucción, siguiendo el baremo de la época, deja mucho que desear. **Rosario** apenas asistió unos años a la escuela, entonces abarrotadas de niñas, en la que aprendió lo más elemental para ir tirando. Más tarde, yo le daría algunas clases de cultura general que aprendía con rapidez pues es muy inteligente. Desde pequeña, se dedicó a las tareas de la casa, sobre todo ayudando a la familia, llena de niños. A mí me tuvo muchos días en brazos y era la que me daba largos paseos, pues entonces el coche infantil era un sueño de revista usado por muy pocas personas. Las mujeres que salían a pasear, nunca iban solas, llevaban a los bebés liados en lindas tocas y paños sobre los brazos. Y así con estos paquetes en las manos, se las veía andar de un lado para otro. El hecho de pasearlos en cochecitos es relativamente actual. Hace unas décadas, los brazos femeninos se declararon en una huelga de celo y tendieron a sus hijos sobre los cochecitos "*Jané*", marca que se puso de moda. Una forma parecida ha pasado con la alimentación de la infancia. La lactancia basada en la leche materna ha desaparecido casi totalmente. Era muy frecuente ver a las mamás con su niño en brazos y a la hora que le tocaba sacar un abultado pecho que acercaba a su hijo y éste empezaba a mamar con fruición hasta su hartura. Muchas veces, se le cambiaba de teta durante la mamada para compensar los pechos.

Rosario trabajó varias temporadas en la recogida de aceituna y más tarde se colocó en los **Canos** como urdidora, según hemos dicho antes. Este oficio era uno de los más difíciles en la fábrica y los empresarios solían solicitar mucho a estas profesionales. Por esta razón, ella se sentía muy orgullosa de haberlo aprendido. Se lo enseñó **Soledad Luque**, la urdidora más veterana de la fábrica, quien tenía mucha amistad con mi padre. Lo estimaba en grado sumo, porque los dos tenían una gran inquietud social y siempre estaban luchando por los derechos de los trabajadores. Del total de mujeres de la fábrica, ella sobresalía por su gran sentido crítico. Cuando se jubiló, se fue a vivir al **Torrejón** y como en esta misma calle vivían mis suegros, a quienes yo visitaba, era frecuente que me la encontrara y siempre me recordaba los tiempos de la fábrica e invariablemente me hablaba de mi padre, ya muerto, del que decía que era un hombre de cojones. La lucha social la tenía incrustada en su alma, y aunque su cuerpo era ya viejo, su espíritu seguía siendo combatiente. En mis investigaciones, descubrí que allá por los años 1941 y 1942 trabajó como primera actriz aficionada en las obras de teatro que escribió y montó **Manuel Muñoz Jurado** (*Morenico*.) Hizo de **Matilde** en *Vicentillo el carbonero*, y de **Consuelo** en *Tres desgracias con suerte*.

5.7. APARICIONES

El espíritu mágico-religioso de los años cuarenta y cincuenta me hizo vivir una anécdota muy original con estas dos hermanas mayores, especialmente con **Rosario**, que al ser mayor y tener una personalidad más acusada, arrastraba a los demás hermanos pequeños. Se corrió la voz de que en **Iznájar (Córdoba)** se le aparecía la **Virgen** a una niña. **Iznájar** está a unos treinta kilómetros de **Priego**, pero la carretera que nos une es infernal, estrecha, con cuestas empinadas y con curvas casi en espiral. Lo peor

que despachan, aunque de esta clase tan especial no suelen fabricarla ya y por mucho que se busque en nuestra geografía y por esos mundos de Dios es muy difícil encontrarla de esta guisa. Hace pareja con la que nos separa de **Algarinejo**. Hoy se pasa cerca del pueblo de **Iznájar**, camino de **Málaga**, aunque son cada vez más los viajeros que toman la carretera de **Lucena** y siguen hasta **Antequera**, a fin de evitar ese desastre de vía. A pesar de estas malas comunicaciones, o debido a ellas, la fama de los milagros se fue extendiendo por todo el pueblo. Se llegaron a organizar expediciones en los días señalados para ver el hecho portentoso de la aparición de la **Virgen** a una niña casi paisana. Éstas se hacían en los cajones de los desvencijados camiones que entonces circulaban por estas carreteras de tortura. El camión se cargaba con una apretada multitud que viajaba de pie, cogida al cajón, la cabina o unos a otros y tambaleándose como bolos de un lado para otro en cada curva, a pesar de que la velocidad, debido a la carretera y a la estructura del automóvil, era reducida. No llegué a disfrutar de este encanto de viaje, pero sí lo hizo varias veces mi hermana **Rosario** quien estaba entusiasmada con este hecho tan portentoso y que como un bálsamo para la piel aliviaba fatigas y penurias. A pesar de estos inconvenientes, era un privilegio hacer el trayecto y una aventura para contar a los vecinos, con lo cual se hacían más prosélitos que llenarían más cajones de camión.

Cuando se carecía de dineros para hacer el viaje, o quizás debido a la cercanía, los devotos subían al **Calvario**, creyendo que llegarían a ver fulgores divinos. Esto sí lo hice varias veces. Por las tardes, formábamos pequeños grupos en el barrio y de esta forma gregaria subíamos hasta la cumbre del **Gólgota**. Y allí, en vez de levantar los hornazos para que nos los bendijera **Jesús Nazareno** como el **Viernes Santo**, alzábamos los ojos al cielo ya oscurecido y escudriñábamos los astros intentando ver en el firmamento una señal que nos mostrara lo que posiblemente estaba sucediendo unos kilómetros más lejos. Mientras tanto, la **Tiñosa** permanecía iluminada por la Luna y las estrellas, y de vez en cuando, un meteorito despistado encendía su luz de fuego al entrar en la atmósfera terrestre con lo que ponía una nota diferente al continuo titilar de las estrellas y demás cuerpos astrales. Muchas personas decían que habían visto una estela que atribuían a las huellas que dejaba la **Virgen** en su camino a **Iznájar**. Aunque sospecho que lo observado sería el llamado **Camino de Santiago**, ahora atribuido a la **Virgen**.

A la vidente en cuestión, llegué a verla en mi barrio, pues vino unos días invitada por una familia de mi calle la cual tenía un hijo paralítico. Le daría bastantes ánimos a la desgraciada parentela, ya que muy pocas personas han tenido como invitados a una vidente directa de la **Virgen**. La recomendación para el milagro se prometía de primera mano. A pesar de esto, no se produjo la curación y el muchacho permaneció así toda su vida, hasta que después de casado, murió a la edad de unos cuarenta años.

Aparte del encanto de estas noches estrelladas, con ser extraordinario, no vi nada más. Así se lo hice saber a mi hermana, y poco a poco toda la gente se fue dando cuenta que lo que veían en el cielo eran los fenómenos normales ya descritos por los astrónomos sumerios hace miles de años. Con lo que dejaron de subir a la montaña. Y con el entusiasmo apagado, se fue extinguendo también el fervor de esta aparición que para desgracia de la zona, ahora llamada **Subbética**, no se hizo famosa como la de **Fátima** y **Lourdes**, siendo pues una más de las muchas que se produjeron y se producen a lo largo de nuestra historia en todas

las épocas y lugares.

Mi otra hermana **Amelia**, la que va por delante de mí en el orden de nacimiento, trabajó de pequeña en la recogida de aceituna, formando cuadrilla con otras trabajadoras temporales del barrio. En las madrugadas de los gélidos días del invierno, se la veía salir de la casa enfundada en unos calzones viejos de mi padre, con unas botas usadas y con pañuelo a la cabeza, llevando su pequeño hatillo formado por una espuerta de esparto y una talega con el almuerzo. El camino de ida y vuelta se hacía a pie, y como todavía no habían aparecido los faldones para recoger la aceituna, ésta se cogía, -tirados materialmente en el suelo, hincados de rodillas como si se estuviese orando-, una a una entre los terrones del terreno. Con el escaso sueldo, remediaba un poco sus necesidades y las infinitas de una familia tan numerosa. Más tarde, se empleó en la fábrica textil, y allí estuvo trabajando hasta que la cerraron. De todos los hermanos es la que tiene mejor voz y por ello podría hacer un buen papel en cualquier coral polifónica, incluso como solista si se hubiese educado un poco. Esto y su buena memoria, hizo que llevara la voz cantante en las reuniones y en las fiestas del barrio. **Amelia** era la animadora por antonomasia. Donde estaba ella había cante asegurado para varias horas. Tanto es así, que con frecuencia cogía unas faringitis de órdago que la dejaban sin voz unos pocos días, pero esto no la amedrentaba para seguir con su afición cantora una vez que se recuperaba. Era lindo verla, de una forma incesante, entonar coplas mientras se *mostricaban* mazorcas de maíz, en la puerta de la **ermita de Belén** haciendo *rincoros* o en el coro del barrio.

5.8. LOS MÁS PEQUEÑOS

El quinto de los hermanos soy yo. Y aunque dicen que no hay quinto malo, esta vez el dicho popular se equivocó. Me siguen **Carmela**, **Juan Antonio** y **Rita**. Con lo que hacemos ocho, total de hermanos vivos. Seis seguimos viviendo en **Priego** y los dos mayores fuera de estas tierras, uno, en **América** de profesor en la **Universidad de Massachussetts**, en una ciudad llamada **Worcester**, y otro, en **Cornellá**, ahora trabajando como paleta autónomo a domicilio, aunque unos dolores de rodilla son los causantes de que esté dado de baja casi constantemente. Otro que trabaja autónomo es **Juan Antonio**, *Nono*, como lo llaman mucha gente. De los hermanos menores, éste es el que más ha crecido y el que más problemas me ha dado. Creo que también a mis padres. Ha crecido más, porque cuando se estaba criando comió casi todo lo necesario que el cuerpo necesita para poder dar de sí. Los años de su crecimiento fueron muy diferentes a los que se criaron mis hermanos mayores; la economía, tanto del país como la nuestra en particular, había cambiado para bien afortunadamente. Aunque no llegó a crecer como los chicos actuales, sí nos superó unos centímetros a toda la zaga, con lo que nos demostró sin proponérselo que cuando se traga lo debido se crece lo programado por los genes.

Éste es el tercero que inició el bachiller. Estudió hasta tercero en el

Instituto Fernando III el Santo, donde yo hice hasta quinto. Pero se le atragantaron los libros y algunos profesores. La verdad es que faltaba mucho a clase siendo las quejas del profesorado constantes. Yo mismo me afanaba para que estudiase y le di una que otra clase para que siguiera adelante, pero todos los esfuerzos fueron infructuosos. Acabó abandonando los estudios. Fue una pena, porque aparte de tener capacidad, la familia estaba en disposición de ayudarle sin los agobios con que habíamos estudiado dos de los hermanos. Cuando hablamos, siempre se queja del hecho de haber dejado los estudios. Dice que no debíamos haber permitido que los abandonase y que lo debían haber matado a palos. Algunos de ellos, sí que llevó por su comportamiento y pillería, lo que pasa es que como es sonámbulo redimido no se acuerda. Esto de sonámbulo era un defecto que tenía cuando era pequeño. Como lo acostaban más pronto debido a su edad, no era rara la noche que aparecía por la sala y allí solía despertar sin haberse dado cuenta que había dejado la cama y bajado las escaleras. Ahora se afana porque sus hijos estudien y saquen todos sus cursos. En la E.G.B. (Educación General Básica) no le ha ido mal a su hijo mayor. Esperamos que no se malee, como su padre. **Juan** se empleó como aprendiz de ebanista con **Francisco Alcalá Aguilera** y cuando éste quitó el negocio se puso de socio en una cooperativa de la madera que llegaron incluso a comprar la casa donde trabajaban en la calle **Santa Ana**, precisamente la que tiene el famoso arco. Era un grupo de tallistas, ebanistas y diseñadores que vendían todo lo que producían, hecho de una forma artesanal. Mi dormitorio y mi comedor me lo hicieron ellos, y todavía están como el primer día. Quizás, el no haberse adaptado a los medios modernos de producción en cadena fue una de las causas de su desaparición, aparte de que aquí en **Priego**, pocas cosas funcionan bien si no tienen un santo para sacarlo en procesión. Después, se estableció por su cuenta, con uno de sus antiguos socios de la Cooperativa. Se ha especializado en la colocación de puertas y ventanas en los pisos de nueva construcción, y de esta forma va tirando como buenamente puede, sin hacerse rico como él dice, pues ninguno de los hermanos hemos servido para estas cosas de la riqueza.

Mis otras dos hermanas, **Carmen** y **Rita**, tampoco estudiaron como las mayores. Entonces, los centros de enseñanza media que había eran la **Academia del Espíritu Santo**, una institución libre y por tanto de pago, regentada por maestros que llevaba a sus alumnos a examinarse al **Instituto de Cabra** y el citado **Instituto Laboral**, sólo para estudiantes varones. Ellas, siguiendo la tradición de que las mujeres con la pata rota y en la cocina y de mayores lo que tienen que hacer es casarse, aprendieron labores propias de su sexo. A **Carmela** se la enseñó a bordar. Ella sabe los cientos de puntos que tiene un bodoque o una flor. Incluso antes de casarse, iba a las casas de familias un poco acomodadas y les bordada a mano el ajuar de la hija casamentera. Después, se casó con un empleado del comercio quien acabaría comprando la tienda y así siguen en la calle **Málaga**, mientras educan en **Granada** a sus hijos, únicos sobrinos de **Priego** que hasta ahora cursan carreras universitarias. **Lisa**, la sobrina americana, ha acabado este año la suya, y mi sobrino **Antonio**, el hijo de **Tomás**, hace ya muchos años que terminó *Pedagogía*.

Por su parte, **Rita**, la benjamina, aprendió costura en el célebre **taller de Pilar** (no me acuerdo sus apellidos, le pido perdón) situado en la calle **Real**. Allí, durante muchos años iban las aprendizas a dejarse los ojos. Empezaban quitando hilillos y haciendo la faena fácil, hasta que si eras lista aprendías por ósmosis más que por programación a cortar vestidos y confeccionarlos, ayudada por primitivas

máquinas de coser, y puntada tras puntada, en interminables horas de trabajo. Se entraba sin cobrar nada, la ganancia estipulada era el aprendizaje que le serviría para establecerse cuando fuera mayor. Aunque las aprendizas mayores que ya se defendían con un vestido, solían recibir un poco sueldo, entonces mísero y diminuto, porque era poco lo que se cobraba por una prenda y el trabajo de costurera estaba por los suelos. Hoy, aparte de su casa, lleva un pequeño establecimiento de confección. La poca modernización de sus métodos de trabajo hace que tampoco saque cabeza del todo. Ha intentado cambiar, pero tantos años haciendo lo mismo crean carácter y naturaleza.

5.9. DE PUCHERICO A MEDIOMELON

Mis abuelos maternos, **Enrique Ortiz y Francisca Serrano**,- por este abuelo me dieron a mí el nombre- vivían en la calle Belén, número 9. Por la parte derecha, según se mira la fachada de la casa, lindaban con la **ermita de Belén** a la que incluso le habían cedido, según me contaron, unos metros de espacio para hacer el camarín de la **Virgen**. Este abuelo tenía en un pie seis dedos, una anomalía muy rara que por ahora no ha heredado ningún descendiente. Cuando le veíamos lavarse los pies, acudíamos los espantados nietos y empezábamos a contarle los dedos una y mil veces sin salir de nuestro asombro. Este abuelo fue vendiendo el poco patrimonio que tenía de viñas y olivos, y comiéndoselo poco a poco. De tal forma, que al morir se sólo quedaba la casa. Trabajaba también, a veces, en un primitivo taller de cerámica, situado en el **Rigüelo**, haciendo diferentes cacharros de barro que después cocía él mismo. Como un sueño recuerdo las veces que le acompañaba y lo veía darle a la rueda con el pie, observando como con sucesivos apretones al húmedo barro iba tomando la forma de la figura deseaba. No lo hacía del todo mal, pues era un buen artesano. Por este oficio de herencia familiar, la suya recibió el apodo de "**Puchericos**" que no hemos heredado nosotros, ya que nos han dado el de mi abuela, mucho más expresivo, como a continuación vamos a ver. Ha sido una lástima que esta tradición artesanal de siglos se extinguiera en **Priego**. Podría ser un incentivo, aparte que industrial, turístico que daría vida al pueblo.

Mi abuela **Francisca** era la bondad personificada. Llevaba a todo el clan familiar para adelante, ayudando siempre hasta el límite de sus posibilidades económicas y humanas. Uno de sus mayores goces fue ver como mi hermano se hizo cura. Para ella, una de las cosas más importantes de la vida. Tenía bien reputada fama de beata. Pero no sólo era de rezo, pues todos sus actos estaban encaminados al bien de los suyos a los que se dedicaba en cuerpo y alma. Era su costumbre rezar el rosario todos los días a la hora de caer el sol y como tenía muchos hijos y nietos, solíamos hacer un gran cerco alrededor de la mesa circular y todo el mundo tenía que recitar avemaría tras avemaría. Algunas tardes, ya un poco mayores, mi primo **Antonio** y yo nos escapábamos de este deber obligado con el que nos martirizaba la abuela, aunque después nos perdiésemos la golosina que muchas veces nos daba. Cuando regresábamos, ella nos lo

recriminaba, pero no le hacíamos caso y seguíamos faltando.

Tenía buenas manos para las labores y para las dádivas. No sé de donde lo sacaba, pero siempre se las apañaba para regalar pequeñas cosas, muy útiles, a sus hijos y nietos. Por empezar, la mayoría de ellos vivieron los primeros años de casados con ella. Aunque el casado casa quiere, como entonces no se podía, los recién casados tenían que quedarse a vivir en la casa de la abuela y aguantarse las ganas de vivir solos. Se les instalaba una cama metálica con su cómoda de madera y unas pocas sillas en cualquier habitación que se desalojaba, haciendo a los demás inquilinos en las otras, y ya estaba la vivienda lista para recibir a los contrayentes. Las demás dependencias de la casa eran de uso común. De esta forma, hubo hasta tres familias viviendo a la vez con los abuelos. Mis propios padres, mi tía **Carmen, Amparo, Mercedes** y más tarde **Eduardo** cuando se quedó viudo vivieron en **Belén 9**. Todos ellos fueron con los años y las fatigas, ahorrando unas pesetas para hacerse su propia casa o comprársela. A esta abuela la llamaban la *Mediomelona*. Y así nos siguen llamando a todos los nietos, a pesar de que este asunto de los apodosos está perdiéndose y cada vez se llama más a las personas por su apellido de pila. Según parece, un antepasado mío, mi tatarabuelo si no me equivoco, se llevaba al campo como merienda medio melón. El que se zampaba tan pancho. Y como cualquier circunstancia era aprovechada para divertirse un rato, cada vez que lo veían venir decían sus amigos: "*Ya está aquí el del medio melón*". Pasando rápidamente de poseedor a atributo. Con el tiempo, como el mote es gracioso, y muchas veces acertado, ha permanecido como herencia materna intangible y no inventariable. Y así como la legítima material con la alegría de lo ganado fácil se esfuma con una rapidez de humo, este legado espiritual permanece como los días y las noches hasta no se sabe cuando.

5.10. LA HAZA LA VILLA

Ya unos metros más lejos, pero ya en la calle **Enmedio Huerta Palacio**, vivían mis abuelos paternos, **José Tomás Alcalá Bejarano** y **Encarnación Mendoza**. Como la mayoría de las mujeres de su época, mi abuela se dedicaba a sus labores. A llevar la casa llena de hijos y de nietos. Mi abuelo **José Tomás** era campesino. Pero no propietario. Tenía arrendados varios olivares y huertas, y los cultivaba con su propio esfuerzo. Con lo que le quedaba, después de pagar las rentas, vivía. O malvivía como se hacía en estos tiempos. En sus cuadras tuve la oportunidad de conocer un par de mulas a quienes visitaba frecuentemente, porque me gustaba el aspecto imponente que tenían. Mirándolas desde la distancia de niño, desde los pies hasta el morro, me parecía que medían un kilómetro. Allí estaban en la cuadra plácidamente comiendo la paja que mi abuelo había cultivado. Les tenía aprecio porque ellas fueron algunos veranos causa de mi diversión, incluso muchas veces llevaba invitados a otros chavales para que pudieran disfrutar viendo los dos ejemplares.

Entre las fincas que llevaba mi abuelo, la más bonita era una situada en la **Haza la Villa**. Tenía una extensión aproximada de dos fanegas, en forma de triángulo lindando uno de sus lados con un buen camino de acceso y el otro con el **río Salado**. Como era de riego, la tenía dedicada a huerta y a árboles frutales. Allí saboreé ricos peros, sabrosas camuesas, cerezas con rabo largo, ciruelas de muchas clases, rajadas granadas de exultantes granos y nueces de los gruesos nogales que había a la vera del río. Además, pasé encantadores ratos paseando por la corriente del río cogiendo ranas o pececillos, así como una variada clase de insectos. Hoy con la contaminación, el río viene tan sucio que ha desaparecido toda la fauna y lo que uno desea es alejarse para no respirar los fétidos olores que despiden. El croar de las ranas y las ovas verdes, símbolos de una flora y fauna son ya recuerdos que no se llevó el viento, sino los detergentes y demás productos químicos.

Mi abuelo, en los veranos, con sus propias manos construía una era y allí efectuaba la trilla del trigo, y otras veces la de la cebada, porque para la berza, los garbanzos o las habas, en general las leguminosas, se amontonaban las matas secas y se empezaba a darle palos hasta que soltaban los granos. Para la trilla del verano, unía los dos mulos con los aparejos apropiados y le enganchaba la trilla, una especie de gruesa tabla de como un metro cuadrado de superficie que llevaba incrustadas piedras de pedernal, preparadas por el artesano con filos muy cortantes para que cumplieran bien su misión. Ahora caigo que son los restos de la edad de piedra, porque más tarde vi trillos formados por varios ejes unidos con ruedas dentadas de acero a los que se sobreponía una plataforma para colocar la silla del trillador. En esta especie de trineo se subía uno de pie, cogía las riendas de los animales y un rústico látigo para espolear a los bichos y se empezaban a dar innumerables vueltas de tiovivo sobre el trigo en su caña que previamente se había extendido. Yo nunca llevé solo la trilla. Lo único que disfrutaba era cuando mi abuelo me permitía que me subiera de pie, detrás de él agarrado a su cintura y otras veces delante, empezaba a dar vueltas, sintiendo bajo mis pies como la tabla iba deslizándose con suaves altibajos sobre el trigo. Cuando estaba todo a punto, se dejaba descansar a los animales para que carearan los rastros, y con escobones de espino, de mimbre, de membrillo o de álamo atados con cuerdas de esparto se amontonaba, al borde de la circunferencia, la paja y el trigo juntos para, a continuación, extender nuevas gavillas sobre la superficie circular de la era y empezar a describir otra vez innumerables vueltas. Como esta operación llevaba varios días, y más si se contrataban cosechas de otros campesinos, había que pasar la noche en la era para evitar ser robados. De esta forma, muchas noches de encanto las pasé durmiendo sobre la paja a la luz de la luna y con la orquesta de chicharras por la tarde y de grillos por la noche. Al llegar la madrugada, nos tapábamos con burdas mantas y a la salida del sol ya estábamos de pie para aprovechar las horas frescas del día. Después de esta operación, había que aventar la parva. Con palas de madera y bieldos (*bielgos* decíamos nosotros), se lanzaba lo trillado hacía arriba, cuando hacía buen viento y éste arrastraba la paja unos metros más arriba, mientras que el trigo caía casi perpendicular por su propio peso. Después, con una criba se quitaba las impurezas que pudiera tener el trigo y se echaba en unas sacas largas como almohadas, hechas de un lienzo grueso, diferente a los sacos normales, para evitar que ni un grano se perdiera. La paja, sin embargo, se metía en unas grandes mallas de esparto y por parejas se cargaban sobre los mulos camino del pajar. Los animales tenían un buen trecho, desde la era hasta casa del abuelo, todo cuesta arriba, pero nunca decían nada,

ni presentaron factura por abuso de poder. Cuando ya el camino se les hacía pesado, en vez de ir siguiendo la línea de la vereda, hacían heces de un lado a otro. Con este método era como si anduviesen dos veces el trayecto, pero ellos lo subían más fácilmente al ir de un lado a otro y no ascender siempre tan empinado. Nosotros decíamos que eran muy inteligentes, ya que habían descubierto una forma de aliviarse el trabajo. A tal extremo llegaba su sabiduría, que incluso facilitaban el camino, porque se dejaban solos y ellos mismos llegaban a la haza o a la casa. Tantas veces habían ido ya que se sabían el trayecto de memoria. Al llegar, teníamos que lavarnos en la pila, no había aún duchas y cuartos de baño, porque el picor del polvo de la paja no te dejaba tranquilo. Como era verano y el agua salía del caño de la fuente directamente de la **Fuente del Rey**, el cuerpo agradecía su frescura. El trigo era para el gasto y si había mucho se vendía el sobrante. En la panadería, se dejaban unas pocas sacas y el panadero te lo canjeaba por vales de pan que se iría después consumiendo a lo largo del año.

En una de estas visitas a casa de mis abuelos, **José Tomás y Encarnación**, me cogió uno de los terremotos más grandes que recuerdo. Estaba en la sala de entrada y vi como los cántaros, puestos en las cantareras, y otros cacharros de barro sobre un poyete que había cerca de la ventana que daba a la calle, empezaban bailar, los cuadros de las paredes a ladearse y la escuálida bombilla empezó a hacer de péndulo. No sé si me asusté, porque cuando se desconoce el peligro eres valiente. La segunda vez que sentí un terremoto era ya un poco mayor y estaba echando el trompo en las recién construidas **Casas Baratas**. Cuando sí me asusté de verdad fue uno que me cogió en la **Haza de la Luna**. Iba cargado con dos calderos de agua cogidos de la fuente y que llevábamos a una casa de la calle **Angustias** que se estaba construyendo mi tío **Manuel García López**. Mi primo, **Antonio García Ortiz**, y yo tiramos los cubos violentamente que desparramaron el agua por toda la calle y salimos corriendo como alma que lleva el diablo. No recuerdo haberme asustado más en mi vida. Cuando ya pasó el temblor de tierra, el corazón cogió el ritmo normal de sus latidos y el color sanote regresó a nuestras caras, volvimos, ya serenos, a nuestra faena de llenar el bidón para tenerlo preparado el domingo que eran los días que dedicaban para ir haciéndose su casa que finalmente no tendría agua corriente por lo que tuvieron que hacerle un pozo negro. El primero y único que he visto en mi vida y la verdad no me gustaría ver más.

5.11. COMO PERDÍ "EL BEJARANO" DE MIS APELLIDOS

Este abuelo tenía como apellido **Alcalá-Bejarano**, sin embargo, mi padre, se llamaba **Juan Antonio Alcalá Mendoza**. Y así constaba en todos los documentos oficiales que tenía. Este hecho llegó a intrigarme, y ya mayor decidí averiguar la causa. Además, la gente llamaba a mi padre **Bejarano** y él contestaba a estas llamadas sin inmutarse. Pensaba yo el principio que fuese un apodo como el de los abuelos maternos. Pero no era así.

Para más *inri* mis primos por parte de padre todos eran **Alcalá-Bejarano**, un apellido compuesto, como otros muchos que existen en **Priego**, siguiendo la moda de siglos pasados.

Entablada amistad con un empleado del juzgado, el **Sr. Rosa**, un día estuvimos viendo en el registro el acta de nacimiento de mi abuelo y en ella constaban los dos apellidos. Al ver la de mi padre, había desaparecido el *Bejarano*. Vimos, además, todas las de sus hermanos y en ellas sí constaba el apellido dichoso. De esta manera perdí un apellido. La causa pudo haber sido omisión involuntaria del empleado de turno, que ese día de 1905 cuando nació mi padre, estaría con el ánimo caído por no haber cobrado la paga y se iba dejando atrás los apellidos de las gentes. Pensé más tarde hacer gestiones para recuperar la herencia perdida en un error de oficina decimonona, mas pensé que iba a ser muy difícil y complicado rehacer toda la documentación de una vida, además de caro. Así que me resigné y en ésa estamos. Hasta hoy, toda la familia de esta parte se llama **Alcalá-Bejarano**, y como contraste mis hermanos y yo, así como la descendencia, **Alcalá** solamente. Esta omisión de mi genealogía no me causó pérdidas económicas ni ningún trastorno, sino fue y es más bien sentimental, pero otros errores administrativos sí me han causado graves incomodidades y molestias como más tarde tendremos ocasión de ver.

5.12. MIS ABUELOS EN LA POESÍA

Ya mayor, pero joven, hice algunas poesías dedicadas a estos abuelos que tantos días llenaron de mi infancia. La última la he publicado, aunque su importancia es sentimental, no literaria.

La primera de ellas es una evocación ideal en la que veo a mi abuelo paseando, mientras recuerda a la abuela. Mentira es todo lo que cuento, porque los abuelos murieron antes, dejando viudas a las abuelas. Como normalmente sucede.

Por el camino
angosto del pueblo
con paso lento,
balbuciente y continuado,
se ve mi abuelo.
La carga dura
de los años le pesa.
Vuelve del diario paseo
que su alma sostiene.
El campo lo es todo
para su alma sencilla.
El cielo adornado
de titilantes luceros,

el río caudaloso
que riega la Vega.

Mi abuelo es poeta.

Oyendo el susurro
del ave canora
que en el cielo vuela,
espera el abuelo
que el viento le diga
algo de la abuela.

Con estrofas y estilo manriqueño, no enriqueño, manriqueño de **Jorge Manrique**, el de las famosas coplas a la muerte de su padre que vienen en toda antología de la literatura española que se precie. Nos la hacían aprender en la clase de literatura. Así que de este aprendizaje había de quedar algo: esta burda imitación en métrica, forma y saudade. Ahí va.

Aún vives, abuelo Enrique,
no estás muerto, gran amigo,
todavía.
Tu familiar nombre Quique
es evocado conmigo
cada día.

Música se troca el viento
en los cipreses del cielo
sin saber,
que su canto es movimiento
que sube del bajo suelo
hacia él.

Agricultor medianero
de biografía sencilla
y ordenada:
fuiste un buen alfarero
en el telar de la arcilla
colorada.

Con tu torno de pedal
hacías circunferencias
con los pies,
y nacía la ideal
obra llena de las ciencias
del saber.

Fuiste poeta sencillo,
no de éstos que hacen versos
sin sentir;
soñabas como un chiquillo

y querías que rezase
al dormir.

Moras en mi corazón
y también en mi memoria,
gran abuelo.
Supiste darme ilusión
al dejarme con la gloria
de tu cielo.

Estás en mi sangre, en mí.
Eres un vivo con suerte
celestial,
ya que tu vida es dormir
por encima de la muerte
infernol.

Te recuerdo en el sillón
todas las tardes sentado,
esperando
recrearte en la emoción
de ver sol en el tejado
alumbrando.

Te conozco en esa luz
que alumbra tu camino
de consejos
dichos en buen andaluz
y pegados a mi sino
no están lejos.

El viento me trae flores
de tus huertos recogidas
dulcemente,
ésas que eran tus amores
y que hoy están escondidas
en mi mente.

Pasan los años. No pasan
las sonrisas de tu cara
sonrosada.
Son panaderas que amasan
las arrugas de tu cara
no olvidada.

Aún vives, buen abuelo,
vives conmigo mi vida
pues vivir,
será siempre un anhelo
que me dio tu despedida

al morir.

Muy medieval en estilo y forma, ¿no? A mí tampoco me gusta, pero qué le vamos a hacer, me salió y como no tenía sitio donde colocarla, me dije, aquí puede caber. Y para asombro mío ha cabido o *cupido*.

Ésta que sigue sí me gusta más. Es más *cupida*, es decir sentida, amorosa y con una estructura más ligera, menos quebrada. Conste que al rimar en asonante, su composición es más fácil, tan fácil como hacer la "o" aunque sea sin canuto. Hela pues, como diría el francés. (El pareado ha sido sin intención.)

Hermosa testa de plata:
mi abuelo, reloj de acero,
jardín verde de mi infancia,
arca y memoria del tiempo,
fiel maestro de mi vida,
un amigo de los buenos.
Cid de mi imaginación,
el amante, no el guerrero.
El Colón de esa niñez
que es toda descubrimiento.
Fue Freud sicoanalista
de mis sueños de pequeño,
biblia de mis creencias,
y guirnalda de mi cuello.
Beethoven de mis sentidos
en las voces de sus cuentos
que me contaba de noche
cuando sentados al fuego
veíamos pasar lentas
largas horas del invierno.
Depósito de nostalgias,
fiel amigo y compañero,
¡ qué hermoso me parecía
cuando arropaba mi cuerpo!
Nunca fue de esos hombres,
de fama y grandiosos hechos,
fue un trabajador sencillo
que me quiso como abuelo,
que me adoró como un padre.
Y solamente por eso
que ya es bastante, supongo,
yo como nieto lo quiero.

5.13. LEJOS DEL BARRIO

Por el año 1953, se consiguieron unos ahorros en mi familia y se compró una casa en la calle **Horno Acequia**. Lejos se quedaron la casa de la calle **Molinos**, mi infancia inocente y las vivencias primeras, claveteadas en el alma como segunda naturaleza. El barrio, situado más al norte de la ciudad, había pasado a mi sangre, como otros barrios pasarían a otras sangres y otras calles a otros cuerpos.

Allí, para siempre, se quedaba **La Plazuela** con el fabricante de sogas de esparto y las verbenas de barrio que se organizaban en agosto, bullicio de vecinos, y gozo de la juventud.

Allí, para siempre, andaría el mulo del vecino cargado de mies verde y los chiquillos corriendo detrás para robarle algunas espigas de cebada y comérmolas sentados en el muro de piedra que daba cara a la fábrica de aceite, mientras ésta llenaba el cielo azul con la suciedad del humo pardusco que salía de su alta chimenea de ladrillo, obra de arte del prosaico desarrollo industrial.

Allí, para siempre, se quedaron fijas nuestras largas excursiones a **La Cubé**, en el verano, en busca de algún remanso profundo del **río Salado**, para bañarnos en las aguas salobres que te dejaban la piel blanca y los párpados y cejas con sabor y color a gazpacho subido. Y alguna que otra paliza, por haber llegado tarde a casa, como aquel día, que tan bien estábamos la pandilla que ninguno se acordó de regresar. El susto de los mayores y la preocupación por nuestra suerte, hizo que alpargatas de cáñamo buscaran aspavientos de polvo terrenal en nuestros traseros, que de blanco salino, tomaron el color rojo tomate, con razón, porque las cosas se avisan.

Allí, para siempre, se habían quedado las matanzas de cerdos que se hacían en casa de la abuela, porque había más sitio, donde se juntaba toda la familia para festejar a aquel marrano que tanta comida nos daba. Los matanceros con sus cuchillos en las polainas destrozando el cerdo en la reja de la ventana. Las "ollas" gigantescas con tocino y carne fresca, hechas de col, cardos, habichuelas *jamonás* y patatas, qué ricas, recién apartadas de la lumbre. Los balones fabricados con la vejiga del cerdo, mover la cola para que derramara toda la sangre el animal, picar la cebolla que hacía derramar lágrimas imprevistas y darle que darle a la máquina hasta llenar todos los lebrillos de morcillas y chorizos. Y, después, ponerlas bajo el humo para darle vida en su quietud hasta ser fritas con aceite y echadas en manteca en las orzas con tapaderas de tabla.

Allí, para siempre, se quedaron las vivencias, suspiros fugaces, principios de todos los sueños, cada vez más lejos en el tiempo, y como contraste más recordados, allí, para siempre, donde nace nuestra mente al conocimiento de las cosas.

ÍNDICE

TÍTULO	Página
Dedicatoria	3
El barrio de la Huerta Palacio, <i>por María Jesús Sánchez</i>	4
Introducción	5
Capítulo I. UN BARRIO AL NORTE DE PRIEGO	7
1.1. La Huerta Palacio	8
1.2. El tribunal de las aguas	9
1.3. Bajando la Cuesta	11
1.4. Donde acaba la cera	13
1.5. La boda de Quinita Flores.	15
1.6. El "Quico" de Povedano	16
1.7. Zapateros remendones y ruedas de carro	17
1.8. El bastón de feria	19
1.9. La fábrica de sombreros por los aires	20
1.10. La casa del Obispo Caballero	22
1.11. La gran humanidad de un murguistas	23
1.12. Terminado la calle	24
Capítulo II. AGUA PARA LAS INDUSTRIAS	26
2.1. Un ensanche para jugar	27
2.2. La "echa", el trompo, las bolas de barro y otros juegos.	28
2.3. Ribera de Molinos.	30
2.4. Polos "helaos".	31
2.5. Basar el pan	32
2.6. Molinos aceiteros	35
2.7. De lo antiguo a lo moderno	36
2.8. Robando esteras	37
2.9. "La Puente Llovía".	39
2.10. Haciendo honor a su nombre	40
2.11. Curanderos	41
2.12. La carretera	43
2.13. Hornos de yeso	44
2.14. Una bicha de goma	45
2.15. Taller de alfarero	46
2.16. Jabón de lavar	48
Capítulo III. BELÉN EN FIESTAS	49
3.1. Entierros de tres capas	50
3.2. Eloy "el Vago".	51
3.3. De calle a calle	53
3.4. Carbón de encina	54
3.5. "Enmedio" Huerta Palacio	55
3.6. Candelas y rincoros	56
3.7. "La Pastorá", las rondallas y "la miga".	57

3.8. La Semana Santa de mis años infantiles	58
3.9. Soñando con la Cuaresma	59
3.10. De las albóndigas a los zapatos de charol	60
3.11. Latas de romanos y latas por el suelo	61
Capítulo IV. DE "LOS MOLINOS" A "LAS CASAS BARATAS"	62
4.1. Calle "Los Molinos"	63
4.2. Mi casa	64
4.3. Hojas de maíz	66
4.4. Vivir para oír	68
4.5. Lección perruna	68
4.6. "Las casas baratas"	69
4.7. Habichuela en la nariz	71
4.8. "Mi primer manuscrito"	72
4.9. Zurdo por la gracia de Dios	74
4.10. Mi grupo escolar	75
4.11. Donángel	77
4.12. La tierra mortal.	78
4.13. Cura "arrepentío"	80
4.14. Medallas y cruces	81
Capítulo V. APUNTES FAMILIARES	82
5.1. Mis padres	83
5.2. Una larga familia	85
5.3. Mi hermano, el mayor	86
5.4. La primera misa	87
5.5. El banquetazo	88
5.6. Otros hermanos mayores.	90
5.7. Apariciones	91
5.8. Los más pequeños	93
5.9. De "Pucherico" a "Medio melón"	95
5.10. La Haza la Villa	96
5.11. Cómo perdí "el Bejarano" de mis apellidos	98
5.12. Mis abuelos en la poesía	99
5.13. Lejos del barrio	103
ÍNDICE	104